



Interpelación a Jesús de Nazaret

Salvador Freixedo 

Este exjesuita (30 años antes de que lo expulsasen) decidió un buen día cambiar los hábitos de la Fe ciega por los de la búsqueda de la verdad a través de la historia de las religiones comparadas.

Una cita de un excepcional pensador a quien profeso gran estima y admiración:

«El símbolo principal de la Iglesia es la cruz; y la cruz dista mucho de significar paz y bienaventuranza. La cruz es el símbolo del dolor y de la muerte. Y los cristianos, con una ingenuidad de la que ya es hora que vayan despertando, han plantado ese símbolo en sus vidas y en su cultura, y lo han paseado por todo el mundo con un orgullo suicida».



Salvador Freixedo

Interpelación a Jesús de Nazaret

ePub r1.0

Balhissay 29.11.15

Título original: *Interpelación a Jesús de Nazaret*
Salvador Freixedo, 1989
Retoque de cubierta: Balhissay

Editor digital: Balhissay
ePub base r1.2



A los que me critiquen llamándome apóstata o blasfemo,
les diré que la verdad es lo contrario: yo soy un converso.
Me convertí del fanatismo a la racionalidad. Gracias a Dios
he perdido la fe. Mi infantil fe en el absurdo dogma
cristiano.

Introducción

Hablo contigo, Jesús de Nazaret, pobre hombre zarandeado por el misterio de la existencia, por las alabanzas de miles de ingenuos y por los intereses creados de tantos vividores a lo largo de la historia.

No me dirijo a ti con la sumisión y la infantilidad con que lo han hecho tantos miles de hombres y mujeres cuyas mentes fueron irremediabilmente condicionadas desde su nacimiento para no ver todas las incongruencias que había en tu persona, en tu doctrina y en tu culto. Yo también lo fui, y me costó casi cuarenta años liberarme de las falsedades en que tanto mi mente como mi corazón estaban enmarañados. ¡Tan fuertes son los lazos que provienen de la infancia!

Hoy me dirijo a ti, de hombre a hombre, para liberarte en parte de la gazmoñería que veinte siglos de historia te han echado encima y para responsabilizarte también de tanto dolor y de tanta sangre que por tu culpa se han derramado en los dos últimos milenios de la historia humana.

Muy probablemente tú no tuviste idea de fundar esta mastodóntica institución llamada Iglesia católica. Como tampoco quisiste elaborar todo el cuerpo de doctrinas que ha venido a llamarse teología cristiana. Tus fanáticos e interesados discípulos de los siglos posteriores a tu muerte se encargaron de ir achacándote hechos y dichos, ritos y amenazas que casi seguro no pasaron por tu mente de hombre iletrado. Pero así, poco a poco, fue creciendo como un cáncer en la sociedad humana esta funesta filosofía llamada cristianismo y esta farisaica institución llamada Iglesia

católica, que si, por un lado, ha monopolizado durante siglos la creatividad de muchos artistas, por otro, se la ha castrado a miles de hombres y mujeres cuyo arte e ideas no encajaban en la mojonera moral cristiana; aparte de haber frustrado tantos millones de vidas con una visión ridícula y estrecha del mundo y del papel del hombre sobre la Tierra.

Muy seguramente tú no sabías bien lo que estabas haciendo y te limitabas a seguir, al igual que miles de otros «iluminados» que ha habido en la historia, las órdenes que te venían de un «más allá» nebuloso, que tanto ellos como tú identificabais erróneamente con Dios.

Pero tu nombre se ha convertido en signo y en bandera que hoy día siguen tremolando muchos para tener entontecidas y sumisas las mentes de sus hermanos. Y por eso es necesario desenmascararte sin miedo, para romper el tabú que todos estos siglos y todos estos fanáticos con autoridad han ido colocando alrededor de tu persona y de tu nombre.

Me dirijo a ti sin temor de que me mandes a ningún infierno ardiente y eterno. En primer término, porque semejante lugar en el que tú firmemente creías no existe en absoluto. Y además, porque aunque lo hubiera, tú no tendrías poder para mandarme a él.

Te hablo de hombre a hombre, usando mi cabeza sin miedo y sin rencor pero con firmeza, para exponer los derechos del ser humano en este rompecabezas del universo y para que muchos de mis hermanos pierdan el miedo que sienten hacia ti, aunque lo tengan en muchos casos disfrazado de respeto y aun de amor.

Jesús de Nazaret, baja del pedestal en donde la infantilidad humana te ha colocado a la lucha diaria de la vida que tú viniste a dificultar aún más con tus imposiciones, tus amenazas y tus prohibiciones. Bastantes dificultades tiene ya de por sí la existencia humana sobre la Tierra para que vengas tú ni nadie a aumentarlas.

En realidad, te sumaste a los politicastos de todos los tiempos, a los «dominadores de los pueblos», como tú les llamabas, para

apretar aún más el yugo de servidumbre bajo el que gime la humanidad.

Dijiste «mi carga es suave y mi yugo ligero» (Mt 11,30), pero lo primero que tenemos que replicar a estas palabras es por qué tenemos que llevar ninguna carga ni ningún yugo en añadidura a los que ya de por sí nos impone la vida. Y además, ¿con qué lógica y con qué derecho vienes tú, que te proclamas nuestro salvador, a imponernos más servidumbre? Si en realidad eres «salvador», sálvanos de todas ellas y no nos impongas más.

Tus tributos de la mente y tus imposiciones morales han angustiado más el alma de los cristianos que muchas de las contribuciones monetarias y abusos que los políticos paranoicos y todos los líderes desquiciados les han impuesto a sus súbditos.

Dijiste también que «no venías a ser servido sino a servir» (Mr 10,45). Pero no lo decías en serio, y si lo dijiste no sabías bien lo que decías. Porque la verdad es que con tus prédicas, tus milagros, tus amenazas y tus ilusorias promesas pusiste a tu incondicional servicio a cientos de miles de hombres y mujeres que a lo largo de veinte siglos han estado ciegamente a tu disposición, entregándote totalmente sus vidas, abandonando sus familias, renunciando a formar una propia y privándose de placeres legítimos y de bienes materiales.

Deja, pues, de llamarte «salvador» cuando en vez de mejorar a la humanidad has contribuido a ahondar más sus divisiones no sólo en relación a los que no aceptaron tus prédicas, sino entre tus mismos seguidores, que en veinte siglos han dado un pésimo ejemplo, haciéndose infinitas guerras y odiándose profundamente a causa de tus doctrinas, tan imperfectamente expuestas que han motivado innumerables interpretaciones y disputas.

Si realmente fueses Dios, deberías haber previsto esto, pero en lo alto de la cruz no tuviste oportunidad de prever nada ante el derrumbe total de todas tus ilusiones de redentor y salvador del género humano. Tu fantasmagórico mundo espiritual se te vino

abajo cuando sentiste en tus carnes los clavos lacerantes y terriblemente reales de aquellos romanos terrenales y pragmáticos.

Más tarde, tus fanáticos discípulos se encargaron de sublimar toda la escena y de rodear tu triste fracaso de un halo de triunfo y de divinidad. Pero tu derrumbe fue total.

Siempre me has dado gran pena cuando te oigo decir desde lo alto de la cruz aquellas desesperadas palabras: «Padre mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt 27,46). En realidad debió ser para ti tristísimo el descubrir en aquellas terribles circunstancias que «el padre», en quien habías confiado ciegamente y al que habías entregado tu vida, era tan cruel contigo como lo había sido siempre con tu pueblo, y que te había traicionado y abandonado igual que lo traicionó y abandonó a él.

Por eso, en aquellas circunstancias no podías prever nada y te fuiste abrazado desesperadamente a tu ilusión, dejando detrás de ti a un grupo de toscos pescadores, que aunque no habían entendido tus confusas prédicas, en las que mezclabas la liberación del espíritu con la liberación de la patria, se habían contagiado de tus delirios mesiánicos. Las circunstancias históricas favorables —una enorme confusión de creencias y un imperio romano con una religión hueca y decadente— se encargaron del resto.

Seis siglos más tarde ya tu fantasmal figura colgada de un madero llenaba de angustia a todos los pueblos de Europa y tus fieros y ambiciosos representantes pronto convirtieron tu cruz en una espada con la que dominaban y sojuzgaban cuerpos y conciencias.

Jesús de Nazaret, oye la increpación que un hombre del siglo xx tiene que hacerte a la luz de lo que ha sido la historia de la religión que tú fundaste.

No son acusaciones originales mías. Te las hubieran dicho y de hecho te las dijeron miles de otros hombres y mujeres de todos los siglos, pero no los dejaron expresarse con libertad. Porque cuando tus representantes cogieron el poder o tuvieron suficiente influencia

con los tiranos de turno, ahogaron salvajemente toda voz disidente llenando para ello toda Europa de hogueras y de horcas.

En la actualidad tu imperio se derrumba, por más que tu gran jefe romano se pasee en triunfo por todas las naciones y por más que las multitudes acudan a verlo. A las masas siempre les ha gustado lo nuevo, y en este mundo tan ramplón y proletarizado ya van quedando pocos personajes tan pintorescos. Pero gracias a que tus representantes ya han perdido el poder civil que por tantos siglos tuvieron o en el que tan directamente influyeron los disidentes podemos discrepar con libertad sin que nadie nos lleve a la hoguera.

Profecías y Promesas

Tus seguidores te llaman profeta y hacen de ello una prueba más de que tú eres Dios. Pero ¿qué profetizaste, Jesús de Nazaret? Profetizaste que Jerusalén sería destruida y que no quedaría de ella piedra sobre piedra (Lu 19,44), y efectivamente, Jerusalén fue asediada y asaltada unas cuantas veces, tal como lo había sido antes de que aparecieses tú; pero ahí está llena de vida y recién convertida, contra viento y marea, en la nueva capital del terrorista Estado de Israel. Tus conciudadanos, violentos y fanáticos como tú, han dejado de ser las víctimas de los nazis y se han convertido en los nazis del Medio Oriente.

Prometiste que resucitarías (Jn 2,19), y vamos a suponer que efectivamente lo hiciste y no fueron tus piadosos biógrafos los que te hicieron resucitar. Pero resulta que Krishna, Osiris, Atis, Mithra, Buda, Quetzalcoatl y tu contemporáneo Apolonio también lo hicieron según firmemente creen sus millones de seguidores.

Profetizaste solemnemente: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán jamás» (Lu 21,33). Y aparte de que muchas de ellas nunca llegaron ni llegarán a ser conocidas por la mayor parte de los habitantes del planeta, las que lo fueron se transmitieron de una manera muy dudosa, y en la actualidad están cayendo rápidamente en el olvido, porque cada vez son menos los que las conocen y las siguen. Y muchas de las que te atribuyeron no eran tuyas, porque otros las habían dicho antes que tú.

Profetizaste que algunos de tus apóstoles estarían vivos cuando tú volvieras enseguida (Mt 16,28), pero como no volviste se fueron muriendo con la frustrada esperanza de volver a verte.

Profetizaste que volverías sobre nubes a juzgar al mundo y a condenar a los que no te habían recibido (Lu 21,27) y hace dos mil años que este mundo pecador te está esperando sin que des señales de aparecer.

Profetizaste que tus apóstoles «no habrían terminado de recorrer las ciudades de Israel cuando sería tu segunda venida» (Mt 10,23). Pues bien, tus apóstoles recorrieron todo Israel, tú te fuiste, y tu famosa «segunda venida», de la que tus protestantes tanto hablan, no aparece por ninguna parte, mientras que los judíos están esperando todavía la primera venida de su Mesías, porque a ti no te creyeron.

Prometiste que estarías con tus apóstoles y con tu Iglesia hasta el fin de los tiempos (Mt 28,20), pero tus pobres apóstoles acabaron casi todos de una manera bastante desastrada (aunque tú tienes una enfermiza predilección por lo catastrófico) y tu Iglesia va de tumbo en tumbo desde sus comienzos sin dar señales de estar muy bien atendida.

Profetizaste para muy pronto el fin del mundo con terribles cataclismos (Mt 24; Mr 13; Lu 2), y lo hiciste con lujo de detalles. Pues bien, las señales que para ello diste ya se han cumplido hace tiempo y de sobra. Tu doctrina ya ha sido predicada a todos los pueblos, aunque muchos de ellos no la hayan querido oír o la hayan positivamente rechazado. Además, tal como tú exigías, tus hermanos judíos ya se han enterado de sobra quién fuiste tú, aunque no te hayan dado crédito.

Pero el fin del mundo no acaba de llegar. Es cierto que en estos locos tiempos hay mil agoreros de toda calaña haciéndote competencia en los malos presagios para este planeta. Pero como no sea por la imbecilidad de políticos y militares paranoicos que quieren arreglarlo todo a bombazos no vemos cómo nuestra vieja y querida Tierra vaya a desintegrarse o a salirse de su órbita.

Fuiste muy generoso en prometer grandes recompensas a los que fielmente te siguiesen: «Yo os aseguro que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se

siente en su trono de gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Y todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna» (Mt 19,28-30).

¡Cómo te gustaba, oh Cristo, dejar vagar tu imaginación y meterte en el mundo del mito! Te aferrabas a tus delirios mesiánicos, y aunque para esta vida no prometías muchas cosas, para la otra llenabas de esperanzas las cabezas de los pobres diablos que te seguían y que no entendían bien lo que decías. Pero les gustaba oírte porque lo decías con entusiasmo y percibían en ti el atractivo especial que ha emanado siempre de los iluminados.

Tus fieles de hoy, en cambio, leen esas mismas palabras con mucho más recelo. En primer lugar, tú no acabas de venir, y yo personalmente te estoy muy agradecido que no lo hagas, porque, según dijiste, tu venida va a ser a sangre y fuego. En segundo lugar, porque a tus seguidores realmente fieles a lo largo de la historia no les ha ido muy bien. Los pobres, los gimientes, los perseguidos y los mansos han sido siempre los perdedores en este mundo, y nadie ha vuelto para asegurarnos que en realidad en el más allá hayan recibido lo que se les había prometido.

En fin de cuentas, Jesús de Nazaret, tienes que reconocer que las profecías no han sido tu fuerte. Y en cuanto a las promesas que hiciste a los que quisieron seguirte tampoco las vemos cumplidas con demasiada exactitud.

Tus predicadores de hoy quieren también convencer de que en ti se realizaron todas las profecías del *Antiguo Testamento*; pero les pasa lo que a tus primeros predicadores, los apóstoles. San Mateo, por ejemplo, a toda costa quiere hacernos ver en su evangelio que «las profecías se habían cumplido» (5,17; 26,54; 27,35, etc.). Pero según nos dicen los modernos exegetas, «para que se cumpliese lo que estaba escrito» —según leemos repetidamente en tus evangelios— Mateo (1,23) retorcía a Isaías (Is 7,14) y traía por los pelos a cualquiera de los profetas, sin importarle que su aseveración

fuese falsa y aun a costa de quedar en ridículo; tal es el caso de la contradictoria genealogía tuya que nos presenta, en la que te hace descender de David, vía San José, acabando con ello de un plumazo con la tan cantada virginidad de tu madre.

¡No! Jesús de Nazaret: ni las profecías fueron tales profecías ni mucho menos pudieron cumplirse en ti. Lo que tus predicadores han hecho a lo largo de los siglos fue manejar caprichosa y fanáticamente la jerga bíblica, y acomodártela a ti en lo que les convenía. Pero por encima de las palabras escritas, interpretadas y acomodadas con mejor o peor intención, ahí están dos mil años de historia con la cruda realidad de los hechos. Tu divinidad es un puro mito, tu redención no existió más que en tu cabeza, y los humanos, por defectuosos que seamos, no necesitamos que nos salves de nada. La muerte se encarga de purificarnos y de hacernos dar el salto a otra dimensión. Y tú no fuiste ninguna excepción de ello.

Navidad

A principios de diciembre se desata en Occidente el folklore cristiano-comercial con motivo de tu nacimiento. Es uno de los pocos puntos en que están de acuerdo tus seguidores católicos y protestantes, aunque tus discípulos orientales sigan discrepando en este particular.

Hoy día ya los doctrinarios admiten —han tardado diecinueve siglos en admitirlo— que no tenemos idea de cuál fue tu fecha de nacimiento. Pero el mito ya está enraizado y no hay manera de arrancarlo ni sería conveniente, desde un punto de vista humano y social.

Además, los comerciantes protestarían violentamente porque en esta época del año sus ventas aumentan, y las agencias de viajes dejarían de vender miles de billetes; las abuelitas perderían la ocasión de ver a sus nietos ausentes, y a tus representantes se les escaparía una preciosa ocasión para mantener vivo el mito de tu encarnación.

Y para que veas que soy comprensivo te admito que en cierto aspecto simpatizo con la fábula de tu nacimiento en un pesebre, con la humildad de tus padres y hasta me enternezco imaginando a la mula y al buey calentándote. Si esto contribuye a hacernos más humanos y más fraternos, ¡bienvenido!

Pero ¡qué comedia ha montado la credulidad humana y el fervor interesado de tus representantes en torno a tu aparición en el mundo!

Probablemente naciste como nacemos los demás mortales, sin virginidades maternas, sin pesebres, sin estrellas encima, sin mulas

ni bueyes, sin cantos de ángeles y hasta sin repudio ninguno por parte de las autoridades. Y en caso de que algunas de esas circunstancias hubiesen sido ciertas en nada diferirían de las que nos cuentan los biógrafos de otros «salvadores» como tú. Tu «padre» Yahvé, desde sus alturas, las habría propiciado para que la ingenuidad humana creyese ciegamente que tú venías directamente de Dios.

Pero del suceso —verdadero o falso— de tu nacimiento en una cueva rodeado de pastores a la operación comercial que hoy se ha montado en torno a él hay una distancia abismal.

Y para agrandar todavía más el mito y enriquecer el folklore montado en torno a él han hecho su aparición entre los cristianos ciertas piezas y personajes pintorescos, salidos también de otras mitologías del norte de Europa: Papá Noel, Santa Claus, el árbol, los ciervos y hasta las ramas de acebo o de muérdago.

Los imagineros y comerciantes están encantados porque tienen más cachivaches que vender; pero tus seguidores más fanáticos luchan contra ellas porque piensan que son reminiscencias paganas que no figuran en los evangelios. Y es que no saben que los detalles de tu nacimiento que nos presentan los evangelios son también míticos, heredados de otras religiones anteriores.

Una cueva es el lugar donde solían nacer los otros «salvadores» anteriores a ti. «Nacidos en una cueva (o en lugar muy humilde) o llevados a ella al poco de nacer, por una u otra razón, fueron Krishna, Hau-ki, Esculapio, Quirino, Baco, Adonis, Apolo, Mithra, Attis, el dios de los frigios, y Hermes», *El cristianismo, un mito más*.

Y tu mula, tu buey y tus pastores rodearon también la cuna de Krishna, que había nacido dos mil años antes que tú, también un 25 de diciembre, y murió crucificado para redimir a la humanidad.

Tus seguidores y tus teólogos nos presentan como una prueba de tu autenticidad la conservación de la tradición y el mantenido fervor de las gentes. Nos dicen que es un auténtico milagro que habiendo nacido tan pobre, la conmemoración de tu nacimiento haya llegado hasta nosotros después de dos mil años, y de una

manera tan esplendorosa. Pero ellos no saben, porque sus prejuicios y su fanatismo se lo impiden saber, que el nacimiento de Buda y Krishna —por poner sólo dos ejemplos entre docenas— es celebrado en nuestros días por cientos de millones de orientales con más devoción y más amor que los cristianos celebran el tuyo.

La habilidad con que tu iglesia ha manejado la historieta de tu nacimiento es semejante a la que ha usado con tu muerte en la cruz. ¿Quién no se llena de ternura ante un recién nacido en una cueva, lo mismo que quién no se apiada de un hombre que agoniza en una cruz? La Iglesia ha usado ambas cosas para enternecernos el alma con respecto a tu persona, como si tú hubieses sido el único en nacer y en morir de semejante manera. Millones de hombres y mujeres han nacido en condiciones aún más humillantes y sin culpa alguna de ellos, y cientos de miles han muerto en circunstancias iguales o muy parecidas, con el agravante de que muchos de ellos murieron así porque tus representantes oficiales eran los que los ahorcaban o los mandaban a la hoguera.

Tus teólogos nos dicen que hay una gran diferencia; porque tú eres Dios y los otros, por muy desgraciados que hayan sido en su nacimiento o en su muerte, eran sólo hombres. Es decir, que el que un hombre mortal nazca desvalido y de padres miserables es cosa casi natural en este mundo desquiciado, pero lo que tiene que llenarnos de pasmo es que tú, hijo de Dios, nazcas de la misma manera.

Y contra esta fatalista manera de discurrir se alza la voz de la raza humana. En primer lugar, ¿por qué tantos millones de seres humanos tienen que nacer en condiciones miserables? ¿Quién ha hecho este mundo que lo ha hecho tan mal? Además, ¿no naciste tú para salvar a la raza humana, para redimir a los pobres, para acabar con la injusticia y para dar de comer al hambriento y de beber al sediento? ¿Y no es cierto que después de tu visita a este mundo los pobres siguen siendo tan pobres y millones de niños siguen naciendo cada día en unas condiciones humillantes?

Y en segundo lugar, ¿qué culpa tenemos los humanos de que tú hayas querido nacer en una cueva? Fue tu voluntad. ¿Te tendremos que acusar también a ti de demagogia? ¿De qué le ha valido al mundo tu espectáculo de la cueva, sino para que los artistas y los fabricantes de nacimientos hagan su agosto? ¿Es que tus representantes viven por un acaso en cuevas, o las mujeres cristianas dan a luz en pesebres?

Si viniste a enseñar la humildad y comprensión hacia los pobres, ¿cómo es que tus pueblos cristianos, que son los más ricos de la Tierra, no se vuelcan para remediar este gran escándalo actual tan frecuentemente mostrado en las pantallas de televisión, de miles de niños del África y Asia naciendo en condiciones increíbles y muriendo de hambre a los pocos días? ¿A qué viene esa comedia de enternecerse ante tu pesebre y no indignarse o no hacer nada por socorrer a todos estos millones de depauperados?

Tus obispos —que todavía te siguen construyendo catedrales— ¿por qué no les dicen a tus fieles que es un pecado vivir de espaldas a tanta miseria como en la actualidad hay en el mundo? ¿Por qué no organizan grandes colectas en tu navidad para evitar la muerte por desnutrición de tantos miles de niños en Asia y África? ¿De qué les valen a esos pobres niños los villancicos y el fervor mojigato en torno a tu pesebre?

Tu gesto teatral no ha servido de mucho como no sea para que en la actualidad, a dos mil años de distancia, nuestros niños se entretengan poniendo ovejitas de plástico al lado de tu pesebre y las abuelitas hagan regalos a sus nietos. Pero para solucionar los terribles problemas de este planeta, y para aliviar la miseria de los pobres con los que parece que con tu nacimiento te querías identificar, tu gesto no ha servido para nada.

La luz del mundo

Tu dijiste: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8,12) y tus fanáticos se han encargado de repetirlo por siglos a los cuatro vientos, diciéndonos que tú «eres la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo».

Y no sólo eso, sino que tú mismo extendiste esta cualidad de iluminar a tus discípulos y representantes. Tuyas son estas palabras: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5,14).

Pero te pregunto en nombre de millones de seres humanos que viven en la oscuridad: ¿Qué luz es la tuya y la de tu Iglesia? Porque la historia nos dice que a medida que tus ideas y el poder de tus representantes se fueron adueñando de Europa, la luz de la cultura bizantina y romana se fue eclipsando hasta llegar a las tinieblas de la Edad Media. En el siglo X, cuando tus vicarios eran las más altas autoridades de Europa, dueños y señores de reinos, con ejércitos incluidos, la barbarie más absoluta reinaba entre tus súbditos que se degollaban sin piedad por cualquier bagatela, siendo de ello ejemplo vergonzoso tus vicarios supremos. No menos de siete de ellos murieron asesinados en un siglo; y no por los enemigos de tu Iglesia, sino por otros representantes tuyos que querían su puesto, o por sus cristianos parientes, para así instalarse cómodamente «a la sombra de la silla de Pedro», en donde estaban a salvo de contratiempos materiales y espirituales y desde donde podían cometer toda suerte de abusos. Tus fanáticos desconocen casi por completo la historia de la institución que tú fundaste, y por eso se enfadan cuando oyen decir estas cosas creyendo que son puras

calumnias. Si conociesen los hechos no defenderían tan denodadamente a su Iglesia.

Y si del siglo x, con sus tinieblas culturales saltamos al xiv y al xv, nos sumergiremos otra vez en un cenagoso mundo de tinieblas morales, en la casa de tus supremos representantes. Si tus Papas del «siglo de hierro» usaban la espada de una manera muy poco evangélica los de los siglos xiv y xv usaron el dinero de un modo nada edificante. Si realmente te hubieras preocupado por tu Iglesia, hubieses hecho algo por impedir que llegasen al solio pontificio tipejos como Clemente VII, el primer Juan XXIII, Paulo II, Sixto IV, Inocencio VIII, Alejandro VI, Julio II, León X... y un largo etcétera de pontífices corruptos, cuya vida de lujos y ostentación distaba muchísimo de los principios del evangelio que tú habías vivido y que ellos farisaicamente continuaban predicando.

Dices que eres la luz del mundo. ¿Por qué no iluminaste a muchos de tus seguidores, investidos de poder civil o eclesiástico, para que no ensombreciesen tanto las vidas de sus súbditos? Sus mentes estaban tan en tinieblas como las de muchas otras autoridades que no te conocieron. Y en muchos casos el haberte conocido les obnubiló aún más la razón, porque los hizo más fanáticos y más atropelladores de los derechos de sus súbditos, que aquellos que no se llamaban cristianos.

¿Luz del mundo? Tus fanáticos, a fuerza de oírlo muy seriamente desde su infancia, llegan a creer que tú fuiste en realidad una lumbrera que iluminó a este mundo en tinieblas; pero pregúntales a todos aquellos pueblos para los que el cristianismo ha significado la destrucción de su cultura el derribo de todos sus templos, el asesinato de todos sus líderes y hasta la desaparición de su lengua.

«No se enciende una luz —dijiste— y se pone debajo de una mesa; porque desde allí no alumbrará. Antes al contrario se pone encima para que dé luz y todos puedan ver» (Lu 8,16). Si tú eras luz, ¿porqué no te colocaste donde tus mandamientos, tus consejos y tus ejemplos fuesen más vistos y tuviesen mayor influencia en las

vidas de los que iban a seguirte? ¿Por qué nada más morir tú empezaron las luchas entre tus discípulos y se apagó la claridad de tus enseñanzas y la bondad de tus ejemplos?

Quisiste encenderte como una antorcha en lo alto de la cruz para que su resplandor iluminase los siglos por venir, y a los pocos años de tu desaparición ya la sangre ensombrecía tu obra: la sangre que tus feroces discípulos hacían derramar a los que no querían seguir tus confusas enseñanzas y la sangre de tus propios seguidores que se perseguían entre ellos por puras ambiciones humanas disfrazadas de celo por tu doctrina.

No viniste a iluminar a este mundo, Jesús de Nazaret. Viniste a ensombrecerlo con un mito más, haciéndote el propagador de una nueva secta que lo único que hacía era confundir más las mentes de los humanos y alejarlas más de la verdad. Probablemente sin darte cuenta, lo único que hiciste fue resumir muchos de los viejos mitos en los que la humanidad venía creyendo desde hacía milenios y mezclarlos con tus propias alucinaciones y con los mensajes que te susurraba al oído «la voz de Yahvé» que tú erróneamente identificabas con Dios.

Tras tus mensajes, a la humanidad le ha pasado lo mismo que a ti te sucedió al fin de tu vida: ya no sabe qué pensar. Tú, desde lo alto de la cruz, te quejaste a tu enigmático padre y le preguntaste por qué ya no sentías su presencia. Los humanos más evolucionados, viendo el estado del cristianismo, su descomposición evidente y su manifiesta división e ineficacia en cuanto a la transformación del mundo, se preguntan: «¿Por qué no ha funcionado?» Si después de dos mil años no lo ha hecho es indudable que ya no lo hará, y más viendo su estado de creciente deterioro.

Si tú eres «la sola luz que ilumina a este mundo», gran parte de la humanidad ha estado siempre en tinieblas, porque lo cierto es que nunca te ha conocido. Y los que te conocieron «no te recibieron», como dijo tu evangelista, y han vivido tan a oscuras como los paganos. Dime, Jesús de Nazaret, ¿dónde está tu luz?

La humanidad pensante, en la actualidad sigue tan en tinieblas como cuando tú viniste, sin saber, ante el misterio de la vida, de dónde la traen ni a dónde la llevan. Tu luz fue sólo un fogonazo repentino para unos cuantos que se ilusionaron creyendo que ya tendrían otro «sol invicto» que guiase a la humanidad, pero la triste realidad fue que, como un cohete de feria, tu luz empezó a declinar rápidamente, y a poco la oscuridad volvió a reinar sobre la Tierra.

Tus doctrinas se mezclaron con las que las habían precedido; tus representantes las acomodaron a los intereses de los poderosos y a los suyos propios, y al cabo de los años se habían convertido en «tradiciones seculares» y en ritos sin sentido. El miedo a las autoridades civiles y religiosas y el terror al «más allá» mantenía a la grey sumisa. Pero, salvo los fanáticos —que por no tener cabeza nunca tienen dudas—, la humanidad seguía en tinieblas. Tu luz se apagó contigo en el Calvario.

«No vine a traer la paz, sino la guerra»

Tu lo has dicho. Tus doctrinarios saben explicar muy bien la frase y acaban diciéndonos con melifluas palabras que tú eres el «príncipe de la paz» y otras bellezas por el estilo.

Pero tu propia exégesis nos aclara el sentido de tu mensaje: «Por mí se alzaré el hijo contra su padre y la hija contra su madre» (Mt 10,35), y «por mi causa seréis odiados, expulsados de los lugares y apedreados» (Le 21,12).

Efectivamente, viniste a traer la guerra, y la historia de tu Iglesia es la mejor prueba. Tus representantes, que se suponía fuesen «mansos y humildes de corazón» (Mt 11,29), tuvieron por muchos siglos ejércitos que mataban y saqueaban igual que los de los reyes llamados cristianos. La historia de tus fieles es por lo menos tan belicosa como la de los que nunca creyeron en ti. Las naciones «cristianas» han dominado el mundo y no con mansedumbre, sino con violencia y avaricia, saqueando a los pobres pueblos atrasados e indefensos. Puede ser que en alguna ocasión tuviesen que defenderse de las incursiones de los «bárbaros» no cristianos que querían invadir sus territorios; pero la mayor parte de las veces, a lo largo de la historia, no ha sido así. Las naciones «cristianas» invadieron, contra toda justicia, los territorios de los no cristianos, con la farisaica disculpa de que los querían «convertir» a la santa fe de Cristo. Es decir, los querían hacer tan avasalladores y tan ladrones como ellos.

Para esta inicua tarea iban los misioneros al lado de los soldados, y como no podía ser menos, las «conversiones en masa»

se simultaneaban con las matanzas en masa de aquellos que no querían rendir sus derechos y sus mentes.

Esa ha sido la historia de Sudamérica y de gran parte de África. Los «convertimos» al mismo tiempo que les robábamos sus tierras y sus mujeres y les destruíamos sus templos y sus culturas. Los más vivos se quedaron por allá para culminar el expolio y convertirse con el paso del tiempo en sus grandes líderes políticos. Pero los pobres indios y los pobres negros han ido de mal en peor hasta el estado lamentable en que actualmente se encuentran: arruinados, transculturados y llenos de complejos al haber perdido su propia identidad; dominados por unos politicastros rapaces y frecuentemente asesinos, herederos de conquistadores y misioneros, y desesperados como pueblos al no ver solución para sus crecientes males. Pero eso sí, ¡con fe en ti! Siguiéndote como borregos en las grandes solemnidades y procesiones, creyendo — ¡ingenuos!— que tú vas a salvarlos de sus desgracias cuando tú eres el gran culpable de todo lo que les ha sucedido. Todos son cristianos y el continente está lleno de templos dedicados a ti. En las más altas montañas, por todas partes, se pueden ver grandes estatuas tuyas en ademán de bendecid a las pobres multitudes depauperadas y, en no pocas ocasiones, hambrientas.

Creen todavía en ti porque no saben, a pesar de que bien claro lo dijiste, que no venías a traer la paz, sino la guerra. ¡Qué bien has cumplido esta palabra tuya!

Y si miramos a la parte norte del continente americano nos encontramos con que allí tus cristianos actuaron de una manera muy diferente. Allí no derribaron templos, porque casi no los había, ni destruyeron culturas: allí tus cristianos cazaron a los indios igual que a los bisontes hasta que los aniquilaron. Cuando posteriormente se dieron cuenta de que aún quedaban algunos indios y unos pocos bisontes los metieron en «reservas» para que perdurasen como un recuerdo de lo que habían sido los primitivos pobladores de aquellas tierras.

A los bisontes les ha ido mejor que a los indios, porque se han multiplicado mientras pacen apaciblemente en los terrenos que les han sido acotados, mientras que los indios, sumergidos de repente y artificialmente en una cultura que no es la suya, agonizan diezmados por el aburrimiento y el alcohol.

Estos son tus cristianos, Jesús de Nazaret. Así actúan cuando quieren «extender tu reino». Lo extienden al igual que lo extendió aquel otro alucinado llamado Mahoma: a golpe de espada, y con «guerras santas». Tus discípulos organizaron otras «guerras santas» a las que llamaron «cruzadas», y por amor a ti asesinaron a miles de seres humanos cuyo único pecado era no creer en ti.

Y si malos fueron para con los no creyentes, peores aún fueron entre sí, odiándose a muerte y matándose durante siglos por diferentes interpretaciones de tus confusas y contradictorias prédicas. ¿Por qué no dejaste nada escrito indicando claramente cuál era tu voluntad y cuáles eran tus ideas? Hubieses evitado las espantosas carnicerías que tus discípulos cometieron unos contra otros pensando todos que ellos eran los que interpretaban fielmente tus deseos y tu pensamiento.

La historia de Europa durante veinte siglos es una continua lucha entre tus seguidores. Primero se excomulgaban y se perseguían, porque unos decían que tú eras Dios y otros lo negaban. Más tarde, cuando tus representantes cogieron el poder civil o se aliaron a los que lo tenían, mataban a los que no se les sometían o incluso a los que no pensaban como ellos. Y más tarde aún, tus discípulos divididos en cien sectas, invocando todos tu nombre, organizaron guerras fratricidas que duraron siglos y que llenaron Europa de odio y de muertos.

¿No habías dicho tú que «estarías con tu Iglesia hasta el fin de los siglos» (Mt 28,20)? ¿No veías desde las alturas cómo tu Iglesia tenía y tiene desgarradas las entrañas con tantas divisiones y peleas? ¿Por qué entonces no la has socorrido y has permitido que se desmiembre en tantas sectas que todavía siguen haciéndose la guerra, aunque hoy ya no sea en los campos de batalla, sino

mediante libros, en emisiones de radio y en las pantallas de televisión? O fallaste a tu promesa o hablaste por hablar, sin saber bien lo que decías, o no tienes poder ninguno desde el más allá sobre este cúmulo de confusas creencias que se ha extendido por el mundo como un tumor canceroso.

Hoy día ya las ideas religiosas en Occidente no son como antaño causas de guerras, porque las sociedades más evolucionadas han caído en la cuenta de que los dogmas que tus representantes siguen sosteniendo no tienen sentido. Hoy día las guerras vienen de la paranoia y de las ambiciones de unos cuantos audaces a quienes la masa borreguil escoge «democráticamente» o que se han adueñado del poder por la violencia o el engaño.

Pero si las «guerras de religión» han pasado a la historia, todavía se dan infinitas batallas familiares y sociales contra los «herejes» que no quieren someterse al credo «cristiano» oficial.

El que esto escribe sabe muy bien lo que son estas «batallas sociales» debidas a la religión, por haberlas padecido en propia carne a raíz de su rebelión contra los dogmas y contra el fariseísmo de los jefes. Con motivo de mi libro *Mi Iglesia duerme*, escrito hace ya más de veinte años, muchos de los que hasta entonces habían sido grandes amigos no volvieron a dirigirme la palabra y se apartaban de mí como de un apestado.

Y con gran dolor tengo también que decir que personas que me querían entrañablemente comenzaron a sufrir cuando cayeron en cuenta que mis ideas ya no eran «ortodoxas». El amor que me tenían les impidió alejarse de mí, pero entre nosotros se hizo un vacío que no existía antes.

Efectivamente, viniste a traer la guerra, y hasta te jactas de ello contradiciéndote a ti mismo.

Tu frase «el que no está conmigo está contra mí» (Le 11,23) es el perfecto lema de la intolerancia, y nos da la pauta para toda la violencia que vemos en la actuación de tus seguidores a lo largo de la historia, y hasta de la ascética predicada por tus fanáticos «directores de almas» y místicos. «¡Guerra contra sí mismo!»

«¡Guerra al placer!» «¡Guerra a las pasiones!» «¡Guerra al sexo!» Todo lo agradable de la naturaleza es sospechoso para ti y para tus ascetas. Ya lo dijiste con otras palabras, indicadoras de tu talante rigorista y apasionado: «La vida del hombre sobre la Tierra es lucha». Y los aturdidos hombres nos preguntamos: lucha..., ¿por qué? ¿No entraste en el mundo invocando la paz? ¿No es la lucha enemiga de la paz? ¿No te presentabas a tus discípulos, después de tu crucifixión, diciéndoles como primer saludo, «la paz sea con vosotros»? (Jn 20,19) ¿No es la vida ya de por sí bastante agitada y dificultosa para que encima vengas tú a hacérsela más difícil? Jesús de Nazaret, ¡déjanos en paz! y no nos acongojes más el alma con tus amenazas, con tus prohibiciones y tus mandamientos antinaturales. Si realmente quieres ayudar a esta doliente humanidad, líbrala de sus estúpidos líderes, que en lugar de ayudarnos a vivir racionalmente y en paz, y en vez de gastar el dinero que nos sacan en proporcionarnos bienestar lo gastan en darse buena vida y en pagarle a los maniacos de la guerra para que sigan fabricando armas y nos tengan muertos de miedo. Hacen lo mismo que tú: nos dicen que se sacrifican por nosotros y que su trabajo es sólo por nuestro bien, pero la cruel realidad es que nos llenan de angustia, robándonos nuestro dinero y nuestra paz.

Si realmente amas a la humanidad, danos líderes que realmente sean «mansos y humildes de corazón» como tú predicabas y como ciertamente no han sido tus representantes y seguidores. Danos la paz que nos prometiste y que no nos dejaste: «Mi paz os dejo, mi paz os doy» (Jn 14,27) ¿Hablabas en serio? ¿Cuándo ha habido paz en el mundo? No la hubo antes de venir tú y siguió sin haberla después que te fuiste. No sólo entre los que nunca te conocieron, sino entre los que se decían seguidores tuyos, que inflamados con tus prédicas fanáticas hicieron correr ríos de sangre en el mundo entero y abusaron inmisericordemente de los pueblos menos desarrollados.

«Mi paz os dejo, mi paz os doy»... ¡Qué ciegos están tus seguidores y qué ciego estuve yo por tantos años al no ver la

enorme mentira de esta y de otras muchas palabras que tú ilusoriamente dijiste y que tus interesados «representantes» han seguido repitiendo pomposamente, aunque vieses a su alrededor a la miseria, al odio y a la guerra campando por sus respetos. Tú dijiste que «tu paz no era como la del mundo» (Jn 14,27). No sabemos cómo es la paz del mundo, pero tampoco sabemos cómo es la tuya, porque a lo largo de la historia hemos podido ver muchas veces cómo hombres y mujeres que se entregaron a ti en cuerpo y alma, y que lógicamente deberían haberse hecho merecedores de la paz que tu prometiste, se vieron atropellados injustamente y privados no sólo de la paz sino de la vida. ¿Dónde estabas tú para hacer valer tu promesa? Esperemos que los estuvieses aguardando en el «reino de los cielos»; porque también habías dicho que «de los pobres de espíritu sería el reino de los cielos» (Mt 5,9). Esperemos; porque ciertamente ni a los pacíficos ni a los pobres de espíritu les ha ido nunca demasiado bien en el reino de la Tierra.

La santa misa

La misa fue durante siglos el principal acto social en el mundo occidental. Que los sacerdotes se hayan empeñado en conservar su contenido religioso es algo secundario; y además no lo han conseguido muy eficazmente. Las «misas» de los pentecostales, sin comunión y sin misterio —elemento esencial en el mito religioso— lo mantienen en mayor medida; y eso a pesar de la histriónica presencia de algún arrebatado ministro aullante.

En los últimos tiempos y sobre todo en la desgarrada Hispanoamérica, la misa se ha convertido en un acto político para hacer saber al Gobierno lo que la censura devota de turno no deja decir en periódicos y emisoras. Los panegíricos y las homilías de los servicios religiosos por el último asesinato por las Fuerzas Armadas o por los «defensores del orden» sirven muy bien para ello. Y si así es, Dios bendiga las misas que por lo menos sirven para esto.

He aquí unas palabras tuyas que —cosa rara— tus seguidores han sabido interpretar bien y poner al día. Dijiste: «Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a plena luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los tejados» (Mt 10,27). Ellos traducen: «Lo que el pueblo aplastado susurra con miedo, gritadlo vosotros en las homilías; y lo que se cuchichea en las oficinas, decidlo en los púlpitos».

Si en los países en que la libertad y los derechos humanos son conculcados, la misa sirviese para convertir los «tejados» del evangelio en pulpitos, y los cuchicheos en públicas denuncias, tal acto litúrgico sería una bendición y habría que conservarlo a toda costa como un bien social.

Pero desgraciadamente por un monseñor Romero que murió al pie del altar como un moderno Baraquías (Mt 23,35), asesinado por los militares-verdugos de su país por haber convertido el púlpito en «tejado» denunciador, hay miles de «pastores» que lo único que hacen es pastorearse a sí mismos banquetear con los engalanados opresores y repartir cada domingo hierba pedestre y regurgitada a su rey. Porque en eso se ha convertido la misa: en una rutina tediosa en la que los viejos bostezan y de la que los jóvenes huyen como de la peste.

En los países menos desarrollados y en aquellos pueblos donde las costumbres tradicionales están todavía muy arraigadas, la misa dominical es un acto social esperado por todas las mujeres, adolescentes y adultas, como la única ocasión de relacionarse con «el mundo». Las jovencitas casaderas se aderezan para ser vistas y los jóvenes, aunque se queden cerca de la puerta y no les importe nada lo que el sacerdote hace, no dejan de asistir porque es la única ocasión de ver a la dama de sus sueños.

Para esta gente, al igual que para muchísimos católicos, lo mejor de la ceremonia es el *ite missa est* y el intercambio humano que se produce a la salida. El ambiente festivo que entonces se respira y la ocasión de saludar y ver a la gente amiga es algo que bien vale la pena de los aburridos *dominas vobiscum*.

He aquí otro aspecto positivo de esta ceremonia cristiana que si bien ha perdido entre el pueblo gran parte del profundo valor que los teólogos le atribuyen, conserva todavía un gran arraigo en las poblaciones pequeñas debido precisamente a este contenido social positivo que tiene.

Sin embargo, aun desde este punto de vista humano y social, la misa tiene otros ángulos que ya no son tan apreciados por otra parte de nuestra sociedad. La picaresca popular le atribuye muchas cosas a esta ceremonia. Tal como dijo alguien, «Dios nos dio la mañana del domingo para dormirla, pero los curas nos la echan a perder con la santa misa».

Y si la misa fuese sólo esto no merecería la pena que le dedicásemos tanta atención. Pero según los sesudos teólogos la misa es mucha más; es en cierta manera el centro de la Iglesia.

Según ellos, en la misa estás tú, Jesús de Nazaret, en cuerpo y alma. Porque en ella es donde se celebra la eucaristía, y la eucaristía eres tú mismo, aunque bajo las apariencias de pan y vino. Y al decir esto estamos entrando en un terreno resbaloso que increíblemente sigue siendo transitado en nuestros tiempos por miles de personas que se consideran inteligentes. Entramos en el terreno del mito descarnado y primitivo.

Tu presencia real en la eucaristía es un mito tan claro y tan parecido a otros que se puede estudiar como un paradigma de todas las cualidades típicas del mito perfecto.

¡Cuánto nos gustaría saber, Jesús de Nazaret, si en verdad en la Última Cena, cuando bendijiste el pan y el vino, tenías en mente todo el enorme tinglado dogmático que tus doctrinarios montaron posteriormente en torno a tus sencillas palabras! Torrentes de tinta para probar tu presencia o para impugnarla, y ríos de sangre para defender cada uno sus fanáticas posiciones. La sangre que corrió en tantas guerras religiosas sí era verdadera sangre; en cambio, la que hay en el cáliz es sólo un delirio de tus teólogos.

Según ellos, ahí estás tú, después de dos mil años, presente y vivo en cada una de las misas. ¡Y tus cristianos, con sus títulos académicos, con sus avances tecnológicos, con su sonrisa incrédula y despectiva hacia todo aquello que huelga a «espíritus» o a cualquier cosa «acientífica», admiten el mito tan tranquilamente y acuden sumisos y devotos a comerte convertido en pan! ¿Dónde se queda el espíritu crítico tan depurado que nuestra sociedad muestra ante otras realidades de las que hay muchas más evidencias que las que tenemos de la realidad de la eucaristía?

Tus cristianos desconocen que el mito de comerse a Dios es tan viejo como la humanidad. Griegos y romanos se comían a Demeter y a Ceres cuando ingerían ciertas tortas rituales de trigo; el «soma» era la bebida con la que los hindúes se identificaban con la

divinidad; cuando los devotos de Mithra bebían del cáliz llamado «agathodemon» estaban bebiendo la sangre de su dios y otro tanto les sucedía a los creyentes en Tammuz y Osiris...

Naturalmente todos estos ritos que he citado para tus fieles son puras aberraciones con las que Satanás logró embaucar a aquellos pobres paganos. En cambio, tu «transustanciación» —que en la jerga teológica es la manera que el pan tiene de convertirse en tu cuerpo— es genuina. Ahí no hay duda. Hay puro milagro y poder de Dios. O como dicen los pentecostales cuando les da el arrebató místico: «¡Hay fuerza en el cuerpo de Cristo!».

¡Cómo se nos obnubila la mente para juzgar sin prejuicio cualquier cosa que sea entrañablemente nuestra!

Como no podía ser menos, un mito tan diáfano tuvo y tiene detractores aun entre los propios cristianos. Y más cuando según tu costumbre, tú no hablaste claro sobre ello, siendo así que en un tema tan discutible y tan dudoso deberías haber dejado las cosas mucho más claramente definidas. Te limitaste a bendecir el pan y el vino y a decir a aquellos pobres hombres que hiciesen lo mismo en recuerdo tuyo (Le 22,19; Mt 26,26). Pero estas palabras son demasiado genéricas y naturalmente trajeron toda la confusión que dura hasta nuestros días.

Porque lo cierto es que tus cristianos protestantes, con muy buen sentido, creen que tu presencia en el pan, al igual que toda la ceremonia, es meramente simbólica y niegan que tú estés realmente presente en las especies, mientras que los católicos dicen con gran seguridad —y gran credulidad— que ¡el que toca la hostia te toca a ti! Y de ser esto así, tu eucaristía se convierte en un rompecabezas: ¿estás o no en las partículas?, ¿cuándo te retiras una vez que eres ingerido por el comulgante?, ¿cómo es posible que algunas personas hayan sido envenenadas con hostias consagradas?... ¡Cuánto fanatismo y cuánta infantilidad!

Hoy pienso con asombro en las muchas horas que yo mismo pasé hincado delante del sagrario. Yo creía sinceramente que tú estabas allí con una presencia real, y por eso te hacía compañía y te

pedía ingenuamente que me ayudases a mí y a otros en los muchos problemas de la vida. Me aprovechaba de tu presencia tan próxima y tan humana para tratar de ahondar mi amistad contigo. No hace mucho entré en un convento de monjas en cuya capilla en penumbra dos religiosas completamente inmóviles «estaban de guardia» arrodilladas en el medio del comulgatorio ante la custodia expuesta. Para ellas tú estabas allí. Éramos sólo tres personas en el templo. Se oía el silencio. Sentado, comencé a recordar tiempos idos, y sentí de repente una profundísima pena, no por mí, sino por aquellas dos pobres mujeres que llenas de buena fe, habiendo renunciado a lo mejor de la vida, consumían su existencia allí de rodillas en el silencio entre sombras entregando su corazón a otra sombra y ¡adorando a una oblea de trigo!

¿Cuántos millones de horas habrán pasado tus buenos cristianos de la misma manera, hablándole inútilmente a un pedazo de pan? ¿No es para llorar el ver cómo la humanidad malgasta su tiempo y sus mejores energías en algo que es completamente imaginario? ¿No es humillante para la raza humana el haberse dejado engañar por una creencia tan burda que hasta los niños deberían sospechar que se trata sólo de una broma o de un engaño? Pero no tiene nada de extraño que esto haya sucedido cuando se da la triste realidad de que los humanos admiten mentiras aún mayores, como son la de creerse que ellos son los dueños y señores de éste mundo.

La eucaristía es un mito que está en línea con el de la encarnación y con el de la muerte de Dios en la cruz. Transcribo de mi libro *Visionarios, místicos y contactos extraterrestres*: «Los hombres, en nuestra desesperación por tener a Dios a mano — como el niño que se agarra a su padre para no perderse entre la multitud—, hemos cometido la infantilidad de hacerlo hombre; y en nuestro miedo de que por su grandiosidad no se nos haga incomprendible, lo hemos matado. No importa que luego, avergonzados, lo hayamos hecho resucitar; pero ya para siempre y

para seguridad de nuestro psiquismo lo podremos representar en una cruz, muerto».

Me faltó decir que la eucaristía es otro de esos mecanismos inconscientes que el ser humano tiene para convertir un mito o un arquetipo en un rito o en una ceremonia concreta. En este caso, la unión e identificación con Dios, vivida de una manera tan radical y tan primitiva como es comiéndoselo.

Tus cristianos te devoran, Jesús de Nazaret, después de haberse devorado entre ellos durante veinte siglos y de seguirse mordiendo los costados con sus envidias y celos. Pero tú carne y tu sangre que con tanta devoción ingieren todavía muchos de ellos no los hace más tolerantes ni más humanos. Antes al contrario, los que se alimentan de ti suelen ser más virulentos y menos comprensivos para las creencias de los demás.

Además, si el mito de tu «presencia real» no fuese mito serías un ser completamente carente de sentido de la justicia, al dejar totalmente ignorantes de semejante milagro a la mayor parte de la humanidad. Los lejanos mongoles, los habitantes de Manchuria, la inmensa mayoría del pueblo chino y 4000 millones de hombres en total desconocen que Dios está metido dentro de unos pequeños pedazos de pan en unos cajoncitos escondidos en algunas Iglesias de Europa y América.

Deberías hacer algún esfuerzo —que ciertamente sería menor que el milagrazo que constantemente tienes que estar haciendo en la transustanciación—, para que el mundo se enterase de semejante maravilla. Pero ni lo haces tú ni has ayudado mucho a que tus seguidores lo hagan, porque después de dos mil años la mayor parte de los habitantes del planeta siguen sin enterarse.

Tus representantes

Dijiste: «Mi reino no es de este mundo» (Jn 18,36), y sin embargo, tus máximos representantes han sido desde hace siglos monarcas de un reino. Y lo remachabas diciendo: «Si mi reino fuese de este mundo mi gente habría combatido para que yo no fuese entregado a los judíos».

Tu reino, Jesús de Nazaret, no fue de este mundo, pero el de tus representantes sí. Hasta hace muy poco han tenido ejércitos que han combatido por ellos y por defender sus posesiones terrenales; y sus soldados no eran simbólicos y «de carnaval» como son en la actualidad los de la guardia suiza en el Vaticano, sino que eran con mucha frecuencia fanáticos voluntarios o feroces mercenarios que en ocasiones realizaron matanzas que hubiesen avergonzado a cualquier tirano.

El suyo es un reino con palacios y museos; un reino con embajadores, con recaudadores de impuestos, con códigos de justicia y con penalidades para aquellos que no cumplan las leyes; un reino con bancos y con banqueros tramposos y avaros —aunque estén ordenados *in sacris*— a los que no les importa en qué invierten el dinero del reino, con tal de que produzca buenos dividendos; un reino en donde no sólo se politiquea internamente en los palacios vaticanos, sino que se lleva la política y las influencias a todos los otros Gobiernos en donde hay súbditos cristianos; un reino en donde por siglos se cobraron tributos directos —yendo contra lo que tú habías dicho— y en donde en la actualidad se cobra por los servicios espirituales que se prestan. Los bautizos, las misas, los entierros y las bodas tienen tarifas como en cualquier oficina del

gobierno. Tu reino espiritual, Jesús de Nazaret, tus representantes lo han convertido en un reino de este mundo. Si eres Dios, ¿no pudiste preverlo?

Tan en serio han tomado su papel de reyes y de señores de este mundo que desde muy temprano en la historia se preocuparon de agenciarse territorios arrebatándoselos a las buenas o a las malas a otros reyes y señores más débiles que ellos. Nuestro catolicísimo Felipe II tuvo que hacerle la guerra a uno de ellos (Paulo IV), que quiso usurparle sus posesiones en Italia; y si nos pusiésemos a enumerar todas las guerras que tus representantes, grandes y pequeños, han hecho con el único objeto de conseguir o de defender tierras y ciudades, no terminaríamos.

¡Qué mal ejemplo, Jesús de Nazaret, han dado tus pontífices a lo largo de la historia! ¿Cómo no los asististe de una manera especial, tal como lo habías prometido, para que respetasen tu voluntad y no hiciesen caricatura o burla de tus palabras? Dijiste: «Las zorras tienen cuevas y las aves del cielo tienen nidos, pero el hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza» (Lu 9,58). Tus representantes están muy lejos de imitar tu ejemplo en cuanto a vivienda. No sólo los pontífices romanos han vivido siempre en suntuosas mansiones, sino que hasta los cientos de obispos de todo el mundo distan mucho de no tener dónde reclinar la cabeza. Y esto se ha hecho tan común y normal que sus moradas se llaman ordinariamente «palacio episcopal».

Hace ya veinte años, y refiriéndome a esos personajes bíblicos, medio políticos medio obispos, llamados nuncios, escribí en mi libro *Mi Iglesia duerme*: «Recuerdo la mala impresión que me llevé cierto día que con gran sacrificio por parte mía acudí al nuncio de Su Santidad, residente en una capital distante, para exponerle ciertos graves problemas que afectaban a toda una diócesis. Su excelencia me recibió entre mármoles, y para estar a tono con el entorno, con una frialdad marmórea me permitió exponerle mis argumentos... Pero donde más visiblemente muestran los nuncios su alejamiento de la realidad circundante es en su manera de vivir. Aparentemente

tienen la idea de que si no imitan, aunque en tono menor, la pompa vaticana, no pueden representar eficientemente a la Santa Sede.

Los representantes del «siervo de los siervos de Dios» (y ya va siendo hora de que o hacemos verdaderos muchos de estos motes que usan en la Iglesia o los borramos para siempre) tienen un automóvil tan bueno como el de cualquier embajador, se visten más llamativamente que cualquier embajador, viven en un palacio mejor que el de la mayoría de los embajadores y son huéspedes distinguidos de cuanto cóctel, inauguración, fiesta patria o aniversario de alguna importancia se celebre. Sus apariciones entre la gente humilde son mucho más parcas, ya que los pobres y aun la gente de clase media no suelen estar envueltos en grandes protocolos de Estado y no suelen celebrar aniversarios como no sean los de sus incoloras vidas o los de sus difuntos».

Dijiste también: «No toméis oro ni plata ni cobre, ni tengáis dos túnicas ni sandalias...» (Mt 10,10). Tus obispos no tienen sandalias; tienen zapatos con hebillas plateadas o doradas, que lucirían ridículas en los pies de cualquier otro ciudadano. Y tus cardenales no sé si tienen dos túnicas, pero en la que hasta hace poco tenían lucían una grotesca cola ¡de hasta ocho metros de largo! ¿No los veías tú desde el sagrario, en donde dicen que estás de cuerpo presente, avanzar pomposamente como pavos reales por la nave central de sus respectivas catedrales, arrastrando tras de sí aquel ínclito apéndice, aquella sacra trapería roja que resume toda la mundanidad y toda la ridiculez de las cortes renacentistas y dieciochescas? ¿No te cogían ellos poco después en sus manos al celebrar la misa? ¿Por qué nunca le dijiste nada a alguno de ellos acerca de la burla que suponía el representarte a ti y vestir de aquella manera? No sólo una burla a ti y a tus palabras, sino una provocación y un insulto para los miles de sus «ovejas» que viven en la miseria o pasando estrecheces.

Dijiste: «Cuando seáis invitados a un banquete no ambicionéis los primeros puestos...» A tus representantes parece que les gustó lo de los banquetes, porque ¡cuánto han banqueteadado! Y no sólo

como invitados de los ricos y poderosos, sino que ellos mismos han organizado banquetes con frecuencia y no han invitado a ellos a los pobres y mendigos tal como tú le dijiste al fariseo que te invitó a comer: «Cuando des una comida o una cena no llames a tus amigos o a tus hermanos y parientes ni a tus vecinos ricos, no sea que ellos te inviten a su vez y tengas ya tu recompensa. Cuando des un banquete, llama a los pobres, a los cojos y a los lisiados y ciegos, y serás dichoso porque no te pueden corresponder y así se te corresponderá en la resurrección de los justos» (Lu 14,12-14).

Tus representantes han invitado repetidamente a los poderosos para politiquiar, a los ricos para tratar de finanzas y a los parientes para hartarse.

A modo de anécdota, permítame el lector que transcriba una nota tomada de mi libro *El cristianismo, un mito más*: «He aquí lo que se consumió en la boda de una sobrina del Papa Juan XXII (1316-1334): ocho bueyes, 55 carneros, cuatro jabalíes, 200 capones, 690 pollos, 580 perdices, 280 conejos, 40 codornices, 37 patos, 50 palomas, dos grullas, dos faisanes, dos pavos, 292 aves menores, 3000 huevos, variedad abundante de pescado, 2000 manzanas y peras, 4000 panes y unos 2000 litros de vino. Total, que las bodas de Camacho fueron un asco». ¡Todo esto pagado con las limosnas y contribuciones de los católicos humildes de toda Europa!

¿Y los pobres de los que tú tanto hablabas? Para los pobres, Juan XXII reservó tus bienaventuranzas, que también están en el evangelio.

Decididamente tus representantes dan la impresión de haberlo leído sólo para hacer caricatura de él. Tu entrada en Jerusalén, días antes de la pasión, la hiciste solemnemente, como una gran excepción en tu vida, cabalgando sobre una humilde asna. En el caminar y el viajar, tus pontífices, desde muy temprano en la historia, se olvidaron de los asnos y de las ramas de árboles y de las vestiduras humildes. Su viajar fue siempre pomposo y lleno de ostentación. Desde los enjaezados corceles blancos de los Papas de la antigüedad, escoltados por miles de jinetes y llevados de la

brida por algún rey o emperador, hasta los opulentos palios, las alfombras principescas, las sillas «gestatorias», las carrozas adoseladas, los asientos *ad hoc* en los aviones y los «papamóviles» de nuestros días hay un gran trecho que tus representantes han caminado «sin volver la vista atrás» y sin preocuparse de que tales poses van contra el espíritu de lo que tú habías predicado con el ejemplo cuando casi descalzo caminabas con tus apóstoles los polvorientos caminos de Judea y Samaría.

¡Qué lejos queda la humilde asna que te sirvió de vehículo en tu entrada en Jerusalén! ¿Cómo los has dejado que hagan por tanto tiempo caricatura de lo que tú predicaste? ¿Cómo no has defendido a tus fieles de sus mundanidades y de sus falaces enseñanzas? ¿Cómo te has desinteresado tanto de tu Iglesia, a la que prometiste asistencia perpetua hasta el fin de los tiempos? ¿Cómo no has cumplido tu palabra dejando que tus representantes en cuanto a vestimenta y modo de vivir se convirtiesen en una caricatura de lo que tú fuiste?

Te fiaste de tu padre

Dijiste: «Mi Padre y yo somos una misma cosa» (Jn 10,30). «Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto» (Mt 5,48). «Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se lo pidan?» (Mt 7,11).

¡Qué buena idea tenías de tu padre, Jesús de Nazaret, pero qué equivocada! No se merecía que tú pensases tan bien de él. ¿No fuiste demasiado ingenuo en fiarte tanto de un señor que se había portado tan mal con tu pueblo? Porque si hemos de creer lo que la Biblia nos dice, tu padre dio muestras en repetidas ocasiones de no tener entrañas. No sólo fue cruel con los enemigos del pueblo hebreo, sino con su mismo pueblo escogido. Sólo un padre demente o ciego por la ira podría hacer lo que tu padre hizo en tantas ocasiones con sus hijos —tus hermanos— y contigo mismo.

Pero de Dios no tenemos derecho a pensar que sea demente ni que se deje dominar por la ira ni que sea vengativo o rencoroso o mezquino. Y sin embargo, o rechazamos de plano la Biblia o no tenemos más remedio que admitir semejantes defectos en tu padre.

Oye lo que el *Pentateuco* dice de él: «Y mató a todos los primogénitos en el país de Egipto, desde el primogénito del hombre hasta el primogénito del ganado» (Ex 13,15). ¿No te parece que un ser todo perfecto debería haber obrado de otra manera?

Oye este otro pasaje tomado del capítulo 32 del mismo libro: «Entonces, Moisés, viendo al pueblo desenfrenado... se puso a las puertas del campamento y exclamó; «¡A mí los de Yahvé!», y se le unieron los hijos de Leví. El les dijo: «Así dice Yahvé: “Cíñase cada

uno su espada al costado; pasad y repasad por el campamento de puerta en puerta y matad cada uno a su hermano, a su amigo y a su pariente”. Cumplieron los hijos de Leví la orden de Moisés, y cayeron aquel día unos tres mil hombres del pueblo. Y dijo Moisés: “Hoy os habéis ganado la investidura como sacerdotes de Yahvé a costa de vuestros hijos y de vuestros hermanos, para que él os dé hoy la bendición”».

¡Qué padre tan salvaje tenías! ¿No te parece que distaba infinitamente de la perfección que cabe esperar de Dios? En las páginas del *Pentateuco* muy frecuentemente nos encontramos con estas frases: «Encendióse la ira de Yahvé». «Deja que ahora encienda mi ira contra este pueblo y lo devore» (Ex 33,10), etc. ¿No alababas tú la mansedumbre? Y ¿no te llenaste de asombro cuando te enteraste de cómo tu padre se dejaba dominar tan fácilmente por la ira?: «Yo no iré contigo, porque eres un pueblo de dura cerviz, no sea que te destruya por el camino» (Ex 33,3).

Y ¿no te escandalizaste cuando leíste que tu padre era celoso y cuando supiste que además era vengativo y que castigaba los pecados de los padres en los hijos?: «Porque yo, Yahvé, soy un dios celoso que castiga los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación» (Ex 20,5).

¿No te dio miedo que pudiese hacer lo mismo contigo? ¿No te horrorizaste cuando supiste cómo se portó con los hijos de Aarón, a los que mató sólo por ofrecerle incienso incorrectamente? Y ¿no te indignaste cuando supiste cómo fulminó a Uzzá sólo por tocar el arca? No la tocó con atrevimiento o por maldad, sino porque se balanceó peligrosamente amenazando caerse. Hizo sólo un gesto natural e instintivo, llevado por su gran respeto hacia aquel objeto sagrado. Pero el mal humor y la intolerancia de tu padre no aguantaba ni desobediencias inconscientes y lo fulminó en el acto.

¿No se te hizo muy extraña la petición que le hizo a Abraham de que sacrificase a su hijo como si fuese una res? ¿No se te pareció demasiado aquel sacrificio humano a los que los otros dioses mesopotámicos exigían a sus pueblos? Es cierto que a última hora

mandó un ángel para que detuviese el brazo de su padre cuando ya iba a degollar al joven Isaac; pero no deja de ser una broma macabra el exigirle a un padre que tome semejante decisión. Aunque ello nada tiene de extraño en un Yahvé que ya había legislado en el *Deuteronomio*: «Si un hombre tiene un hijo rebelde y díscolo que no escucha la voz de su padre ni de su madre y que, castigado por ellos, no por eso los escucha, su padre y su madre le echarán mano y lo llevarán afuera, donde los ancianos de la ciudad... Entonces todos los ciudadanos lo apedrearán hasta que muera. Así harás desaparecer el mal de en medio de ti, y todo Israel, al saberlo, temerá» (Deut. 21,18). ¿No leíste cuando Jefté, rey de Israel, le prometió a tu padre que si le otorgaba la victoria sobre sus enemigos le sacrificaría a la primera persona que le saliese al encuentro tras la batalla? ¿Cómo tu padre permitía que nadie le hiciese tan bárbaras promesas? ¿Tan mala idea tenían de él? ¿No sería porque sabían que semejantes sacrificios le gustaban? Y ¿no supiste que la primera persona que le salió al encuentro tras la batalla ganada fue su propia hija? Y ¿qué hizo tu padre? ¿Se le apareció para decirle que no cumpliera una promesa tan monstruosa y menos tratándose de quien se trata? Nada de eso, Jesús de Nazaret. Tu padre se calló y dejó que aquel salvaje degollase con su propia mano a su única hija. Y ante hechos así, nosotros tenemos derecho a deducir que tu padre era de la misma calaña que los Moloc, los Baal y los Belzebub de los pueblos mesopotámicos.

Si conocías su manera de actuar deberías haberte rebelado contra él y no habérselo puesto como modelo. Y mucho menos deberías habernos dicho que nos amaba y que se preocupaba por nosotros.

Esta circunstancia nos hace sospechar de ti, de tu sabiduría y de tu divinidad. ¿Cómo seguiste siéndole fiel a un individuo tan funesto? ¿Cómo no lo rechazaste públicamente como padre y nos dijiste que no lo imitáramos? ¿Cómo hasta el fin de tu vida seguiste presentándonoslo como modelo?

Jesús de Nazaret, estabas ofuscado. No nos podemos explicar cómo has podido tener un fallo tan grande. Admitimos tu buena voluntad porque durante tu vida te vimos sacrificarte por enseñarnos lo que tú creías que era el mejor camino para nuestra salvación... Pero ¿cómo es posible que nos dijeras que tú eras una misma cosa con semejante energúmeno?

Nuestra idea de Dios es muy diferente de la que tú tenías. Es cierto que imaginar a Dios como un padre le da al alma cierta tranquilidad, pero, por otro lado, supone una cierta infantilidad. Los niños son los que están llamando constantemente a su padre y se sienten atemorizados si él, por alguna causa, los abandona. Un adulto ya no está pendiente de su padre ni necesita llamarlo constantemente. Un adulto se abre camino él solo y soluciona con su propio esfuerzo las dificultades que se le presenten. Decididamente hemos superado la etapa del hombre-niño que en el más allá espera encontrarse al dios-mamá. Como el niño que al volver por la tarde de la escuela necesita encontrar en casa a su mamá para contarle todas las incidencias del día. Tal dios-mamá no existe.

Es cierto que el más allá nos da algo de miedo al no saber nada de él. Pero nos da miedo porque sólo podemos llegar a él pasando por la angosta puerta de la muerte, y sobre todo, por lo que tus teólogos nos han dicho de él, inventando estados eternos de sufrimiento y delirios por el estilo.

Decididamente, imaginar a Dios como un padre es una idea bella, pero infantil. Cuando tú lo presentaste así, Jesús de Nazaret, diste un paso de avance en relación a la idea que en tu pueblo se tenía de él. El Yahvé que tus hermanos conocían por el Pentateuco era un viejo cascarrabias bastante sanguinario y tú se lo cambiaste por un padre.

Pero dínos: ¿con qué derecho lo hiciste? ¿No seguía siendo el mismo? ¿Es que acaso la Tora había perdido su vigencia? Jesús de Nazaret, el que tú llamabas «mi padre» cometió contigo una felonía más y te engañó inicualemente. Te hizo creer que contigo y con tus

cristianos iba a portarse de manera diferente, y por eso tú te entregaste a él. Pero seguía siendo el mismo y tu desesperación en la cruz fue un tardío reconocimiento de tu error.

Si nosotros imagináramos a Dios como a un padre, ciertamente no sería el padre Yahvé. Con él no queremos nada. La idea que un hombre moderno tiene de Dios no es tan concreta ni tan familiar, ni en fin de cuentas, tan infantil. Dios no es tan simple como para poder resumirlo en la sola idea de «padre». Lo que sea Dios tiene que ser completamente incomprensible en toda su grandiosidad para la mente humana. Sentirse recibido, abrazado, acariciado y hasta mimado por Dios en persona al llegar al otro mundo—cosas completamente naturales en un padre ante la llegada de su hijo— es algo demasiado humano y demasiado infantil. Al individuo a quien esta imagen le valga hará muy bien en mantenerla si no es capaz de concebir a Dios de otra manera. Pero además haría muy bien si tratase de evolucionar un poco en su concepción del más allá y en sacudirse de las miopes ideas que el cristianismo le ha sembrado en el alma acerca de la muerte, de la vida y del universo.

Tus devotos han dicho repetidamente que «Dios es amor». Ojalá se hubiesen contentado con decir esa frase y no nos hubiesen seguido diciendo lindezas absurdas acerca de sus cualidades y de su misma esencia, que eran sólo una proyección de la pequeñez de sus mentes. ¿Cómo tus teólogos han tenido la osadía de dividir a Dios en tres, definirlo, humanizarlo y hasta hacerlo asesino de sí mismo?

Jesús de Nazaret, no nos sigas presentando a Yahvé como a nuestro padre. Si te somos sinceros, preferimos ser huérfanos.

Intolerancia

Dijiste: «El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo desparrama» (Mt 12,30; Lu 11,23). Tus palabras te traicionan, ¡OH Cristo! Sí hoy día las pronuncias en nuestra sociedad te llamarían enseguida, y con razón, intolerante. ¿No puede uno quedarse neutral sin pensar ni recoger contigo? ¡No! Tú no quieres neutrales; tú no le toleras a nadie que se limite a mirar. Necesariamente hay que agacharse a recoger contigo. Porque tú eres Dios y tienes toda la razón. Pero mucho vas a tener que hacer para convencernos de que eres Dios cuando vemos que tu mal humor es tan humano.

Esta intolerancia tuya y este talante de celote que tus biógrafos tan bien han disimulado, se lo has trasladado a tu Iglesia que ha hecho gala de él repetidas veces a largo de los siglos.

Las hogueras con que tus inquisidores limpiaron a Europa de gentes que no querían «recoger contigo» son una prueba de ello. El Concilio Vaticano II, con un fariseísmo increíble, nos viene a decir ahora que «hay que respetar las creencias de cada uno», y que «el santuario de la conciencia es inviolable». Pero tus santos esbirros de los siglos XIII al XVIII no lo creyeron así y abrasaron entre las llamas a los que «no estaban contigo». Es decir, fueron consecuentes con tu intolerante máxima.

Y no contentos con levantar catafalcos para la horca en el viejo continente se fueron a América a colgar a los pobres indios, sin olvidarse de los cristianos viejos que allí tampoco querían «recoger contigo».

¿No nos habías dicho que eras «manso y humilde de corazón»? (Mt 11,29). ¿No habías alabado a los mansos y les habías prometido los bienes de la tierra? (Mt 5,4). ¿No quedamos en que «no habías venido a ser servido, sino a servir»? (Mr 10,45). ¿No nos habías dicho que «el que de los tuyos fuese el primero se hiciese el último»? (Mr 9,35). Eres muy contradictorio, Jesús de Nazaret.

Y seguimos leyendo el evangelio y de nuevo nos encontramos con palabras que nos chocan: «El que creyere y se bautizare, se salvará, y el que no creyere se condenará» (Mr 16,16). De nuevo, tu intolerancia.

Dime: ¿Qué haremos los que después de haber reflexionado sobre tus enseñanzas no las juzgamos convincentes y las rechazamos? Según tú, nos iremos al fuego eterno. Pero ¿para qué nos sirve entonces la cabeza? ¿Servirá sólo para inclinarla ante los grandes o ante los que os llamáis «hijos de Dios» y queréis imponernos vuestras absurdas doctrinas? ¿No se supone que nos la han dado para usarla y para discernir con ella lo verdadero de lo falso?

¡No! Jesús de Nazaret; el que no está contigo tiene derecho a no estarlo si su cabeza así se lo dice, y además porque muchas de las cosas que dijiste son intragables. Y el que no recoge contigo tiene derecho a no hacerlo si lo que tu recoges no le conviene.

Di a tus cristianos que sean más tolerantes; que aprendan de los fieles de otros credos a ser más respetuosos con las ideas religiosas de los demás. Que se enteren de que cuando tus misioneros llegaron a tierras donde el budismo o el hinduismo eran la religión principal, las autoridades los recibieron amigablemente y les mandaron exponer en su presencia las nuevas doctrinas para compararlas con las suyas y quedarse con ellas si eran mejores. Y de hecho, algunos se quedaron con ellas porque vieron que no eran tan malas como las que habían practicado hasta entonces.

Esta sí es una manera racional de comportarse y no la de tus pontífices y reyes, que degollaban sin escrúpulo no sólo a los

paganos que no creían en ti, sino a los mismos cristianos que creían en ti pero no lo hacían como a ellos les gustaba.

Di a tus fieles, sean estos sacerdotes, jueces o políticos, que no excomulguen, no condenen o no encarcelen a los que no piensen como ellos. Tus sacerdotes, en innumerables ocasiones, han usado los púlpitos y los confesionarios para politiquen y para hablar mal de gobernantes y de personas que discrepaban en sus creencias, aunque desempeñasen bien su tarea. Tus políticos han abusado muchas veces de su poder y han hecho de sacristanes de los obispos, reprimiendo y encarcelando contra toda justicia a los que aquellos le indicaban. Y tus jueces, con tu imagen colgada encima de sus cabezas o patente en medio de sus tribunales, han condenado inicuaamente en muchas ocasiones a personas cuyo único delito era el haber mostrado públicamente que no estaban de acuerdo con las ideas de tu Iglesia. Y esto ha sucedido no sólo en tribunales de segunda o tercera categoría, dirigidos por jueces fanatizados, cofrades de alguna hermandad rociera, sino en el mismísimo Tribunal Supremo, en donde no hace muchos años se emitieron en este particular sentencias dignas de la Edad Media^[1].

Y sobre todo, diles a tus militares católicos que no estén perpetuamente soñando con golpes de Estado para acabar con todos los que tienen una idea diferente de la moral, de la sociedad o de la patria.

Enséñales que la mente es libre y que, por lo tanto, se puede pensar de muchas maneras; y que el pecado mayor que uno puede hacer con ella es no usarla. Y enséñales también a cómo hacerlo, porque hasta ahora la han usado bastante poco y bastante mal.

Diles en general a tus cristianos más recalcitrantes que sean más civilizados y que se olviden un poco de sus ritos y dogmas y los cambien por comprensión, por respeto y por buenos modales, de los que tan faltos han estado a lo largo de la historia. Diles que se olviden para siempre de «índices» de libros prohibidos y de censuras gubernamentales para las puras ideas. Y mucho más diles

que se olviden de Inquisiciones y de Santos Oficios. El Santo Oficio tenía el oficio nada santo de mandar a pobres gentes a la hoguera.

Y por si no lo sabes, Jesús de Nazaret, hoy tienes todavía muchos súbditos que añoran tiempos pasados en que todo el mundo tenía que ser cristiano a la fuerza.

La mujer

En tu cristianismo, Jesús de Nazaret, la mujer ha sido postergada inicuaamente. A fuerza de ver desde la niñez esta discriminación practicada de una manera natural, ya no caemos en la cuenta de ello.

Por supuesto que los sabios teólogos y las autoridades eclesiásticas no admiten esto o tratan de taparlo con sofismas en los que tan experta es la filosofía escolástica. Pero la realidad es que la mujer ha sido durante muchos siglos un cero a la izquierda en el cristianismo y en la llamada «cultura de Occidente», basada en tus doctrinas.

En la actualidad, ellas tratan de sacudirse este yugo discriminatorio, pero se están encontrando con muchas dificultades que, en el seno de la Iglesia católica, parecen insalvables, debido no sólo a la cerrazón de mente del pontífice reinante, sino a cierta misoginia defendida por siglos «infalliblemente».

Baste con asomarse someramente a las páginas de los Padres de la Iglesia, sucesores de los apóstoles, y a los escritos de los grandes doctores, para encontrarse con una serie de improperios vertidos con toda tranquilidad contra la mujer, como si ésta fuese una criatura del diablo.

En el otrora famoso *Directorio del sacerdote*, escrito por el jesuita padre Benito Valuy, podemos leer lindezas como éstas, que nos muestran a las claras el desenfrenado machismo que por siglos ha imperado en la Iglesia: «¿Qué es la mujer? San Jerónimo responde que es la puerta del diablo, el camino de la iniquidad, la mordedura

de un escorpión». En otra parte dice que «la mujer es fuego, el hombre, estopa, y el diablo, fuelle» (!).

San Máximo llama a la mujer naufragio del varón, cautiverio de la vida, leona que abraza, animal malicioso. San Atanasio Sinaíta le llama víbora vestida, consuelo del diablo, oficina de los demonios, horno encendido, lanza del corazón, tempestad de la casa, guía de las tinieblas, maestra de los delitos, boca desenfrenada, calumnia de los santos.

San Buenaventura dice que una mujer adornada y bella con sus aderezos es una espada del demonio bien afilada. Cornelio a Lapide —un jesuita muy famoso por sus comentarios bíblicos—, dice que «la mirada de la mujer es de basilisco, y su voz, de sirena. Con ella encanta y con la vista quita el juicio, y con entrambas cosas pierde y mata».

Y termina el sesudo maestro de ascética diciéndoles a los sacerdotes: «Quiera Dios que la experiencia no os venga a confirmar estas expresiones».

¡Cuánta insensatez dicha con toda solemnidad! El voto de castidad y el eunuquismo que tú alabaste en tus evangelios acabó por nublarles la cabeza a varones por otro lado tan eminentes.

Es increíble con qué tranquilidad y hasta con qué sinceridad muchos buenos católicos, repitiendo lo que sus líderes les dicen, afirman, por el contrario, que el cristianismo ayudó grandemente a la dignificación de la mujer y que gracias a él, ella pasó a tener en el seno de la familia un rango similar al del hombre, al mismo tiempo que en la sociedad su participación se acrecentaba de una manera notable.

Para ello nos hacen comparaciones con otras culturas y sociedades en donde las mujeres son tratadas como una mera posesión de los varones y en donde hasta son sacrificadas con él cuando éste fallece. Y de una manera particular nos presentan a la mujer en la cultura islámica, sometida por completo a la voluntad de su marido, teniendo que soportar la humillación de la poligamia y no pudiendo participar en mil actividades normales de la sociedad en

que las mujeres occidentales toman parte de una manera muy activa.

Pero lo curioso es que cuando nos asomamos a la literatura religiosa islámica nos encontramos que sus líderes nos dicen lo mismo que los nuestros en cuanto a lo beneficioso que el Islam ha sido para la dignificación de la mujer y tienen para ello mil argumentos que son tan falsos como los de nuestros teólogos.

Naturalmente que cuando se parte de cero, es decir, cuando se compara el estado de la mujer en el cristianismo con una cultura en que la mujer es considerada sólo como un objeto, los principios cristianos que rigen el estado de la mujer aparecen como de una gran altura. Pero no tienes que olvidarte, Jesús de Nazaret, que cuando tú viniste al mundo y cuando tu religión comenzó a extenderse, ya habían existido grandes imperios en donde los derechos de la mujer ya no estaban a cero. Ya habían pasado por este mundo unos cuantos Hammurabis que se habían preocupado por defender la dignidad de la mujer y de los pobres. Y habían existido pueblos como los celtas, en donde la mujer ocupaba un lugar preponderante.

Y si bien es cierto que en la cultura y religión hindúes la mujer acompañaba al marido en la pira funeraria, también es cierto que en la egipcia y en la mesopotámica ya había habido Semíramis, Nefertitis y Cleopatras que habían sido las dueñas y señoras de sus pueblos.

De modo que los que nos presentan el respeto que en el cristianismo se le ha profesado a la mujer como algo original tuyo están mintiendo a sabiendas o desconocen por completo la historia.

En el cristianismo —aparecido durante el imperio romano, que había desarrollado unos principios jurídicos que han llegado hasta nuestros días— era lógico esperar que la mujer ocupase el puesto que naturalmente le corresponde en la sociedad. Y sin embargo, vemos que no fue así y claramente podemos distinguir una tendencia solapada —que a veces se hace manifiesta— a relegar a la mujer a un segundo puesto y aun a hacerla desaparecer por

completo de ciertas actividades eclesíásticas. Es muy cierto que San Pablo le dice al varón a la hora del matrimonio: «Compañera te doy y no sierva»; pero también es muy cierto que en cuanto se trata de algo puramente eclesíástico o litúrgico el mismo San Pablo le dice a la mujer de una manera un tanto brusca que enmudezca: «Las mujeres, que se callen en la Iglesia» (1 Cor 14,34). Y a juzgar por lo que vemos en la historia esa imposición de silencio se refería no tanto a los cuchicheos femeninos, tan naturales, por otra parte, sino al opinar sobre cualquier tema que se refiriese a la doctrina. Eso «es cosa de hombres». Tuvieron que pasar diecinueve siglos para que las autoridades infalibles romanas declarasen «doctora» a una mujer. Como si hasta entonces las mujeres hubiesen tenido el cerebro seco.

Ante tamaña discriminación, tus jerarcas de hoy están haciendo pinitos para que no los tachen de machistas y de perpetuadores de una discriminación injusta... Pero corren el peligro de «ahorrar en el alpiste del canario».

Hoy vemos a las mujeres haciendo la lectura en las ceremonias litúrgicas, presentando las ofrendas, ayudando a misa y hasta repartiendo la comunión, para escándalo de los rancios lefevrístas. Pero todo esto es andarse por las ramas.

Las mujeres despiertas ya no se contentan con esos remiendos y exigen más. Exigen algo que tus obispos y vicarios no les pueden conceder: la ordenación sacerdotal. Y no se lo pueden conceder, porque hace ya años que definieron infaliblemente que las mujeres no pueden recibir el orden sacerdotal porque es un sacramento reservado «por derecho divino» a los varones. El Espíritu Santo les dijo que eso «es cosa de hombres». Y hoy día no pueden dar marcha atrás, porque pondrían en entredicho la inspiración divina de los Pontífices y la sabiduría del Espíritu Santo.

He aquí un área importantísima en la que tu Iglesia se declara irremediablemente machista. Parece que con ello no hace sino seguir una especie de pauta que tú le trazaste de una manera general en los evangelios, en el trato nada amable que le

dispensaste a tu madre. Lo podemos ver primeramente en la seca contestación que le diste cuando te encontraron en el templo discutiendo con los doctores (Lu 3,49). Posteriormente, en las bodas de Cana (Jn 2,1), en el episodio cuando, predicando tú, alguien te dijo que tu madre quería verte (Mr 3,33) y en la falta general de manifestaciones de cariño de un tal hijo a una madre tan especial.

Da la impresión de que no querías que las mujeres se mezclasen oficialmente en los asuntos específicamente religiosos de tu misión. Pero las cristianas evolucionadas de hoy ya no toleran esta discriminación y están en pie de lucha para sacar adelante lo que ellas consideran que es un derecho. Mucha sabiduría van a tener que derrochar tus representantes para convencerlas de que desistan de sus ideas. O en el muy dudoso caso de que se decidan por la ordenación van a tener que hacer juegos malabares para lograr escamotear toda la doctrina que por siglos han venido impartiendo «infalliblemente» sobre el tema.

No se puede negar que en lo que se refiere al sexo y a la relación del varón con la mujer tenías una visión un poco estrecha y predicaste una moral que en más de un aspecto podría tacharse de mojigata.

En mis años de formación jesuítica, en Salamanca, nuestro Padre Maestro de novicios nos decía con un gesto mefistofélico: «El cuerpo de la mujer es venenoso». El pobre santo varón, muy probablemente, no lo había probado nunca, y no hacía más que repetir fanáticamente lo que le había dicho a él su Padre Maestro de novicios, que a su vez era un eco de las seculares enseñanzas de tus moralistas y de tus propias palabras, pronunciadas hace dos mil años.

En la Iglesia hay indudablemente una sospecha hacia la mujer, a la que irremediabilmente se identifica con el sexo, cosa que en el cristianismo ha tenido siempre muy mala prensa. Hay una especie de complejo profundo hacia él, que se traduce en muchos hechos. En primer lugar, tu nacimiento de madre virgen, como si el nacer de una madre normal fuese motivo de deshonor; además, tu propio

celibato y el que les exigen tus jerarcas a los sacerdotes, la desorbitada importancia que a la castidad le han dado siempre tus moralistas y el aliento que entre las jóvenes ha recibido siempre la virginidad como el más perfecto don de una entrega total a ti son ejemplos de este profundo complejo.

¿Por qué esta manía con el sexo y por qué esta sospecha de la mujer, como si ella estuviese demasiado inclinada a él o no fuese capaz de asumir un papel importante en lo que se refiere a la extensión de tu doctrina?

Si te he de ser franco, Jesús de Nazaret, tú no eres el culpable directo de esta falseada visión del sexo y de la mujer. Tú seguiste en esto inconscientemente las pautas de otras religiones anteriores y fuiste sólo una víctima más del milenarismo y misterioso fenómeno de la iluminación, mediante el cual te manipularon para que predicases doctrinas que a la larga son perjudiciales para la humanidad.

Pero lo cierto es que con tus prédicas y tus actitudes sobre la mujer y sobre el sexo nos has hecho mucho daño. Es inútil que digan que exagero, porque en tu Iglesia, a lo largo de los siglos, hay muchos ejemplos para demostrar lo funestas que han sido estas doctrinas y creencias. La castración antinatural a que son obligados los sacerdotes de tu iglesia católica, los cientos de miles de vírgenes que han sacrificado sus vidas en conventos femeninos, sólo «por hacerse tus esposas místicas», y detalles tan grotescos como el del monte Atos, entre otros, en donde no se permite la entrada no sólo de mujer alguna, sino de ningún animal hembra, para que no perturbe la serenidad de los monjes y su paz de espíritu son sólo unos pocos ejemplos de esta enfermiza manera de pensar que ha sido normal en tu Iglesia.

Pedid y recibiréis

Dijiste: «Pedid y recibiréis. Buscad y encontraréis. Llamad y se os abrirá» (Mt 7,7). ¡Qué bellas palabras! y ¡qué huecas palabras! Las pronunciaste —si es que en realidad las pronunciaste— pero no las cumples.

Nos recuerdan a las untuosas frases con que tus pontífices empiezan sus encíclicas. En tiempos pasados las comenzaban de la misma manera, llamándose «siervos de los siervos de Dios» e imponiendo luego dictatorialmente su voluntad sobre los siervos de Dios. Invocaban farisaicamente en sus bulas y cartas pastorales tu misericordia y benignidad y acababan incitando a los católicos a aplastar a los que no tenían la misma idea de ti. «Aplastemos a esta peste repugnante —decía Inocencio III en su Bula para la cruzada contra los albigenses— hasta que no quede de ellos memoria».

Tus palabras invitando a la oración y prometiendo que será oída, son hermosas, pero no las cumples. ¡Cuántos millones de plegarias humildes y fervientes salen cada día de los labios y de los corazones de los humanos que no encuentran respuesta alguna por parte tuya ni por parte del misterioso Yahvé, a quien tú tenías por padre!

O sois sordos o no os importa nada el dolor de tantos millones de seres humanos que claman a vosotros en todos los idiomas y desde todos los rincones de este desventurado planeta. ¿No veis todo el sufrimiento que hay en el mundo? ¿No veis que la mayoría de las naciones tienen por gobernantes a individuos totalmente incapaces cuando no a fantoches engalanados o a simples buscones políticos que lo único que pretenden es su

enriquecimiento personal? ¿No veis toda la enorme injusticia que reina en el mundo producida en no pequeña parte por la ineficacia, por la estupidez y hasta por la corrupción de los propios tribunales de justicia? ¿No llegan hasta vosotros los llantos de millones de niños hambrientos mientras los militares gastan enormes sumas en fabricar armas espantosas que luego no pueden destruir?

Cristo: ¿estás sordo? ¿No oyes todo este infinito clamor que cada día sale de los habitantes de este mundo que tú dices que viniste a salvar? ¿De qué nos has salvado si el dolor es hoy tan grande como cuando tú anduviste entre nosotros? ¿Para qué nos amenazaste con infiernos si esta vida, para miles de seres humanos se ha convertido en un verdadero infierno?

«Llamad y se os abrirá»... ¡qué farsa! ¿Llamar adonde? ¿A qué puerta? ¿A las puertas de tus representantes? Ellos tienen horas de consulta como los abogados o los médicos y no se interesan mayormente por el sufrimiento humano. Se interesan por sus escuelas, por sus edificios, por sus exoneraciones fiscales y por sus privilegios. ¿Llamar a tus templos? Por miedo a los ladrones están cerrados la mayor parte del tiempo.

En siglos pasados el que se cobijaba en el templo se veía amparado por la Iglesia y la injusticia de los señores feudales no le alcanzaba tan impunemente. Pero en la actualidad tus templos son edificios semipúblicos en donde tu sociedad administradora de bautizos, bodas y entierros —porque en eso se ha convertido tu Iglesia— celebra ciertos ritos sin sentido, una de cuyas partes principales es la colecta de los donativos de los fieles.

Hace ya muchos años, en un templo de Roma situado en lo alto de la escalinata que domina la plaza de España tuve ocasión de reflexionar acerca de estas tus palabras: «Llamad y se os abrirá». Muy turísticamente había un letrero que decía nada menos que en seis idiomas: «La iglesia está cerrada». Fue inútil que yo, que había ido específicamente a aquella iglesia, llamase.

La iglesia estaba cerrada. Al igual que están tus oídos a las plegarias de tantos fervientes seguidores tuyos que inútilmente

claman a ti cada día para que los ayudes en tantos problemas como conlleva la vida diaria.

Entre los creyentes se ha convertido en un tópico el decir que «Dios siempre oye las plegarias» y creen que lo pueden probar por las ocasiones en que les fue concedido lo que pidieron. Pero para una vez que se cumplen nuestras plegarias hay docenas de veces que quedan sin cumplir a pesar de que las plegarias eran tan fervientes como en las otras ocasiones. El falso Dios del cristianismo está definitivamente sordo. Y si no, ¿cómo es posible que no haya oído tu desesperada plegaria en la cruz dejándote morir entre tormentos? «Padre, ¿por qué me has desamparado?», gritaste en medio de la noche de tu agonía, y tu padre no te dio contestación alguna. O es completamente sordo o es un sádico que se dio gusto viéndote morir lleno de angustia, o su existencia es un puro mito y tú no fuiste más que un pobre alucinado víctima de viejas creencias míticas. Pero lo cierto es que en el instante crucial de tu vida, cuando ni siquiera le pedías que te librase de la cruz sino que simplemente te explicase algo que no comprendías, no te oyó.

Deja, por tanto, de decirnos que pidamos con confianza porque seremos oídos, y de que llamemos porque se nos abrirá. La humanidad, desde hace miles de años, está pidiéndole a todos los dioses de turno que la liberen de las enfermedades y de tantas otras miserias que acongojan la vida. Pero el tropel de dioses, incluido tu padre Yahvé, han dejado que los humanos sigan gimiendo bajo mil calamidades en este triste planeta. Y tú, Cristo, no has sido ninguna excepción. Tus cristianos no son más felices que los seguidores de los otros dioses.

Reconozco que hablaste muy bellamente acerca del pedir y de la respuesta de tu padre a nuestras plegarias: «¿Qué padre hay entre vosotros que si su hijo le pide pan le da una piedra; o si un pescado, en vez de un pescado le da una culebra; o si pide un huevo le da un escorpión? Así pues, vosotros, siendo malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el padre del cielo dará cosas buenas a los que se lo pidan! (Lu 11,11 y Mt 7,11).

Efectivamente, no hay padre humano como no sea un desalmado que le dé una piedra a su hijo en lugar de pan. Pero tú, que según los teólogos eres coautor de este mundo con tu padre, lo has llenado de piedras con las que los mortales tropezamos todos los días y desde el principio de los tiempos nos llevas diciendo que «comeremos el pan con el sudor de nuestra frente» (Ge 3,19).

De nuevo el sacrificio y el dolor gratuito, cuando podías habernos regalado el pan, como hacen los padres «malos» de la tierra con sus hijos. ¿No se supone que tú por ser Dios tienes que ser mejor que nosotros? ¿Qué trabajo te costaba ser un poco generoso y ahorrarles a los humanos tantos sacrificios para conseguir su pan? Pero, por el contrario, millones de seres humanos te piden cada día pan. Nada más que pan, para no morirse de hambre, pero tú sigues sordo y mudo encaramado en tu cruz practicando un autosacrificio que no nos sirve para nada.

La doliente humanidad de todos los tiempos te ha querido decir lo mismo que te decían tus paisanos cuando te vieron colgado del madero: «¡Bájate de la cruz!» (Mr 15,30). Te lo han querido decir, pero no se han atrevido, porque tu persona, y más aún tu figura crucificada, ha causado siempre sobre tus seguidores un respeto que si en algunos se convierte en amor en todos tiene un trasfondo de intranquilidad y de miedo. Cuando se cree en Yahvé es natural que uno se llene de terror al enfrentarse con una prueba tan manifiesta de su crueldad como es la ejecución de su propio hijo.

Pero los que no creemos en Yahvé te volvemos a decir en nombre de toda la humanidad doliente y necesitada de todo: «¡Bájate de la cruz!», y remedia tanta necesidad, si en realidad eres el salvador de los hombres. Cumple tus palabras y oye las innumerables súplicas que hacia el cielo se levantan desde todos los rincones de la Tierra. Recuerda lo que está escrito en millones de evangelios repartidos por todos los continentes: «Todo lo que pidieréis al padre en mi nombre yo os lo daré» (Jn 14,13). ¿Cuándo vas a empezar a darnos algo que no sean huecas promesas o más peticiones de sacrificios y amenazas para la otra vida?

Masoquismo

Dijiste: «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados seréis cuando os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa, porque vuestra recompensa será grande en los cielos» (Mt 5,3; Lu 6,20).

¡Qué manía tienes, Jesús de Nazaret, en hacer infelices a tus seguidores! Con una insistencia psicótica te regodeas en aconsejarles el dolor en este mundo con la promesa de que en el más allá serán recompensados. Pero ¿quién nos dice que habrá un «más allá» o que en ese «más allá» tú tendrás algún poder? Porque lo cierto es que no nos diste ninguna prueba de que tal cosa existiese.

Naturalmente que tus seguidores dicen que sí diste pruebas de que tú eres el rey del más allá. Lo solucionan todo de raíz diciendo que tienes necesariamente que serlo puesto que eres el Hijo de Dios y el creador de todo el Universo. Pero todas esas pomposas afirmaciones no dejan de ser meras palabras. Palabras huecas que han venido resonando a lo largo de los siglos, pero que la misma historia se encarga de desmentirlas. Tus promesas no se han cumplido, el mundo sigue tan empecatado como lo estaba cuando tú viniste, y la Iglesia que fundaste está derrumbándose estrepitosamente.

No nos prometas nada para un más allá nebuloso y trata de ayudarnos en este mundo, si es que en realidad quieres hacer algo por nosotros.

Déjate de seguir repitiendo por boca de tus predicadores que la pobreza y el llanto son una bendición. En este mundo la pobreza y el llanto son una desgracia de la que todo el mundo huye, incluso tus representantes, que haciendo voto de pobreza y de renunciamiento a muchas cosas buenas de este mundo se guardan muy bien de cumplirlas y viven muy lejos de ser pobres y de pasar miseria.

Pero siguen embaucando a los ingenuos para que hagan votos y para que renuncien. Y miles de ellos, engañados por sus palabras e hipnotizados por la indudable sugestión que el recuerdo de tu persona sigue ejerciendo en el mundo occidental, truncan sus vidas entregándolas a una causa que no merece la pena porque es únicamente el fruto de las ilusiones de muchos alucinados.

Y tú, que desde el más allá sabes que el cristianismo no es más que un conjunto de creencias míticas y absurdas, no haces nada por evitar que todas esas vidas se malogren, entregadas a la perpetuación de un mito inútil y pernicioso. Sigues allá arriba o dondequiera que estés, sin aparecerte a nadie ni hacer el único milagro que merecería la pena.

Al igual que cuando estabas crucificado algunos de los circunstantes te gritaban: «Si eres hijo de Dios baja de la cruz» (Mr 15,30); hoy día yo me atrevo a decirte: «Si realmente quieres el bien de la humanidad baja del lugar en que estés y diles a estos ingenuos que todavía siguen entregándote sus vidas que no merece la pena, que el cristianismo no es más que un globo lleno de nada, que la ingenuidad humana, el miedo al más allá y los intereses de algunos han ido inflando a lo largo de los siglos».

¿O es que también tú te aprovechas del dolor humano? Prefiero no entrar en ese tema del que ya he escrito en otra parte, pero me asaltan muchas dudas cuando veo la machaconería enferma con que tú y tus doctrinarios os regodeáis en la predicación del dolor por el dolor y como arma para ganar el cielo.

El símbolo principal de tu Iglesia es la cruz; y la cruz dista mucho de significar paz y bienaventuranza. La cruz es el símbolo del dolor

y de la muerte. Y los cristianos, con una ingenuidad de la que ya es hora que vayan despertando, han plantado ese símbolo en sus vidas y en su cultura, y lo han paseado por todo el mundo con un orgullo suicida.

Lo han llevado no sólo como símbolo, sino que lo han traducido en obras crucificando a pueblos enteros al destruir sus culturas, sus lenguas y su libertad. Los ejércitos pontificios, los cruzados, los soldados de los reyes catolicísimos y los fanáticos de todas tus sectas cristianas han llenado de cruces el mundo. Y hoy, tan identificada está la cruz con la muerte y con el dolor que en los cementerios es el principal motivo ornamental: donde quiera que haya una cruz hay un cadáver. Y la cruz sigue siendo tu gran símbolo. Moriste en ella por salvarnos. Si eso fuese cierto te tendríamos que estar agradecidos. Pero lo que no acabamos de comprender es por qué quieres también crucificarnos a nosotros. ¿De qué nos sirvió entonces tu muerte en la cruz si nosotros también tenemos que morir en ella?

Uno de tus grandes apóstoles, en el paroxismo de su delirio escribió aquella famosa frase: «Yo muero cada día» (1 Cor 15,31), y tus teólogos y ascetas nos han venido repitiendo por siglos que hay que crucificarse contigo y hay que morir al mundo y a sus vanidades. ¡No! Jesús de Nazaret: yo no quiero morir al mundo, porque soy un hombre de este mundo.

En tiempos lejanos y no tan lejanos, en tu Iglesia reinaba un masoquismo desenfrenado. El dolor por el dolor, ¡por imitarte a ti!, se convertía en el instrumento principal para hacer méritos para el más allá. Bandas de flagelantes, con sus torsos ensangrentados, recorrían Europa invitando a todo el pueblo cristiano al rigor y a la penitencia. Europa entera, cuando tus fanáticos tenían el poder total, era un conjunto de pueblos enfermos y tristes, porque la cruz era el ideal sumo, y la pobreza, la austeridad, la renuncia a todo y el sufrimiento corporal era la concreción más perfecta de ese ideal.

Y para que no se crea que estoy generalizando demasiado o exagerando en cuanto al aprecio que en la Iglesia se ha hecho

siempre del dolor corporal, yo soy testigo personal y avergonzado de ese regusto enfermizo que los «directores espirituales» en el catolicismo han tenido siempre por él. En mis años de «formación» en la orden de los jesuitas, a la que pertencí por treinta años, se nos imponía la autoflagelación, que practicábamos con fanatismo masoquista varias veces por semana. Con la luz apagada, antes de acostarnos a dormir, cada uno en nuestra celda nos flagelábamos en la espalda con unas duras cuerdas llenas de nudos. Como lo hacíamos todos al mismo tiempo en un gran salón, dividido por débiles tabiques de tela, se formaba un estrépito macabro al chocar los látigos contra los torsos desnudos y tensos. A veces llegaba uno a hacerse sangre, y siempre quedaba la piel amoratada y dolorida porque se nos había inculcado la idea de que cuanto más se castigase la carne más méritos se hacían para el más allá.

Y la flagelación no era la única manera de dominar la carne pecadora. A ella había que añadir el cilicio, una especie de malla flexible de metal con púas que nos ceñíamos alrededor del muslo y que molestaba bastante en un principio para caminar, llegando a causar verdadero dolor después de varias horas. Y recuerdo que enfervorizados tras treinta días de Ejercicios Espirituales en completo silencio —un lavado cerebral ideado en el siglo XVI por Ignacio de Loyola—, con cierta frecuencia le pedíamos permiso a nuestro «Maestro de novicios» o director espiritual para llevar el cilicio en las largas caminatas que hacíamos los jueves como descanso semanal. En más de una ocasión se me infectaron las heridas producidas por las púas del cilicio.

Hoy cuento esto con verdadero rubor, al pensar en cómo pude estar tan fanatizado hasta el punto de no ver lo antinatural de tales prácticas. Lo hago únicamente para dar testimonio de que esta idea trágica y masoquista de la vida se ha dado durante muchos siglos en el cristianismo hasta nuestros mismos días.

La visión que la Iglesia y el cristianismo han tenido y siguen teniendo de la vida es completamente deprimente. La vida es para ganar méritos, mayormente mediante el sufrimiento, para el más

allá. Este planeta es un valle de lágrimas, un lugar en donde entramos ya con un pecado auestas; pecado que tenemos que pagar durante toda nuestra existencia con penitencia y mortificación, renunciando a muchas cosas que la misma vida nos ofrece.

Por eso, ante una visión tan negativa, lo lógico era que en la Edad Media la gente huyese del mundo y se refugiase en los conventos, suicidándose mediante los votos de castración sexual, castración mental y castración económica. La vida consistía en esperar la muerte. Y la muerte sería tanto mejor cuanto peor fuese la vida. Para asegurar el cielo había que convertir la vida en un infierno. ¡Cuánto masoquismo sacro podemos leer en las obras de los grandes místicos y ascetas de la Iglesia! En vez de ser consideradas como fruto de un fanatismo rabioso o como el delirio de mentes psicóticas condicionadas por los complejos que les habían causado sus inhumanos votos han servido de guía para miles de pobres atormentados por el miedo al infierno y a la eternidad que la misma Iglesia ha fomentado durante siglos.

¡Y decir que todavía en nuestros días hay gentes «cultas» y «evolucionadas» que sienten un gran respeto por estos libros y hasta los siguen considerando como exponentes genuinos de una sana religiosidad, cuando la realidad es que reflejan solamente una mentalidad medieval enfermiza y acomplexada que es un atentado contra la racionalidad y contra una sana filosofía de la vida! ¿Qué tiene de extraño que los místicos, los mayores amigos de Dios en el seno del cristianismo, es decir, aquellos que han cumplido con mayor fidelidad los mandamientos y consejos evangélicos, reciban como premio unas terribles y dolorosas llagas?

Y ¿qué tiene de extraño que con tanta frecuencia mueran en plena juventud y tengan que soportar durante toda su vida dolorosas enfermedades físicas? ¡Ellos, tus grandes amigos!

Y ¿qué tiene de extraño que sus mentes se vean sometidas a los terribles tormentos que San Juan de la Cruz nos describe en sus alucinantes tratados místicos y que él bautizó con el nombre de «noche oscura del alma»?

No tiene nada de extraño. Porque después de haber creído y predicado que el dolor es el mejor camino para llegar a ti, lo más lógico es que tú los premies con sufrimiento.

En las vidas de muchos místicos nos encontramos con estas incomprensibles frases dichas por ti a tus escogidos: «Si me amas, sufre por mí»; «Te hago sufrir porque te amo»; «Te he escogido para que sufras». ¿Tiene esto sentido? Las mentes fanatizadas le encuentran enseguida un sentido «místico» y se ponen a hablar del «valor redentor del sufrimiento» e insensateces por el estilo. Pero para una mente objetiva que no haya sido envenenada con doctrinas ni con complejos, el mezclar el amor con el sufrimiento como algo normal, cuando se puede evitar, es estar delirando.

Los místicos, si no estuviesen completamente traumatizados por la fuerza extrahumana que los domina, deberían sentirse completamente engañados y manipulados ante un «premio» tan inesperado y tan injusto para su total entrega. Ya he tocado este profundo y misterioso tema en mi libro *Defendámonos de los dioses*, y a él remito al lector interesado.

Nada tiene que extrañarnos esta mentalidad masoquista de la Iglesia cuando leemos en el evangelio: «Mi carga es suave y mi yugo ligero» (Mt 11,30). Es decir, Jesús de Nazaret, que tú, «salvador», «redentor» y ayudador del género humano, les impones descaradamente desde un principio a tus seguidores un yugo. ¿Por qué? Lo que nos sobran a los mortales son yugos y cargas, para que tú vengas a imponernos más. Si nos quieres salvar, sálvanos de las que ya tenemos impuestas por la vida, pero ¡no nos echas más encima! Y si nos dices que tú llevaste también un yugo, recuerda que tú lo escogiste por tu propia voluntad, porque para eso te llamas Dios; en cambio, a nosotros nos los impusieron a la fuerza. ¡No queremos más yugos ni más cargas! Lo que queremos es ser libres y tener oportunidad para evolucionar.

En la vida de algunos místicos esta idea del dolor redentor se hacía tan obsesiva que llegaban a decir que «sufrían cuando no sufrían». El enfermizo amor que hacia ti sentían llegaba a

perturbarles la mente. Y lo malo es que no faltaban teólogos que encontrasen «sublime» y «angélica» tal enfermedad mental y hasta escribían tratados enteros de «teología mística». ¡Cuánto han hecho delirar a la humanidad las religiones y cuánto ha disparatado la mente de los mortales desesperados por no saber adonde los llevan después de esta vida!

Tus teólogos

Diles que se callen, Jesús de Nazaret. Que se callen de una vez para siempre y que dejen de decir memeces y de ponerle sambenitos a Dios: que si Él es esto o lo otro y que si nos va a hacer esto o lo de más allá si no creemos o no hacemos lo que a ellos se les ocurre.

En esto de inventarle calumnias a Dios, tú les diste mal ejemplo cuando les hablaste de un Dios vengativo que era capaz de ensañarse eternamente con sus criaturas. ¡Qué bien han seguido ellos tus pautas de intolerancia, haciendo aún más estrictas las condiciones para entrar en tu fantasioso «reino de los cielos» y apretando aún más la soga de tus imposiciones alrededor del cuello del pobre mortal!

Diles que dejen de disparatar acerca de que si Dios es de ésta o de la otra manera y si su voluntad y sus preferencias son éstas o las de más allá. ¿Qué saben ellos ni nadie cómo es Dios? Tú les diste unas cuantas ideas falsas acerca de Él, presentándoselo como un ser personal y entrometido en las actividades de los hombres, y ellos se han encargado de convertirlo en una cosa molesta en nuestras vidas; algo así como un espía que nos fiscaliza a todas horas o como una espina que nos entorpece en todas nuestras actividades. El dios de tus teólogos es un dios llorón e insaciable que está pidiendo constantemente atención, donaciones y sacrificios, y amenazando con terribles castigos tanto en la otra vida como en ésta. Diles que dejen de pontificar sobre el más allá, del que no tienen la más mínima idea, y que si no pueden reprimir sus

ganas de hablar les hablen con mucha mayor claridad y frecuencia a los grandes de este mundo, de sus injusticias y sus abusos.

Diles que les recuerden a los ricos y a los uniformados profesionales de la violencia tus bienaventuranzas tan comentadas y sermoneadas pero tan poco practicadas en tu Iglesia.

Diles que no inventen más pecados y que prediquen que los únicos pecados son la injusticia y el egoísmo; que todo le es lícito al ser humano con tal que respete los derechos de los demás y no se cierre a las necesidades de sus hermanos pensando que él no tiene responsabilidad alguna con relación a ellos.

Diles que si quieren ser realmente guías de la sociedad y «orientadores del mundo» que se dejen de fabular sobre Dios y sus atributos y que en buena parte se olviden de las enseñanzas de sus predecesores que no han servido más que para confundir las mentes de los cristianos. Que más bien piensen en ver cómo se puede enderezar el equivocado rumbo que esta sociedad y esta cultura llevan. Pero que no lo hagan trayendo por los pelos y a destiempo los viejos textos bíblicos que hoy ya están completamente desfasados.

Diles que se callen, Jesús de Nazaret, y que dediquen su inteligencia a cosas más útiles para la humanidad. Y ya que se han erigido en grandes líderes morales y en orientadores de las conciencias, diles que se metan de lleno a estudiar los modernos y difíciles problemas que al hombre se le presentan debido a su mayor conocimiento de los mecanismos biológicos relacionados con la generación. Pero que lo hagan con una mente libre de ataduras bíblicas o de principios morales trasnochados y fanáticos. Que no adopten a priori las posturas irracionales que han adoptado con relación al aborto, a la fecundación in vitro, a la maternidad prestada, a la eutanasia, al divorcio, a la homosexualidad, etc.

Y diles que no mezclen a Dios con esas cosas. Que dejen de traquetear la idea de Dios poniéndola al servicio de sus intereses. Que dejen de faltarle al respeto definiéndolo, analizándolo y diciendo de Él toda suerte de tonterías. Aunque hubiese un Dios

personal como ellos piensan, tal Dios sería por completo inalcanzable por la limitadísima mente del hombre, que ni siquiera es capaz de comprender las profundidades de la materia que lo rodea. En cuanto la mente humana penetra a través del microscopio en las profundidades de la materia o se asoma mediante los telescopios a la infinitud del cosmos, siente un vértigo que le imposibilita para decir nada. «Ni el ojo vio ni el oído oyó», dijo el primer místico cristiano (1 Cor 2,9); pero tus teólogos se sienten capaces de descomponer al autor de las galaxias y no tienen inconveniente en desmenuzarlo y en explicárselo en detalle a tus pobres cristianos.

Tienen una idea de Dios tan material, tan humana, tan concreta y tan ramplona que se atreven a ultrajarlo y hasta a levantarle calumnias, como cuando nos dicen que es capaz de castigarnos eternamente. Y a fuerza de definirlo y de decirnos sus gustos y cualidades, indirectamente lo han hecho responsable de toda la miseria y de todo el dolor que hay en el mundo. Un Dios tan cazuelero como ellos nos presentan, lógicamente, es el autor de todo este bárbaro desconcierto que por todas partes observamos en nuestro mundo.

¿No se han hartado de decirnos, como si fuésemos niños, que Dios ve todas nuestras acciones y conoce todos nuestros pensamientos? ¿Y no dijiste tú mismo que «ni un cabello de nuestra cabeza se cae sin que vuestro padre lo permita?» (Lu 21,18). Si, por tanto, Dios tiene ojos como los hombres para ver y tiene sentimientos como los nuestros para ofenderse y para reaccionar ante la injusticia y el dolor, ¿qué hace cuando asoma su mirada a este triste planeta y lo ve lleno de angustia y de injusticia por todas partes? Si es tan sensible para ofenderse con los pecados que van directamente contra Él, ¿por qué no lo es para ofenderse con los que van contra los desvalidos de este mundo? ¿No dijiste tú, Jesús de Nazaret, que habías venido para defenderlos?

Diles a tus teólogos que se callen de una vez y que dejen a Dios en paz, porque no tienen la más mínima idea de qué es eso que los

hombres buscamos como la raíz profunda de nuestra existencia. Los pueblos antiguos sabían de esto más que ellos, y por eso a Dios le llamaban «el innombrable» y en muchos casos ni se atrevían a mencionar su nombre. Pero las disparatadas ideas que sobre Dios la teología cristiana ha fabricado en casi dos mil años, no son más que un eco de las tuyas, Jesús de Nazaret. Tu Dios también era mezquino y cruel y muy poco «padre», a pesar de que tú no te cansaste de llamarle así.

¡Cuántos pecados tienen sobre sus hombros estos engreídos y miopes teólogos tuyos que han llenado la vida de tus fieles de sombras y de angustia! Al misterio impenetrable de la existencia en sus aspectos duros y tristes como son las enfermedades, el hambre, la lucha por la existencia, los asaltos de los violentos, y sobre todo, la implacable muerte que lanza su sombra sobre nosotros durante toda la vida, tus teólogos fanáticos han añadido por su cuenta más privaciones y más miedos. Y no sólo eso, sino que procuraron convencernos de que había que privarse de las cosas buenas que también tiene este mundo en que vivimos.

Según los pudibundos y mojigatos teólogos moralistas, disfrutar de una manera racional de las playas era pecado, manifestarse el amor una pareja bailando juntos o besándose en los labios era pecado, comer carne en determinados días o épocas del año era pecado y deleitarse consciente y detenidamente con el sabor de la comida y de la bebida era por lo menos peligroso para la salud del alma... Y ¡qué guerra le han hecho por siglos al sexo, como si el sexo fuese poco menos que una invención de Satanás! A fuerza de predicar contra él y de urgir a tus seguidores a que se abstuviesen lo más posible, entre los cristianos llegó a tomar cuerpo una especie de complejo o de aversión mezclada de miedo hacia el sexo. Tus cristianos tienen una actitud neurótica ante algo tan natural como es el sexo y todo lo que a él se refiere.

Una prueba de ello que ha llegado hasta nuestros días es la absurda castidad que cerrilmente tus máximos representantes siguen exigiendo a todos aquellos que quieren ser sacerdotes, y la

estéril virginidad que se les impone a todas las mujeres que quieren seguir de cerca tus enseñanzas.

Pero tú, Jesús de Nazaret, no estás muy libre de culpa en este particular. Porque tú bien claro dijiste: «Hay eunucos que lo son porque nacieron así del vientre de sus madres; y los hay que lo son porque los hicieron a la fuerza los hombres. Pero también hay eunucos que lo son porque se castraron a sí mismos por el reino de los cielos» (Mt. 19,12). Es decir, que tú alababas esta inhumana castración «mística» «por el reino de los cielos».

Suena a monstruoso el que tengamos que atentar antihumanamente contra algo que la naturaleza nos ha dado, porque, según tú y tus teólogos, es contrario a la evolución del espíritu. ¡Qué idea tan equivocada tenéis de lo que es Dios y de lo que es la naturaleza!, y ¡cuánto daño le habéis hecho a tantos miles de hombres y mujeres que con la mejor voluntad han seguido vuestras aberrantes enseñanzas! No sólo les habéis amputado su capacidad reproductora, sino que les habéis castrado el alma. Pero el sexo es fuente de placer, y por eso os resulta sospechoso. Aunque lo neguéis, tanto tú como tus representantes sois enemigos del placer. No sólo no liberáis a la humanidad de los sufrimientos naturales que la vida lleva consigo, sino que le echáis otros encima, y no contentos con esto le quitáis los pocos gozos que la misma naturaleza le ha dado para hacer más llevadero su paso sobre este planeta.

Sois, al igual que los profetas, agoreros de calamidades. Os proclamáis los divulgadores de la «Buena Nueva» —euangelion— y lo que sois es mensajeros de malas noticias. Os gozáis presentándonos todas las exigencias de Dios que vosotros en vuestro fanatismo os encargáis de aumentar. Si leéis en el evangelio «dos», decís que es «cuatro» cuando se trata de imponer cargas; mientras que si leéis «cuatro» decís que es «dos» si lo que se promete es agradable.

Jesús de Nazaret, haz que se callen tus doctrinarios creadores de una teología de infelicidad o que por lo menos sean fieles a tus

palabras cuando éstas son beneficiosas para los humanos. Diles, por ejemplo, que repitan fielmente lo que tú dijiste con respecto al divorcio y al adulterio: «El hombre no puede separarse de su mujer salvo en el caso de fornicación» (Mt 5,32; 19,9). Ellos, con tu representante romano a la cabeza, se callan esta última parte y siguen tozudamente defendiendo el vínculo matrimonial contra viento y marea, aunque haya habido repetidos adulterios por ambas partes y aunque el matrimonio se haya convertido en un infierno y las constantes disputas de los cónyuges constituyan un verdadero suplicio destructor para sus hijos.

Diles que dejen de fabular y de intoxicar las mentes de sus hermanos que bastante intoxicadas están ya con la labor de todos sus predecesores y de la sarta de doctrinarios, doctores, místicos y profetas chiflados que tanto han abundado en la Iglesia a lo largo de los siglos. Y ya que son tan seguidores de la Biblia diles que se apliquen lo que el profeta Ezequiel dice: «La palabra de Yahvé me fue dirigida en estos términos: “Hijo del hombre, profetiza contra los profetas de Israel; profetiza y di a los que enseñan por su propia cuenta. Así les dice el Señor Yahvé: ¡Ay de los profetas insensatos que siguen su propia inspiración sin haber visto nada! Como chacales entre las ruinas, tales son tus profetas, Israel... Tienen visiones vanas y enseñanzas mentirosas cuando dicen: «Oráculo de Yahvé», sin que Yahvé haya dicho nada... ¿No es cierto que no hacéis más que inventar y no exponéis más que enseñanzas mentirosas cuando decís: «Oráculo de Yahvé», siendo así que yo no he hablado?”» (Ez 13,1-8). Así son tus teólogos: fabuladores profesionales que han dicho tantas y tantas cosas increíbles acerca del más allá y han envenenado de tal manera la palabra «Dios» que en la actualidad ya es imposible limpiarla, y para muchos hombres se ha convertido en algo intolerable.

Fuego eterno

Jesús de Nazaret: ¿adonde vamos después de la muerte? ¿Vamos en realidad a alguna parte? Tú creías que si no seguíamos tus enseñanzas iríamos al infierno, y así lo dejaste claramente dicho. En no menos de doce ocasiones lo afirmas sin género de dudas en tus evangelios. Ojalá hubieses hablado con la misma claridad en otras materias, y con ello hubieses evitado muchas discusiones y hasta guerras entre tus seguidores.

Pero fuiste mucho más explícito en proponer yugos y cargas y en amenazar con infiernos que en darnos esperanza para el más allá y en ayudarnos a mejorar nuestras condiciones de vida. ¡Qué daño les has hecho a miles de hombres y mujeres con tus promesas de infiernos eternos en donde cuerpos y almas son atormentados con una llama que no se extingue! ¡Y de cuántas neurosis eres culpable por haber predicado con énfasis una doctrina tan inhumana aparte de tan falsa!

Como «iluminado» que eras te dejaste engañar por las voces que oías y creíste en sus amenazas, porque no sabías que esas voces que vienen del más allá, hace siglos que llevan atemorizando a la humanidad para que ésta no se rebele y se mantenga sumisa.

Pero hoy ya sabemos a qué atenernos. Tus amenazas de fuegos eternos son las mismas «predicciones» que en nuestros días corren de boca en boca presagiando tremendos cataclismos para un cercano próximo. Son maneras sutiles de sembrar la angustia entre el género humano que han sido siempre muy usadas por las misteriosas inteligencias que han manipulado siempre a los

«iluminados» de todos los tiempos. Y tú fuiste indudablemente un «iluminado», pero para tu mal y para el nuestro.

Con qué vehemencia decías: «Entrad por la puerta estrecha porque ancho y espacioso es el camino que lleva a la perdición y son muchos los que entran por ella; y en cambio, ¡qué estrecha es la entrada y qué angosto el camino que lleva a la vida y qué pocos son los que la encuentran!» (Mt 7,13). «¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo vais a escapar de la condenación del infierno?» (Mt 23,33).

Con tu enorme poder de convicción, al igual que todos los «iluminados», nos pasaste la angustia existencial y el miedo al más allá que a ti te comunicaron y mataste en gran parte la alegría de vivir.

Prueba de ello son los miles y miles de anacoretas y monjes que pensaron que sólo podían librarse del fuego eterno y llegar a ser amigos tuyos si renunciaban a casi todas las alegrías de la vida y se dedicaban de lleno a la penitencia.

Tu visión de nuestra vida en este mundo no era nada optimista por más que los teólogos quieran hoy decirnos lo contrario. Para ti la palabra «mundo» significaba algo malo, y cuando hablabas de él les decías a tus discípulos que lo evitasen, porque estaba lleno de tentaciones y de pecado. «Vosotros no sois del mundo como yo tampoco soy del mundo. Si fuerais del mundo éste no os odiaría. Sufiréis y lloraréis y el mundo se alegrará» (Jn 15, 16,17).

Toda esta tétrica visión de la vida se acrecienta aún más con tu malhadada predicación del fuego eterno para aquellos que no sigan tus enseñanzas. ¿Cómo es posible que después de decirnos que venías a ayudarnos, nos aterrorices con la predicación de un castigo que no se terminará jamás? ¿Cómo es posible que no vieses que semejante amenaza era una monstruosidad?

Habías dicho que un padre humano no le da un escorpión a su hijo cuando éste le pide pan (Lu 11,11). Y ¿cómo a ti y a tu padre se os ocurre darnos a nosotros un fuego eterno? Los teólogos, para explicarnos esta monstruosidad, nos dicen que es un castigo «a lo Dios», es decir, en proporción a la grandeza del ofendido...

¡Cuántas memeces por el estilo han dicho tus sabios teólogos a lo largo de los siglos!

Hoy, por el contrario, ya no nos dicen eso y hasta algunos niegan que tú lo hayas dicho nunca. Hoy nos dicen que el infierno es algo material y transitorio que nada tiene que ver con la idea común que el pueblo cristiano tiene de él.

Pero lo malo es que lo que piensan estos teólogos de avanzada de nuestros días, el pueblo cristiano lo desconoce por completo. En primer lugar, porque muchos de tus teólogos no se atreven a decirlo en público por miedo a ser castigados por tus jerarcas, y en segundo lugar, porque éstos siguen manteniendo como doctrina oficial el fuego que abrasa y la encerrona eterna.

Pero si tu padre es tan poco paternal a la hora de vengar su honra herida, encarecidamente te pedimos, Jesús de Nazaret, que le digas de nuestra parte que nos borre de la lista de sus hijos.

Nosotros «que somos malos» —tal como tú nos decías— no tenemos un corazón ni tan vengativo ni tan cruel a la hora de castigar a cualquier humano que nos haya ofendido. Quizá en muchas ocasiones hasta castigamos con injusticia y con deseo de venganza, pero puedes estar seguro que nuestro rencor no llegaría a tanto como a mandarlo a un tormento eterno. Llegaría un día en que nuestras entrañas ya no aguantarían ver a aquel pobre diablo sufrir y lo perdonaríamos.

Pero tú insistes, sin dejar lugar para la duda, en que el tormento del infierno es sin fin y que es específicamente con fuego. ¿Quién que tenga dos dedos de frente y que pueda pensar con libertad te podrá creer? ¿Cómo es posible que los cristianos en masa no se hayan rebelado contra semejante disparate, que no sólo nos pinta a un Dios vengativo y cruel, sino que va contra un elemental sentido común?

La contestación a esta pregunta es doble: 1) la debilidad de la mente humana cuando está grandemente condicionada y sugestionada, y 2) la ferocidad con que tus representantes reprimieron toda idea discrepante.

Pero esta absurda idea de un infierno lleno de fuego y de tormentos físicos aterrizó tanto a generaciones enteras y caló tan hondo en las mentes de tus fieles que la vemos reflejada por doquiera en el arte cristiano de todos los siglos. Docenas de cuadros de pintores famosos nos representan el infierno con todo lujo de detalles y de horrores que por demasiado concretos ya resultan ridículos. Grandes calderas donde se cuecen los cuerpos de los condenados, demonios desgarrando miembros con sus tridentes, víboras y sabandijas rodeando y penetrando los cuerpos de los pobres malditos...

Uno se pregunta, viendo tales escenas, si semejantes absurdecos no serán una velada manera del artista de rebelarse contra las prédicas oficiales de la Iglesia.

Pero lo cierto es que el terror obnubila la mente y los siglos de arengas y de «doctrinas infalibles» acerca del rigor de Dios con los pecadores, había turbado la mente de la cristiandad y generado un estado de ánimo enfermizo.

Y si algún artista llegó a atreverse a ridiculizar las penas infernales no fue así el caso de Ignacio de Loyola, el fundador de los jesuitas, uno de los cristianos más influyentes que ha tenido la Iglesia en sus veinte siglos de historia.

En su famosísimo libro de los Ejercicios espirituales, cuando describe el infierno, admite, sin lugar a dudas y al pie de la letra, lo que los artistas plasmaban en sus lienzos, y no sólo nos describe la desesperación de los «dañados» —como él les llama a los condenados eternos—, al ser abrasados por las llamas, sino que baja a detalles tan concretos como el de describirnos la «sentina y piedra azufre» que tienen que respirar como parte de su tormento. ¡Cuánta aberración y cuánta insensatez!

Si un hombre de su personalidad y de su inteligencia estaba tan imbuido de esta ideas y tan afectado por ellas, ¡imagínese el lector lo que pasaría con miles de buenos y humildes cristianos sin preparación alguna, atemorizados sistemáticamente por sus fanáticos predicadores!

¿Qué de extraño hay en que de vez en cuando surgieran por todas partes bandas de flagelantes que recorrían toda Europa dando aquellos espectáculos religioso-circenses en los que corrían ríos de sangre? Toda aquella epidemia paranoica que floreció durante varios siglos en la Edad Media tenía su raíz en esta nefasta y absurda idea del infierno eterno. Y tú, Jesús de Nazaret, fuiste el gran propagador de ella. Porque si bien es cierto que griegos y romanos, al igual que muchos otros pueblos y culturas, tenían también sus infiernos a los que iban después de la muerte, el que tú predicaste y en el que firmemente creías es peor que el de todos ellos. De los otros infiernos tarde o temprano se salía o se huía o era uno rescatado; pero del tuyo, no. El que tu padre nos tiene preparados no tiene fin.

¿Cómo no te rebelaste tú mismo contra semejante aberración? Te pasó como a tantos «contactos iluminados»: entregaste ingenuamente tu inteligencia a la voz que tú creías que venía de Dios y al fin ya no sabías distinguir entre lo real y lo irreal, entre lo justo y lo injusto, entre lo lógico y lo absurdo. Y por eso, al igual que ellos, fuiste capaz de admitir semejante monstruosidad. Por ser fiel a «tu dios» fuiste fatal para los hombres, y por ser manso con «tu padre» fuiste cruel con tus hermanos.

Y para que veas que no somos tan malos como nos juzgas, sino que más bien somos víctimas de quien nos ha hecho así, hoy te perdonamos el gran daño que nos hiciste con semejantes ideas infernales.

Pero no sería malo que inspirases a tus representantes para que no sigan diciendo infantilidades acerca del más allá y para que dejen de meterle miedo a las pobres gentes que aún creen en ellos. Aunque me temo que ni tú tienes poder para aparecerte a nadie ni tus representantes te prestarían oídos en el caso de que lo hicieras. En la actualidad ya no saben qué pensar, tanto en ésta como en muchas otras doctrinas que tú les dejaste y que antaño defendieron con gran decisión.

Los Cristos de las cumbres

Levanto la vista y ahí te encuentro, Jesús de Nazaret, en lo alto de la cumbre. Cuando uno va por las carreteras, frecuentemente te ve encaramado en la cima de muchas montañas. A veces estás representado únicamente por una cruz —el símbolo de muerte que representa a tu religión en el mundo—, pero en muchas otras ocasiones estás esculpido de tamaño natural o en dimensiones ciclópeas, presidiendo desde las alturas, valles y ciudades.

Allá estás de piedra o de hierro, desafiando rayos y vientos, con los brazos en alto en ademán de bendecir o de proteger a los humanos que como hormigas se menean en el fondo del valle o en el caótico mare mágnam de nuestras ciudades. Si la cruz nos habla de la muerte y el sufrimiento que tu religión ha sido para los que la han padecido, el hierro y la piedra de tus grandes estatuas son otro perfecto símbolo de cuál es la protección que tú les has brindado a tus cristianos a través de los siglos.

Las ciudades en que tu imagen preside, no creo que se hayan distinguido en cuanto a felicidad y florecimiento de otras que no te tienen a ti como protector visible, o incluso de otras que tienen a otros dioses bendiciendo sus actividades. Los Budas, los Confucios y los Shivas también presiden las vidas de otros pueblos, y su presencia tampoco los ha hecho especialmente felices; antes al contrario, a veces han contemplado desde sus pedestales cómo los hombres se mataban entre sí, precisamente por ser seguidores de dioses distintos.

Contigo no ha sido diferente, Jesús de Nazaret. Cuando los españoles se masacraban entre sí en aquella algarada fanática y

salvaje que duró desde el año 1936 a 1939, los soldados y los fanáticos de uno y otro bando pasaban bajo tus pies persiguiéndose y aniquilándose, y tú nunca movistes tus pétreos brazos para detenerlos. Y mientras los de un bando fusilaban tu imagen en lo alto de su solemne pedestal en el Cerro de los Ángeles, los otros te levantaban por todas partes estatuas, gastando en ello el dinero que deberían haber empleado en matar el hambre terrible de aquellos años. Recuerdo la macabra fotografía de un montón de muertos sacrificados al pie de una gran estatua tuya que preside la gran avenida de una de nuestras ciudades del norte... Y tú callado... Con tu corazón de piedra al aire pero mirando al cielo como no queriendo enterarte de las barbaridades que hacían tus devotos... bendiciendo a las nubes y sin mover un dedo para parar la furia fratricida de tus fanáticos.

Y en otra ciudad los criminales de los dos bandos que llevaban a dar el fatal «paseo» a sus víctimas, pasaban irremediabilmente bajo tu solemne imagen colocada en lo alto de la fachada de una iglesia. Y tu presencia no sirvió ni en uno ni en otro caso para detener a aquellos estúpidos asesinos. Unos asesinaban por creer que con ello defendían tu causa, y otros, por odio a ti y a tu doctrina. El caso es que pusiste a pelear hermanos contra hermanos, tal como lo has hecho a lo largo de la historia, por más que tú dijese que venías a traer la paz y tus voceros lo sigan repitiendo como papagayos a pesar de que la historia los contradice.

Y no es de extrañar, porque tú mismo, contradiciéndote, lo dejaste dicho bien claramente: «¿Pensáis que he venido a poner paz a la Tierra? Os aseguro que no; antes al contrario, división. Porque desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos: tres contra dos y dos contra tres; estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra» (Lu 12,51). «Entregaré a la muerte el hermano al hermano y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra sus padres y los matarán» (Mt

10,21). ¡Y todo por tus doctrinas! Con esta perspectiva, ¿qué esperanza se puede tener?

Ojalá los humanos hubiésemos sido tan sabios como aquella cigüeña que en un pueblo de la provincia de León aprovechó los brazos erguidos de tu pétrea imagen en lo alto de la torre de la iglesia para construir su gran nido. Aunque esto esté muy lejos de tu mística tarea de redentor, haces mejor papel, ¡Oh Cristo!, aguantando como un Atlas el nido de una cigüeña que poniendo a pelear a los hermanos entre sí.

El majestuoso Cristo del Corcovado, en Río de Janeiro, abre desde la altura sus colosales brazos como defendiendo a los cariocas de cualquier calamidad. Pero ello no obsta para que los corrimientos de tierras a los pies de tu imagen hagan cada año desgraciados a miles de pobres gentes. Como tampoco obstó para que los militares asesinos de aquel país —una mafia organizada, uniformada y «patriótica»— torturara y asesinara a miles de indefensos ciudadanos y saqueara vorazmente las arcas del tesoro nacional, dejando a su patria sumida en una deuda que ya nunca podrá pagar. Tu gigantesca imagen lo veía todo y lo bendecía todo; incluso, cuando en las grandes fiestas religioso-patrióticas acudían las entorchadas autoridades, muy serias y muy piadosas, a llevarle las coronas de flores que no les habían puesto a los que habían asesinado la semana anterior. ¿Qué haces subido en lo alto de tus pedestales o en las cumbres de las montañas si no eres capaz de darnos un poco más de cordura y felicidad? ¿Cómo no te bajas de tus colosales peanas para sacudir la conciencia de tus gordos pastores y decirles que su misión no es construirte templos ni estatuas, sino que ellos, al igual que tú, están para «ayudar a los pobres»? ¡Qué impresión me hizo la visión de una gran imagen tuya colocada en lo alto de un cerro en las afueras de una pequeña ciudad sudamericana! Las chozas miserables de los miles de marginados por nuestra «cristiana sociedad» gateaban rastaramente por las faldas del cerro y casi llegaban a tus pies. Y tú en lo alto, solemne, inmóvil, imponente, los esperabas con los

brazos extendidos para darles... ¡nada!, como no sea una hueca bendición cuando se hayan muerto de asco. Y mientras, ellos y sus chozas, no por amor a ti, sino porque no tienen otro sitio adonde ir, se seguirán acercando a tus pies hasta que puedas ver de cerca su hambre y su desesperación.

Y cuando ya hayan llegado y quieran cobijarse a tu sombra, aprovechando alguno de los muros de tu pedestal para construir sus miserables chabolas, aparecerán indefectiblemente los representantes de la ley y el orden para sacarlos a palos de allí. Tus jerarcas, escandalizados de la profanación de aquel «lugar sagrado» —en vez de escandalizarse de la miseria y del abandono de aquellos seres humanos— avisarán a las autoridades, las cuales a su vez llamarán a los profesionales de la violencia que con mucho gusto expulsarán a aquellos intrusos y los molerán a golpes si hace falta. Y tú tan tranquilo en tu pedestal, contemplándolo todo ajeno a las injusticias y bendiciendo los farisaicos y podridos «sagrados principios» de esta tu cristiana sociedad.

En algunos casos, como en el del Cerro de los Ángeles, es un pueblo harto de esperar en ti y en tus falsas promesas el que te fusila y te derrumba de tu pedestal, pero en otras ocasiones son los propios elementos de la naturaleza, contra los que parece que no tienes poder alguno, los que te tumban de tu pedestal...

En los gigantescos deslaves ocurridos hace unos años en el Perú, una patética a la vez que simbólica foto recorrió el mundo. De un mar de lodo y piedras, en donde afluían restos de casas y enseres domésticos allí sepultados, emergían también los dos brazos de bronce de una estatua tuya que había estado en lo alto de la torre de la iglesia, también derrumbada por el ímpetu de aquella colosal avalancha de piedras y barro. Tus brazos emergían del lodo como si fueses un pobre hombre pidiendo auxilio. Tu divinidad no fue suficiente para librarte de la catástrofe. Si no pudiste defender tu imagen mal podías defender a tus desgraciados fieles, que por cientos perecieron sepultados en el fango.

Pero dejando a un lado los símbolos, ¿cómo podías haber defendido a nadie si ni a ti mismo pudiste defenderte en lo alto de la cruz cuando te diste cuenta que tu padre te había engañado?

Sé que estos párrafos pueden parecer demagógicos, pero contemplando la historia desapasionadamente no hacen más que retratar lo que ha sido la vida de cientos de miles de cristianos y de pueblos enteros. Se pusieron totalmente a tu disposición o tuvieron fe ciega en ti, y sus vidas e historia estuvieron llenas de calamidades sin que se distinguieran en nada de las de los demás pueblos que no te conocían o te eran hostiles.

¿Hijo de Dios?

El cristianismo te presenta como Hijo de Dios, y no tenemos dificultad ninguna en admitir el término porque es muy vago, y yo también me siento de alguna forma hijo de Dios en un sentido clásico, al igual que todas las criaturas.

Curiosamente, tú te llamabas siempre «el hijo del hombre», y cuando en un momento solemne te preguntaron si tú eras hijo de Dios (Mt 26,64), volviste obstinadamente a llamarte «el hijo del hombre», aunque sin negar que también podías ser hijo de Dios.

Pero tus teólogos, a fuerza de fabular, presentan tu filiación divina con unos adjetivos que la hacen sospechosa. Dicen de ti, en primer lugar, que eres el «primogénito» de Dios.

Entendiendo, como hemos dicho, de una manera genérica el término «hijo de Dios», no tenemos interés en discutirte tu primogenitura. No tendríamos inconveniente mayor en que fueses el primero entre todas las criaturas de Dios; aunque puestos a discutir no nos faltarían razones para dudarle.

Pero lo malo es que añaden enseguida, contradiciéndose, que además eres el «unigénito», el único. Y eso ya se nos hace extremadamente raro y no estamos dispuestos a admitirlo.

Lo primero que tenemos que decir es que aplicar el término «hijo» a Dios es bastante audaz y falto de imaginación y hasta de respeto. Porque la palabra hijo pertenece al ámbito biológico, al reino de la carne y de la sangre. Los hijos son engendrados por sus progenitores y paridos por sus madres. Pero Dios no pertenece al reino animal y, por tanto, Dios no tiene hijos. Tal como se lee en el Corán, «decir que Dios tiene hijos es una blasfemia».

Aparte de esto, tus teólogos nos dicen que «fuiste engendrado desde toda la eternidad». ¡Se necesita imaginación! La teología es una ciencia ficción sacra, y por eso, se permite licencias intelectuales como ésta de llamarte «hijo eterno».

Tus cristianos actuales creerán que así ha sido siempre la doctrina de la Iglesia, por disparatada que sea. Pero no tienen ni idea de las enconadas luchas que esta filiación tuya causó en los primeros siglos de nuestra era. Como tú no dijiste nada al respecto y probablemente no tenías idea de ello, tus Padres Apostólicos se dedicaron a fabular. Pero como la cosa era y sigue siendo muy complicada y mucho más allá de lo que la mente humana puede comprender, unos decían que la generación no era eterna, otros que no había tal generación porque tú eras un hombre extraordinario pero no Dios, mientras otros se peleaban distinguiendo entre si tú eras «semejante» o sólo «parecido» a Dios. Pura masturbación mental de gentes que no tenían televisión.

Pero ¿eres realmente Dios? En los evangelios no lo afirmas de una manera clara y tajante, y cuando lo haces usas palabras ampulosas e indirectas. Probablemente tenías muchas dudas sobre ello; y aunque, por una parte, te parecía que estabas totalmente identificado con Él; por otra, te asaltaban constantemente sospechas —al igual que les pasó a muchos otros avatares fundadores de religiones— de que no era así. Y con esa tremenda duda te fuiste al otro mundo, no sin antes lanzar desde lo alto de la cruz tu desgarradora pregunta: «¿Por qué...?»

Los que no dudaron ni un segundo de que tú eras Dios, porque les convenía para sus propios intereses, fueron tus apóstoles y tus primeros jefes. Discutieron acerbamente en cuanto a cómo tú eras Dios y cuáles eran tus íntimas relaciones con el Padre, y resistieron a los muchos que te veían sólo como a un hombre extraordinario. Pero enseguida te pusieron a la diestra del Padre; y como no hay dos sin tres, siguiendo la pauta de otras religiones más antiguas, crearon un «ente de razón» llamado Espíritu Santo y lo

hicieron de tu mismo rango. El cristianismo tenía ya su trinidad, al igual que todas las religiones importantes de la antigüedad.

Pero antes de preguntarte si eres Dios, debiera haberte hecho la pregunta de si tú sabes lo que es ser Dios, porque los mortales normales no lo sabemos. Los teólogos creen que lo saben y hasta nos describen las interioridades de la divinidad. Pero es que los teólogos no son hombres normales.

La idea que la teología cristiana ha tenido siempre de Dios es de pena. Dios para ella es un señor; un tipo grande que ha hecho y sigue haciendo cosas gigantescas y que sabe lo que le pasa en cada momento al mosquito más pequeño del bosque. Un tipo que se enfada muy a menudo —en la actualidad está enfadadísimo con los habitantes de este planeta, y según dicen muchos videntes, está a punto de darnos un terrible escarmiento— que se enternece cuando somos buenos, y que tiene un libro y una iglesia a través de los cuales manifiesta su voluntad. Total, un Dios hecho a nuestra imagen y semejanza.

Jesús de Nazaret, si tu idea de Dios era por el estilo, estabas en un tremendo error y no nos extraña que hayas dicho de tu «padre» las cosas increíbles que dijiste. Y si los cristianos te han englobado a ti en una tal idea, te han hecho un flaco servicio.

La idea que los cristianos más evolucionados van teniendo de Dios no tiene nada que ver con «el Señor» de los cristianos o de la Biblia, que a juzgar por lo que nos dicen tus representantes era bastante cascarrabias. ¿Cómo es Dios?... ¿Puede un sordo oír los acordes de una sinfonía? ¿Puede un ciego ver los arboles de un atardecer? ¿Pueden las dos libras de gelatina gris que tenemos encerradas en el cráneo comprender la esencia de esa gigantesca máquina inteligente que se llama Universo?

Dejemos a los teólogos que sigan definiendo a Dios. Es su entretenimiento y así se ganan la vida.

No te enfades, por tanto, Jesús de Nazaret, si te digo que tú no eras esa ridícula cosa que los doctrinarios del cristianismo tienen por Dios. Tú eras un buen hombre, que tuvo la mala suerte de ser

«escogido para una misión» que en fin de cuentas acabó contigo en el patíbulo. Pero eras sólo un hombre como los demás, aunque indudablemente con unos poderes que no son los de un hombre normal.

Las voces que te hablaban dentro de tu cabeza te decían que estabas predestinado para ser el salvador de tu pueblo y que estabas en contacto directo con la divinidad. Y tú no podías menos de creerlo viendo las extraordinarias cosas de las que eras capaz. Quien te escogió cometió la felonía, como en tantísimas otras ocasiones, de no prepararte para tu «misión imposible» y el resultado fue tu desesperación en la cruz. Te manipularon a mansalva igual que manipularon a Krishna, a Buda, a Zoroastro, a Viracocha, a Mitra, a Tammuz, a Atis, a Odín y a docenas de otros «salvadores» y «redentores», que como tú, acabaron muriendo en la cruz, sin saber a ciencia cierta por qué morían.

Pero no eres Dios, Jesús de Nazaret, ni falta que te hace. Ser Dios es demasiado complicado para un simple hombre como tú. Tus representantes seguirán diciéndolo y hasta excomulgando al que no lo crea. Pero ya tú en el más allá te habrás convencido de que las cosas no son ni como ellos dicen ni como tú creías.

Si en realidad hubieses sido Dios, probablemente hubieses actuado de una manera muy diferente a como lo hiciste. Tu muerte en la cruz fue un fracaso y tu Iglesia nos ha demostrado con su historia de dos mil años que es un error monumental. Los hombres tenemos derecho a esperar que Dios haga las cosas mejor.

La católica España

Nos has agitado la historia, Jesús de Nazaret. Desde niños venimos oyendo la cantaleta de nuestra fidelidad a Roma y de que tú y tu Iglesia pertenecéis a la esencia de nuestra cultura, y hemos acabado por creérnoslo.

Uno de tus políticos paniaguados (Ramón Nocedal) escribió estas increíbles palabras: «La unidad católica es la primera ley fundamental de la sociedad española; y contra ella, o no informada por ella, no hay ley que obligue, ni derecho que prevalezca, ni autoridad legítima, ni enseñanza lícita, ni doctrina libre, ni obra permitida. Porque ella es nuestra constitución secular, raíz, base, norma y guía de toda autoridad y de todo derecho, y código supremo de toda acción y de toda doctrina».

Con una mentalidad así no es nada extraño que a lo largo de nuestra historia hayamos gastado lo mejor de nuestras energías en ser fieles y en seguir las retrógradas pautas que tus representantes nos han predicado o nos han impuesto durante más de dos mil años y que tú mismo dejaste más o menos estatuidas en tus evangelios.

Por ser no sólo fieles, sino estúpidamente fieles hemos perdido en varias épocas de la historia la marcha de los acontecimientos apeándonos del tren del progreso y quedándonos atrás con relación a otras naciones de Europa. Y todo por ser leales a ti, a tu Iglesia enlatada y llena de falsas creencias y a tus representantes miopes y bien apoltronados, disfrutando de las rentas de la fe de un pueblo con siglos de opio religioso.

Los pueblos que como el nuestro te han sido especialmente fieles, han corrido la misma suerte. Entre las naciones del norte podemos señalar de una manera específica a Irlanda y Polonia. Dos países intensamente católicos que se han quedado atrasados entre sus vecinos septentrionales y que han llevado siempre las de perder en sus confrontaciones con las otras naciones. Toda su energía y su creatividad se les fue, al igual que a nosotros, en edificar mastodónticas catedrales y en fundar y poblar infinidad de monasterios con la flor de sus hijos e hijas. Aturdidos y fanatizados con siglos de prédicas, te entregaban sus vidas con toda generosidad, y tú, a través de tus interesados representantes, las exigías la más inútil de las esterilidades.

En la Europa actual hay una sorda lucha entre el Norte y el Sur. El Norte es más fuerte y más desarrollado. El Sur es más pobre y más desorganizado. Pero eso sí, el Sur es más católico o más «ortodoxo»; es decir, más fiel a ti y más entregado ciegamente a tus enseñanzas. Los europeos del norte las tomaron con más filosofía y con menos corazón y supieron a tiempo prescindir de algunas de ellas que eran deshumanizantes o que iban contra el sentido común. Y gracias a ello progresaron y se hicieron fuertes, siendo capaces de superar dificultades en las que los católicos países del sur estamos todavía entrampados. En el norte, en vez de fundar órdenes monásticas en donde la flor de la juventud masculina perdía su tiempo estudiando teología, y oleadas de jovencitas guardaban pagana e inútilmente su virginidad, se dedicaron a construir una sociedad más justa, libre de las ataduras a las que había estado sometida en la Edad Media, cuando tu Iglesia imponía por la fuerza sus retrógradas doctrinas. El «que inventen ellos», pronunciado por un hombre inteligente pero envenenado por el cristianismo desde su nacimiento, fue una gran realidad. Ellos inventaron efectivamente maneras de combatir el hambre, máquinas y utensilios para mejorar nuestra vida diaria y leyes para organizar de una manera más justa y más humana la sociedad.

Nosotros, entretanto, te rezábamos con fervor, enviábamos al cabo del mundo a nuestra juventud para extender tu doctrina y nos matábamos con los que no te eran fieles. Y la miseria nos iba comiendo poco a poco, dejándonos arrumbados en la cuneta de la historia.

Llenamos América de catedrales y la dejamos madura de fanáticos «fieles», hechos a nuestra imagen y semejanza. Pero tan fariseos como nosotros; tan ortodoxos, por un lado, pero tan injustos, tan soberbios y tan clasistas.

La desgraciada Sudamérica actual, en donde las blancas castas superiores —católicos comulgantes y en buena armonía con tus jerarcas— han abusado de una manera inmisericorde de las clases menos afortunadas y, sobre todo, de los pobres indios, no es más que una consecuencia de tus doctrinas y del fanatismo con que han sido predicadas.

No vale que te defiendas diciendo que te las han distorsionado. En primer lugar, tú mismo diste ya claras señales de ser intolerante con los que no pensaban como tú, y además, esa distorsión se dio desde los primeros tiempos de tu Iglesia. ¿Cómo no hiciste algo eficaz para que esa falsificación no se diese de una manera tan constante?

En nuestra infancia oíamos en éxtasis cuando tus Sumos Pontífices le llamaban indefectiblemente en sus encíclicas y bulas a nuestra patria «la católica España». Pero la católica España era una nación depauperada por la inercia de unos gobernantes tradicionalistas que aunque con frecuencia anticlericales estaban la mayoría de las veces imbuidos inconscientemente de viejas ideas cristianas. Una nación atrasada por las prédicas de un clero retrógrado y por la inercia y el rancio conservadurismo de una sociedad intoxicada por siglos de «costumbres cristianas».

No hace mucho entré en un Juzgado y asistí a un juicio en un tribunal de justicia. Allí, en un lugar prominente de la mesa de los señores jueces estaba tu imagen patibularia, con los brazos en cruz, siendo testigo de todas las injusticias que allí se cometen. Y como

en aquél, en todos los tribunales de España y de tantas naciones en donde el catolicismo es oficial o extraoficialmente la religión imperante.

¿Qué haces allí, Jesús de Nazaret? ¿Quién te ha puesto a ser testigo del desorden que reina en los tribunales de justicia? «Deja que los muertos entierren a sus muertos» (Mt 8,22). Deja que los jueces, abogados, procuradores^[2], fiscales y secretarios entierren día a día a la verdadera justicia y sigan adelante con toda su escenografía en la que representan tan seriamente la tragicomedia de la jurisprudencia.

¿Qué haces tú allí, al igual que en muchos otros lugares públicos si tú «no viniste a juzgar a nadie» (Jn 12,47)? Tu presencia en esos lugares es, en cierta manera, un resto de lo que ha sido la presencia de tu Iglesia en la vida de las sociedades cristianas en siglos pasados, y en otro sentido, un símbolo de lo que sigue siendo tu influencia en nuestra sociedad. Todavía tus deshumanizadas prédicas siguen imbuyendo la mente de muchas personas e instituciones.

Déjanos en paz, Jesús de Nazaret. Te lo pedimos con respeto pero con firmeza. Déjanos en paz de modo que nosotros, racional y libremente y no ofuscados por el fanatismo en que nos han sumido tus ideas, organicemos nuestra sociedad, haciéndola más justa y más humana. Deja que en cuanto a ideas trascendentes cada uno crea lo que quiera creer o lo que su mente le diga, y no obligues, valiéndote de algunos de tus seguidores con poder, a que todo el mundo crea lo que tu Iglesia enseña.

Si los españoles no hubiésemos gastado tanta energía en serte fieles a ti y a tu Iglesia y la hubiésemos empleado en progresar y en mejorar nuestras vidas no nos hubiésemos quedado tan desfasados en el concierto de las naciones. Tu Iglesia nos ha hecho mucho daño al entrometerse indebidamente en las funciones que únicamente competen a la autoridad civil, y al frenar la libre evolución de las ideas, con la excusa de que iban contra las enseñanzas tuyas.

La verdad era que las enseñanzas tuyas y las que ella te atribuía porque favorecían sus intereses eran las que iban contra el progreso y el bienestar de los españoles. Y nuestros gobernantes, que, por siglos, o han sido honestamente católicos o lo han fingido por no buscarse conflictos con tus maquiavélicos e intrigantes jerarcas, han seguido perpetuando estas funestas creencias y mitos que nos han impedido evolucionar como seres verdaderamente racionales.

Si España no hubiese sido tan católica, muy probablemente hubiese reinado en ella más justicia y más progreso y sus hijos no se hubiesen destrozado tanto entre sí con guerras fratricidas. Y seguramente hubiese estado más abierta a otras ideas modernas que la hubiesen ayudado a avanzar al paso de las demás naciones. Sus hijos no hubiesen tenido que emigrar por cientos de miles para buscar en otros países no tan cristianos lo que su católica y depauperada patria no les podía dar, por haber gastado sus mejores energías en serte fiel a ti.

La historia de España está empachada de predicadores y teólogos, de «cruzadas» y «movimientos nacionales», de cardenales-políticos y de políticos-sacristanes, de órdenes religiosas y de curias episcopales, de procesiones y de misiones populares, de rogativas y semanas santas, de hermandades y cofradías, de catedrales megalomaniacas y de santuarios milagreros..., y por si fuese poco todo esto ahora tus representantes se asoman asiduamente a las pantallas de televisión, para seguir perpetuando tu mito. A nuestros gobernantes y a los directores de los grandes medios de comunicación, a pesar de regirse por una constitución aconfesional les parece que si no te tienen presente van contra la esencia de la patria. Se han olvidado de que cuando tus fanáticos mandaban no permitían que nadie expusiese ideas religiosas diferentes a las tuyas. Y a nuestros políticos encargados de la educación les parece que si no permiten que sus seguidores sigan intoxicando las mentes de los niños con tus dogmas y prohibiciones vamos a tener una juventud pervertida y atea.

Y el Estado sigue subvencionando directa o indirectamente muchas obras y actividades de la Iglesia, y España sigue siendo oficialmente católica, apostólica y romana, aunque no le guste a gran parte de los españoles.

Déjanos en paz, Jesús de Galilea, y vete con tus cruces y tus visiones pesimistas de este mundo a otras naciones más jóvenes y más atrasadas en donde tu Iglesia pueda presentarse aún como redentora y como promotora de la justicia y ayudadora de los pobres. En España ya no lo puede hacer así, porque tenemos una muy larga historia en la que la vemos codo con codo con los cristianísimos reyes y gobernantes que aplastaron las justas aspiraciones de los más humildes, y defendiendo los privilegios de los más fuertes, cuando no era ella misma la que perseguía, encarcelaba o quemaba a los que no se atenían a sus maternales enseñanzas.

Déjanos ser una nación de avanzada en donde el librepensamiento sea uno de los principales derechos y la mojigatería moral sea una de las últimas prácticas tradicionales.

En premio a su larga fidelidad libéranos a los españoles de vuestra presencia en nuestras tradiciones y en el enfoque y respuesta a los nuevos problemas de la vida. Déjanos evolucionar en nuestras costumbres y en nuestras creencias sin los frenos y las ataduras que tus representantes nos han venido imponiendo por siglos; directamente, cuando ellos tenían el poder, o valiéndose de los testaferros que en tantas ocasiones han desgobernado a esta tan fanatizada patria nuestra.

El Cristo de los poetas

Miles de poetas te han cantado en todas tus actitudes: en el pesebre, en los caminos de Judea, en el templo expulsando a los vendedores y sobre todo en lo alto de la cruz.

Es cierto. Pero también lo es que ha habido muchos verdaderos poetas —esos seres traspasados de infinito— que se han encarado contigo y te han dejado sentir claramente sus sentimientos.

Oye a uno de ellos, víctima del cerrilismo de uno de tus fieles, que imbuido de tu intolerancia y de tu mesianismo gobernó «cristianamente» durante treinta y ocho años a España después de haberla castrado intelectualmente para que no tuviese malos pensamientos:

«¡Cristo!
Viniste a glorificar las lágrimas...
no a enjugarlas...
Viniste a abrir las heridas...
no a cerrarlas...
Viniste a encender las hogueras...
no a apagarlas...
Viniste a decir:
¡Que corran el llanto
la sangre y el fuego como el agua...!»

Así lloraba el gran León Felipe en su destierro en México.

Y don Miguel, el ínclito y paradójico don Miguel de Unamuno, a pesar de que nunca supo destetarse del pezón que le envenenó la

vida con la mala leche de la ortodoxia, de vez en cuando se enfadaba también contigo y te gritaba como lo hizo ante tu yaciente imagen de las monjas de Santa Clara.

Este Cristo español que no ha vivido, negro como el mantillo de la tierra, yace cual la llanura, horizontal, tendido, sin alma y sin espera; con los ojos clavados cara al cielo avaro en lluvias y que los panes quema. Y aún con sus negros pies de garra de águila querer parece aprisionar la tierra. La piedad maternal de aquellas pobres hijas de Santa Clara le cubriera con faldillas de blanca seda y oro las hediondas vergüenzas, aunque el zurrón de huesos y de podre no es ni varón ni hembra.

Este Cristo español, sin sexo alguno, más allá yace de esa diferencia que es el trágico nudo de la historia.

Pues este Cristo de mi tierra ¡es tierra!

¡Oh Cristo precristiano y poscristiano,

Cristo todo materia, Cristo árida carroña recostrada con cuajarones de la sangre seca!

El Cristo de mi pueblo ¡es este Cristo!

Carne y sangre hechos ¡tierra, tierra, tierra!

Podría hacer de este capítulo un largo inventario de poetas rebeldes contra ti y contra la idea de Dios que tus jercas nos han presentado, pero no es esa mi intención.

Únicamente me voy a limitar a citar unos cuantos versos del más «enxebre» de los poetas gallegos —Curros Enríquez— que dejó bien patente a lo largo de toda su vida y obra poética lo que sentía acerca de tu padre, de tu obra y de tus representantes. Uso la traducción del gallego de Celso Emilio Ferreiro (Editora Nacional, Madrid, 1977).

Dios, no encontrando cosa en qué entretenerse, hartado de estar solo, reflexionando siempre en forjar cadenas trabajos y pestes; buscando la razón y a qué causa se debe que tan pocas almas a las puertas lleguen de su paraíso, dejó los vergeles, salió de paseo cierta mañana caliente, del reuma y la gota para liberarse...

Prosigue el poeta en prolijos versos mostrándonos a Dios asomándose al mundo y encontrando en él sólo miserias y calamidades. Y termina así su poesía:

Dios paró su mente. Vio malos gobiernos que falsos y alevos con el yugo de los pueblos engordan y crecen; clérigos que feroces como perros rabiosos predicán a los fieles con un fusil al hombro; ricos que robando sus gavetas llena, médicos tramposos, hombres hambreados, mujeres desnudas, espigados niños que no saben leer y, en fin, tantas cosas que no debieran verse, que Dios, horrorizado y haciéndose cruces, conocida la causa de que el infierno crezca, se metió en la gloria diciendo entre dientes: «Si yo hice tal mundo que el diablo me lleve».

Y todavía aportaré otra cita de mi paisano en la que se enfrenta sin miedo y hasta con sorna a la excomuni3n que tus representantes le lanzaron por su incredulidad:

Aunque me desprecien, aunque la puerta se me atranque, tengo que entrar en la iglesia del convento. ¿Que estoy excomulgado? ¡Mejor!, ¡ea! quien no lo esté no merece de la patria acatamiento (...).

Abridme esas puertas conciencias farisaicas, almas muertas que hacéis de Dios un mal casero cual si fuese capaz, al que se atrasa, de ponerlo a puntapiés fuera de casa dejándolo en la calle por no tener dinero.

De asesinos, ladrones y cabecillas llenas están las mágicas capillas de vuestras catedrales...

Ya entré por fin. Ya entré. La luz febea a través de las vidrieras de colores los semblantes de los justos ilumina santos de palo sin veta en que la gubia hizo mil primores. En un sillón recamado estilo Luis XIX, aquí sentado al Padre Eterno miro, hosco y austero; está serio conmigo porque un día le llamé viejo en una poesía.

Pero el muchacho bien sabe que lo quiero. San Pedro allá con su ganzúa me hace gestos de rabia, gestos locos.

¡Este no me abrirá las puertas de la gloria!

Jugando por los huertos del convento una vez a su estatua le abrí la cabeza con una piedra.

Aquí me lanza miradas ponzoñosas, hidrópicas, vidriadas un Cristo al que negué le crezca el pelo^[3] allá me vuelve la espalda, amenazadora, una Virgen que llora... cual toda virgen al dejar de serlo.

Para tratarme así tantas y tantas celebridades santas, mucho debí pecar; pero no tiemblo.

Allá en el fondo de la desierta nave oigo que me llama, lánguida y suave una voz dolorida, la voz del diablo. ¡Salve, mi viejo amigo rival del Eterno, luchador antiguo, protesta viva contra la fuerza bruta! Bajo el pie de Miguel, que te da guerra, como bajo un cacique de mi tierra, tú siempre triunfas en la inmortal disputa.

No andarás holgado, pero si algún dinero has robado, aunque sea de un depósito carlista y a Roma vas y al Papa se le ofreces, cuando de allá vinieres vendrás duque y vendrás legitimista.

Pues que te vienes conmigo, Diablo, mi buen amigo, salgamos ya de la iglesia del convento.

¿Estoy excomulgado? ¡Mejor!, ¡ea!; quien hoy no lo esté no merece ningún acatamiento.

Los verdaderos poetas son ingenuos, y por eso mismo son audaces y no temen llamarle a las cosas por sus nombres. Y se atreven a decir claramente lo que sienten, contrariamente a los políticos que nunca dicen abiertamente lo que piensan hasta no estar seguros de que no les va a restar simpatías o votos lo que digan.

Pero, Jesús de Nazaret, ha llegado la hora de decirte las verdades sin complejos, mirándote frente a frente, sin dejarnos influenciar por el respeto o por el miedo que tu trágica figura proyecta desde lo alto de la cruz.

Es cierto que moriste pensando que nos salvabas. Pero así han muerto miles y miles de seres humanos que dieron la vida por sus hermanos. Los que murieron por crear una patria o por defenderla; los que murieron por enfrentarse a los injustos y a los tiranos; los

que sacrificaron su salud por descubrir algo útil para la humanidad y hasta los que inmolaron sus vidas en todas las religiones por seguir ingenuamente unos mandamientos «divinos».

¡Eran sólo pobres hombres, Jesús de Nazaret, que dieron su vida, que era lo más precioso que tenían! Mientras que tú te creías Dios, y decías ser señor no sólo de esta vida, sino de lo que hay después de ella.

La sangre y la vida de muchos de ellos claman contra ti, porque por tu culpa la derramaron o la perdieron.

¡Allá los otros mesías con sus mandamientos y con las gentes a quienes lograron engañar! Nosotros en Occidente te hemos seguido a ti y tu presencia no nos ha hecho más felices que otros pueblos. Somos más avanzados tecnológicamente, pero eso no nos ha hecho más felices. Aparte de que los avances tecnológicos y sociales no son debidos a ti ni a tus enseñanzas, sino más bien a pesar de ellas. Si por ellas fuese, estaríamos todavía hoy teniendo a la Biblia como a la guía absoluta de nuestras vidas.

Occidente te ha seguido a ti y el corazón se le ha vuelto de piedra. Los países cristianos es cierto que han dejado de pelearse entre ellos, pero están completamente desinteresados de millones de otros seres humanos que en estos momentos se están muriendo de hambre.

Y los fervorosos pinochetes cogen fuerza comulgándote para luego vomitar balas en nombre del orden y la paz evangélicas ¡Y tú callado! Como callado has estado tantas veces cuando esbirros entorchados o ensotanados, defensores de los «valores cristianos», aplastaban a los pobres y a los indefensos que tú dijiste que eran tus especiales amigos. Como callado has estado en tantas ocasiones de la historia en que los violentos y los injustos triunfaban sobre los mansos. ¡Tus pobres amigos mansos a los que tú les dijiste que iban a dominar la Tierra!

«Mi justo vive de la fe» (Ro 1,17), decías repitiendo una frase que según la Biblia le gustaba mucho a tu maquiavélico padre. Pero una vez más habéis resultado falsos profetas y os habéis

equivocado. Vuestros «justos» han sido borrados de la faz de la Tierra en innumerables ocasiones sin que hayáis hecho nada por ellos.

Esta podría ser una de las grandes pruebas de que no eres el que decías ser. Si en verdad fueras «el mesías», «el salvador», «el hijo de Dios», habrías defendido mejor los intereses de los que te seguían fielmente. Pero no ha sido así. Los leones desgarraban las carnes de tus mártires, y ¡tú callado! Tan callado como los dioses de las demás religiones.

O no has querido intervenir para defender a tu gente y a tu causa o no has podido. Si no has querido, ¡deja ya de hablar y de prometer! Y si no has podido, ¿dónde está tu omnipotencia? ¿Dónde está tu divinidad? ¿De qué les ha servido a muchos de tus seguidores tu muerte? Y ¿de qué nos ha servido a todos si todos tenemos que pasar por la nuestra? ¿De qué te ha servido a ti mismo si vemos que tus mandamientos nunca han llegado a ser bien conocidos en todo el mundo, y en la actualidad el número de tus seguidores disminuye rápidamente? ¿De qué le ha servido al mundo tu sacrificio si a los dos mil años el planeta sigue tan violento y tan lleno de odios como ha estado siempre? ¡Deja ya de pregonar tu muerte como si ella fuese la salvación del mundo! En tu muerte fuiste engañado por Yahvé lo mismo que han sido engañados millones de hombres y mujeres en sus vidas. A ti te exigieron la muerte al igual que a ellos les exigieron la vida.

Pero no sigas llamando a nadie a tu servicio. ¡Cállate, Jesús de Nazaret, lo mismo que te has callado cuando tus fieles te han llamado millones de veces y no has hecho nada por ellos! O haz el gran milagro de aparecerte públicamente para decirle a la humanidad que todo ha sido un engaño, en el que tu padre te cogió a ti de instrumento para ponernos a todos a su servicio. Puede ser que sólo así —¡Oh gran paradoja!— comenzásemos a creer que eres alguien en el más allá.

Tu Sábana Santa^[4]

Tus interesados representantes se empeñan en decirnos que el lienzo que envolvió tu cuerpo en la tumba está en una iglesia de la ciudad de Turín y que en él está grabada de una manera milagrosa tu auténtica imagen, como si de una fotografía se tratara.

A pesar de que toda la evidencia histórica y el propio sentido común están contra semejante creencia, ellos siguen afirmándolo, porque reporta unos excelentes ingresos al cabo del año tras la visita de cientos de miles de ingenuos creyentes.

El absurdo culto que se ha montado alrededor de esta reliquia es un trasunto de lo que ha sucedido con tu propia persona y es el ejemplo de cómo han nacido y poco a poco se han ido formando los mitos con el paso de los años.

En un principio, alguien con buena o mala voluntad, pero con indudables dotes artísticas, dibuja en una tela la imagen de un hombre yacente tras haber sido ajusticiado... Al hacerlo se atiene con rigurosidad a los datos que encuentra en los evangelios y en la tradición.

Pasan los años y el autor de la obra muere, al igual que mueren todos los que conocían su trabajo. Y siguen pasando los años, segando como a la hierba generación tras generación, y un buen día alguien encuentra «tu imagen», que al poco tiempo se convierte en «tu sagrada imagen», y enseguida, en «tu milagrosa imagen», porque la fe ciega de tus devotos y su recalentada imaginación comienzan a desencadenar las poderosas fuerzas que yacen en nuestro psiquismo.

A los pocos lustros ya tenemos al lienzo encerrado en un cofre de plata, en el centro de un altar recibiendo la veneración de tus representantes y las visitas de miles de peregrinos venidos de todas partes ante la noticia de tan maravilloso hallazgo. A lo que tendríamos que añadir: Y recibiendo las ofrendas de los devotos que quieren agradecerle a la sagrada tela la curación o el favor que le habían implorado. Una curación y un favor que en realidad se lo deben sólo a los poderes de su propia mente, excitada por la propaganda maravillosa que se ha levantado en torno a la «sagrada reliquia».

Y los devotos siguieron llegando cada vez en mayor número y la fama se extendió veloz por todos los confines de la cristiandad, y el número de milagros se hizo cada día mayor... y las arcas del prelado que custodia «la preciosa sábana santa con la verdadera imagen del Redentor» se fueron llenando religiosamente con los donativos de los devotos creyentes. Había nacido un mito que a todas luces había que mantener. No porque fortaleciera la fe del pueblo cristiano, sino porque fortalecía al mismo tiempo las finanzas eclesiásticas, aunque esto no se confesase tan abiertamente.

Y ahí tenemos ya al «Santo Sudario» convertido en uno de los centros de peregrinación de la cristiandad, sin que al señor obispo de Turín ni al Papa se les caiga la cara de vergüenza, sabiendo como saben —o como deben saber— cuál es la verdadera historia de este ilustre trapo, que no va más allá de la baja Edad Media.

Lo que la jerarquía católica comete con este acto es un pecado paralelo al de simonía. Este consiste en vender lo sagrado, mientras que la exposición al culto de una reliquia falsa es comerciar con lo pseudosagrado. Es decir, algo peor. Porque se vende como sagrado lo que se sabe que no lo es. Además de sacrilegio, al recibir dinero, hay engaño consciente y abuso de la buena fe de los creyentes. Pero el mito ya está enraizado y no hay quien lo arranque.

Lo que ha pasado con tu efigie, Jesús de Nazaret, es sólo una leve sombra de lo que ha pasado con tu persona y con tu obra. Alrededor de cuatro datos inseguros que tenemos de tu existencia y

de unas cuantas palabras que dicen que dijiste, tus seguidos han montado toda una biografía fantástica llena de portentos y un tinglado dogmático que llena cientos de volúmenes.

Tu mito se ha convertido en una de las realidades históricas más «indiscutibles» de nuestra cultura, y tus enseñanzas han estado en la raíz de cientos de conflictos armados. ¡Qué débil y qué fácilmente manipulable es la mente humana! Y como administradora de toda esta ingente mentira, ahí está tu Iglesia con su infinita caterva de cardenales, archimandritas, obispos, pastores, curas y popes; todos en franca discordia pero todos aunados para mantener el mito vivo. Y lo triste es que no todos lo hacen por conservar su modas vivendi, sino que la mayor parte de ellos creen sinceramente que el mito es una realidad, y hasta están dispuestos a dar la vida por él. De tus simples palabras de hombre iletrado ¡qué enormes volúmenes doctrinarios han escrito tus doctores! Si volvieses a este mundo, Jesús de Nazaret, ni tú los entenderías. Te han hecho decir de todo y a lo largo de los años te han hecho contradecirte mil veces. Porque los mitos, una vez nacidos, están a merced de los fanáticos, de los simples y de los interesados, y varían constantemente.

Y entretanto, convertida casi en un dogma más, ahí está tu «sagrada efigie» en Turín, y por todo el mundo recibiendo la veneración de millones de ingenuos. El «rey de la creación» de rodillas ante un pedazo de tela en donde un desconocido tuvo la humorada de dibujar la imagen de un ajusticiado.

¿No va siendo hora de que la Santa Madre Iglesia se decida con valentía a decirle a sus fieles que dejen de venerar el famoso lienzo como si fuese la pieza original que envolvió tu cuerpo y vean en él simplemente la obra de un artista piadoso? Inspira a tus jerarcas, Jesús de Nazaret, pero no estés nada seguro de que te van a hacer caso. Las rentas de la fe han sido siempre una tentación muy fuerte.

Destructor de culturas

De nuevo insistiré en estas palabras tuyas: «El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo desparrama» (Mt 12,30). Te equivocas, Jesús de Nazaret. Tu temperamento de celote te hace ser extremista en tus sentimientos y juicios. Alguien puede no estar contigo, y sin embargo, no estar contra ti. Y alguien puede observar cómo tú recoges sin que necesariamente se ponga a desparramar lo que tú quieres recoger.

Esta psicología tuya, que tus seguidores han heredado tan bien, es la que los ha llevado a destruir obras de arte, lenguas, documentos y hasta culturas enteras, pensando que «estaban contra ti» cuando en realidad lo único que hacían era expresar los sentimientos humanos de otra manera y buscar el «más allá» o el absoluto por caminos diferentes a los que tú enseñaste. Este es uno de los grandes pecados que tu Iglesia tiene sobre sus espaldas. Cuando en tiempos modernos tus misioneros llegan a países independientes con culturas diferentes pero con una conciencia mayor de su dignidad, se guardan muy bien de querer imponer liturgias, vestimentas y maneras de vivir que pugnen contra la esencia de aquellas culturas. No sólo eso sino que, contrariamente a lo que sucedía en siglos pasados, no tienen inconveniente en adoptar maneras y estilos que en otros tiempos hubiesen sido tachados de «paganos».

Tal es el caso de los nuevos estilos musicales y arquitectónicos y hasta de las vestimentas que en la actualidad se pueden ver en las nuevas iglesias católicas y protestantes en África. Tus misioneros — no porque se lo hayas enseñado tú, sino por haberlo visto en los

códigos de jueces y políticos— han aprendido a respetar, cosa que hasta hace muy pocos años no sabían. Y han aprendido, aunque muy a regañadientes, que el cristianismo no tiene el monopolio de las ideas artísticas, ni del buen gusto, ni de la ciencia y ni siquiera de los caminos que llevan a Dios.

Sin embargo, ¡qué diferencia en tiempos pasados! Cuando tus jerarcas se hicieron fuertes y se convirtieron en gobernantes de este mundo, con dinero y soldados para imponer su voluntad sobre los pueblos, no respetaron nada que no estuviese de acuerdo con sus intereses, aunque lo disfrazasen en muchas ocasiones de celo por la divulgación de tus ideas. Arrasaron templos y toda clase de edificios que tuviesen relación con otras religiones, e hicieron piras ardientes con documentos de incalculable valor. No sólo con aquellos en los que estaban plasmadas las creencias paganas sino con todos los que relataban tradiciones antiguas, historias, leyendas, obras literarias... El recuerdo y los testimonios de miles de años de historia humana fueron convertidos en humo por el fanatismo de tus seguidores.

Tus apologetas nos hablaban en nuestra infancia con horror de los incendios de bibliotecas llevados a cabo en Alejandría por los fanáticos mahometanos. Pero no nos decían que ya para esas fechas tus pontífices romanos y bizantinos habían hecho una labor semejante, aunque no tan ostentosa, con todo el legado de la cultura grecorromana de la que ellos fueron los principales herederos. No sólo persiguieron e hicieron desaparecer a los autores estrictamente anticristianos o heterodoxos como pudieron ser Celso, Porfirio, Marción, Luciano de Samo Sata, Flavio Filóstrato, Taciano, Celestio, Arrio, etc., sino que tenazmente con una labor de zapa que les llevó siglos fueron borrando las huellas de autores «paganos» que nada tenían que ver con el cristianismo y cuyo único pecado era no haberte conocido o haber expresado sus ideas artísticas o filosóficas de una manera diferente a como tú las expresaste.

Y los que tengan alguna duda de que esto haya sido así en los primeros diez siglos de tu Iglesia, no tienen más que asomarse a lo que fue la «evangelización» de los pueblos de América en donde se repitió lo que había sucedido unos cuantos siglos antes. De esto sí tenemos una abundantísima documentación que no deja lugar a dudas.

Tanto en Norteamérica como en Centro y Sudamérica, so capa de cristianizar y hasta de culturizar, se destruyó concienzudamente no sólo lo referente a las religiones autóctonas, sino monumentos que contenían la esencia de aquellas culturas y documentos en los que se expresaban su filosofía y sus ideas acerca de esta vida y del más allá. En muchos casos, en los que no se destruyeron positivamente pirámides y monumentos, el recelo de los indios hizo que abandonasen precipitadamente sus lugares sagrados o centros culturales y no volviesen a acercarse a ellos por miedo a ser castigados por los conquistadores. La falta de mantenimiento y la misma fuerza de la naturaleza hizo que en pocos años no quedasen vestigios de lo que habían sido centros de saber o de culto. Bonampak, Chichen Itzá, Palenque, Uxmal, etc., son mudos y tristes ejemplos de lo que estamos diciendo.

Permítame el lector esta autocita: «Cuando un día visitaba en el palacio de Chapultepec de la ciudad de México el museo que allí existe, me detuve ante un gran cuadro que representaba al lego franciscano fray Pedro de Gante, famoso por su intensa labor entre los indios de Nueva España. En la base del cuadro se podía leer en letra menuda pintada al óleo por el mismo autor del cuadro, un largo pie en el que se hacía un resumen de la vida del religioso. Al fin de todo leí estas palabras: “Era tal su celo que se dice que destruyó con su propia mano más de veinte mil estatuas e ídolos de los indios»... No pude leer más. Levanté los ojos; lo miré de frente y nunca he sentido en mi corazón un desprecio tan profundo hacia el fanatismo». A más de mil años de haberlas dicho tú, todavía seguían teniendo fuerza tus intransigentes y exaltadas palabras: «El que no recoge conmigo, desparrama».

Fray Pedro de Gante y los mil fray Pedros que en América y en el mundo entero se han dedicado a aniquilar artes y culturas, siguiendo las mojigatas normas de moral de tu cristianismo, creían que admitir la repugnante idea de un infierno eterno o el mito de la trinidad era «recoger», mientras que pensar que Dios no es un «señor» y sí «algo» que se manifiesta en cada fuente o en cada flor era «desparramar». Y por eso desparramaron y destruyeron estúpidamente códices, estatuas, pinturas y templos enteros, para que tus pastores pudiesen «recoger» con más tranquilidad las ofrendas de los pobres indios saqueados.

Tú, con tus palabras irresponsables y arrebatadas tuviste la culpa de horrores como el del franciscano Landa, que «llevado de su gran celo» hizo en tierras de Yucatán, donde era obispo, una enorme hoguera con manuscritos y códices mayas, destruyendo para siempre las fuentes para el conocimiento de aquel gran pueblo. Según tú y según él los mayas estaban contra ti porque no eran cristianos y, por eso, había que borrarlos de la historia. ¡Y cuántos Landas ha habido a lo largo de los dos mil años en tu funesta institución no sólo en América, sino en la misma Europa, en donde durante los diez primeros siglos los monjes misioneros que recorrían el norte del viejo continente arrasaron sin piedad todo lo que tuviese que ver con las viejas religiones de los «bárbaros»!, sin embargo, tu cristianismo, Jesús de Nazaret, parásito en las viejas religiones que tus fanáticos seguidores con tanta saña destruían. En todas partes fabricó iglesias y basílicas con las mismas piedras de los templos derruidos. En el Tepeyac mexicano, la primera iglesia construida en honor de la Virgen de Guadalupe fue fabricada con las piedras que provenían del templo de la Madrecita Tonantzin, destruido por el capitán de Cortes Gonzalo de Sandoval. Y la gran catedral, situada en el Zócalo de la misma capital fue también construida con las piedras provenientes del derribo de los templos y pirámides que existían en aquel mismo lugar.

Sí de los templos saltamos a las imágenes, algunas de las más antiguas estatuas de la virgen María, las famosas «vírgenes

negras», fueron en sus orígenes representaciones paganas de la Virgen-Madre, o de la Madre de los dioses o de la diosa Isis, teniendo en su regazo a su hijo Horus. Aparecían escondidas en alguna cueva o en la oquedad de una muralla y la credulidad del pueblo y el sentido pragmático del obispo las convertían enseguida en una «milagrosa» imagen de tu madre.

Los españoles se llenaron de confusión cuando al llegar a América se encontraron en más de una ocasión con cruces que eran objeto de culto, y en algún caso concreto con una cruz que tenía a un hombre crucificado en ella. Sin importarles mucho que los indios decían que era uno de sus dioses, la llevaron de la isla de Cozumel, en donde apareció, a la ciudad de Mérida, en Yucatán, y allí, en una iglesia, se le rindió culto por muchos años. ¡Quién sabe si la misma imagen no estará todavía en la penumbra de una vieja capilla de algún convento de la misma ciudad, recibiendo las plegarias de alguna monja!

Pero tu iglesia, Jesús de Nazaret, no sólo parásito en las viejas religiones en cuanto a objetos materiales, sino que también se sirvió de ellas, aunque sin confesarlo, al instituir sus propias fiestas. Tus jerarcas quisieron dar la impresión de que eran completamente independientes y originales en cuanto a la institución de festividades religiosas. Por un lado, querían hacer creer que las fiestas cristianas no tenían nada que ver con las paganas, y por otro, que tampoco tenían nada que ver con las estaciones de la naturaleza.

Y sin embargo, no es así. Hay muchos ejemplos para probar lo contrario. No sólo en el contenido de las fiestas, aunque tus jerarcas hayan tratado de disimularlo, sino en las fechas en que se celebran, las conmemoraciones cristianas siguen el patrón de las fiestas paganas. El dios Sol o «Sol invictus», con sus planetas y satélites, y las estaciones climatológicas de la madre Tierra están latentes en las principales fiestas y fechas de las conmemoraciones cristianas.

Tus jerarcas, para estar a tono con las otras religiones, han jugado con las fechas de tu vida. Te hicieron nacer en la época del año en que el Padre Sol nace en el horizonte, y te hicieron resucitar

al comienzo de la primavera, cuando la Madre Tierra resucita, después de la muerte invernal. Y si esas fechas importantes están de acuerdo con la naturaleza, no lo están menos con las antiguas religiones que por esos mismos días celebraban fiestas en todo semejantes.

Antes del cristianismo los pueblos antiguos celebraban el día más largo del año con grandes fogatas para saludar al sol en su triunfo. Pues bien, tus jefes colocaron precisamente por esas fechas la fiesta de tu precursor (Juan el Bautista) y la celebraron con las «hogueras de San Juan», con las que querían apagar el recuerdo de las antiguas y rituales fogatas paganas. Tu fiesta del Corpus —que no comenzó a celebrarse si no hasta el siglo XIII, para contrarrestar las herejías que entonces se propagaban contra la eucaristía— también está superpuesta sobre otra fiesta pagana. Y esta es la razón de por qué durante muchos años, simultáneamente con la fiesta del Corpus, y además de la procesión estrictamente eclesiástica, había otras celebraciones populares totalmente ajenas a lo religioso y de claro sabor pagano, que pese a las prohibiciones persisten aún en algunos pueblos pequeños. Tus representantes, al igual que han hecho en muchas otras ocasiones, se valieron del poder civil —en este caso, de los reyes Carlos II y Carlos III— para acabar definitivamente con estas festividades populares que empañaban el esplendor de la celebración religiosa.

Jesús de Nazaret, has fallado en tu intento de convertir al mundo a tu manera de pensar. A pesar de todos los atropellos e injusticias que para lograrlo han cometido tus representantes cuando tenían el poder, la mayoría de los pueblos del mundo siguen sin conocerte y han conservado sus culturas, sus creencias y sus tradiciones por muy paganas que se os antojen a ti y a tus seguidores.

Si en la actualidad quieres hacernos un favor, diles que dejen de conspirar desde las sacristías, conventos y palacios episcopales contra los gobiernos liberales que en los países católicos han conseguido el poder. Diles que se atengan a exponer tus doctrinas sin meterse a politiquiar entre bastidores. Y de paso, diles también

que las modernicen un poco si es que quieren seguir teniendo alguna credibilidad en las mentes de los hombres y mujeres del siglo XXI.

Mi credo^[5]

Creo en el amor. En el amor que funde, que atrae, que sintoniza, que une. En el amor que espera, que comprende, que tolera, que regala, que perdona. Creo en el amor como la energía más grande del mundo, capaz de lograr lo que no logra la fuerza ni el miedo.

Creo en el amor en todas sus manifestaciones. En el amor del ser humano al ser humano, en el amor del niño a su juguete, en el amor de la loba a sus cachorros, en el amor a la tierra que lo vio a uno nacer.

Creo en el amor que da paz, que busca lo bueno, que perdona lo malo, que alaba lo bello.

Creo que el que tiene su corazón y su inteligencia abierta al amor cree y practica el más importante dogma de todas las religiones.

Creo en el hombre.

A pesar de su pequeñez y de sus pequeñeces. A pesar de que no sabe de dónde lo han traído ni adonde lo llevan.

A pesar de ser como una leve chispa de vida en la noche del tiempo, sin posibilidad de estirar su estancia en este planeta.

Creo en el hombre.

Tan microbio y tan gigante; tan mezquino y tan generoso; tan cobarde y tan audaz; tan efímero y tan creador.

Creo en el hombre redentor de sí mismo, salvador de sus hermanos, transformador del planeta.

Creo en el hombre porque en sus entrañas lleva, sépalo o no, una energía divina, y en su mente es, sépalo o no, una chispa divina de la incomprensible energía que rige el Universo.

Creo en el hombre porque es una gota del inmenso océano divino.

Creo en el hombre calumniado, vilipendiado, acomplejado y ofendido por todos los doctrinarios religiosos.

Hasta creo en el hombre maltratado y prostituido y sojuzgado por la ceguera, el egoísmo y la avaricia de sus hermanos los hombres.

Porque creo en el hombre, creo en mí mismo. Si no creo en mí mismo no estoy preparado para creer en nada.

Creo en la inteligencia, don supremo de Dios al hombre.

La verdadera encarnación de Dios en la Tierra es la que se realiza en la mente inteligente de cada ser humano.

Creo en la pervivencia después de la muerte. Estoy seguro de que mi Yo, esto que está en lo más profundo de mi ser, no se vuelve a la nada tras la hora de muerte. Creer que nos aniquilamos tras la vida es desconocer por completo la maravilla que somos y es carecer por completo no sólo de imaginación, sino de capacidad de deducción. Este ser mío que tan poco es si se compara con la totalidad del mundo y del Universo es, sin embargo, el resultado de una ingente labor arquitectónica, química, física y biológica; es el resultado de la unión de billones de átomos fundidos y organizados por el amor de la omnisapiente energía que rige el Cosmos. Este logro tan formidable no se puede deshacer así como así. Se disolverá la envoltura externa, pero la parte más profunda de mi ser seguirá evolucionando, creciendo y organizándose tras la etapa material y temporal de esta vida, formando parte de complejos inteligentes más vastos.

No sé si reencarnaré de nuevo (es posible) ni si apareceré en esta o en otra forma, en otro lugar, en otro planeta o en otra dimensión. No sé si tendré una idea clara de lo que fui aquí o si quedará inconscientemente archivado en las profundidades de mi Yo. Pero sí tengo absoluta certeza de que trascendiendo el tiempo,

el espacio y la materia, seguiré. Y mejor que seguiré (ya que esto tiene una connotación de tiempo y espacio) seré. Seré como es la vida: inmortal. Porque si bien todo lo que vive muere, también es cierto que la vida es inmortal.

Seré como es el amor, como es la luz, como es la energía que existe antes y después del tiempo. Puede ser que pase a formar parte de un todo más vasto en el que seré como una célula pensante que al mismo tiempo que conserva su personalidad individual adquiere conciencia de pertenecer a un ser mayor.

No sé casi nada del futuro, pero me acostaré a morir con la absoluta certeza de que estoy a punto de nacer. Nacer a algo infinitamente más vasto y más grandioso.

Creo en la naturaleza como la auténtica Biblia de Dios. La exactitud con que el sol se asoma cada mañana, la puntualidad de las rosas en la primavera, el amor de todas las madres, de la madre mujer y de la madre loba, el latir del mar en cada ola y ese inmenso cielo azul empapado de luz por el día y claveteado de diamantes por la noche... esa es la única palabra de Dios en la que creo. Y Dios pasa las páginas de su Biblia gigante con el sol de cada ocaso.

Creo que la Trinidad del cristianismo es sólo un símbolo de la complejidad de Dios y de su incomprendibilidad por la mente humana. Tres en Uno y Uno en Tres es algo «imposible» para nuestra mente. Es la manera más simple de decirnos que Él está más allá de nuestra capacidad de comprensión. No deja de ser curioso que en todas las grandes religiones se tenga de Dios la misma idea trinitaria, que a todas luces es simbólica.

Creo que después de esta vida aquel que haya hecho méritos para ello, en otras palabras, aquel que haya evolucionado tal como se esperaba de él, pasará a un nivel superior de vida en esta inmensa morada que es el Universo. O dicho más poéticamente, aunque no menos realísticamente, vibrará en un tono más alto en la fantástica sinfonía del Cosmos.

No creo en el cielo que se nos promete en el cristianismo, es decir, en un cielo inmediato y definitivo con una contemplación

directa de Dios. Esta es otra enorme infantilidad del credo cristiano.

Al llegar de vuelta de la vida —al igual que los niños al llegar de vuelta de la escuela— el hombre quiere encontrar a su mamá-Dios en casa. Tiene necesidad de abrazarla, de saber que está allí, de contarle las incidencias de la clase de la vida. Pero tal Dios-mamá, Dios-hombre, Dios-persona, no existe. Dios es algo completamente diferente.

Al decir que no creo en el cielo cristiano, de ninguna manera estoy diciendo que crea que no hay nada después de esta vida o que volvemos a comenzar completamente de nuevo. Como tampoco quiero decir que no vayamos a tener ninguna retribución o castigo por las obras buenas o malas que hayamos hecho en esta vida. (Los fanáticos son muy extremos en sus juicios y en cuanto alguien deja de pensar como ellos, enseguida le adjudican juicios, posturas y creencias de las que tal persona discrepa totalmente).

No creo, tal como ya dije, que Dios tenga hijos y mucho menos que Él pueda hacerse hijo de nadie.

No creo que la Biblia sea la palabra de Dios, por lo tanto, que sea infalible o que haya sido inmediatamente inspirada por Él.

No creo que el hombre nazca con ningún pecado. Si los hombres, que somos tan injustos, no le atribuimos a nadie pecado o crímenes que no haya cometido, ¿cómo vamos a pensar que Dios lo hace?

Y una vez que liberamos al hombre del sambenito con el que lo hacen nacer los teólogos del cristianismo, desaparece automáticamente la necesidad de redenciones y salvaciones. ¿Redimirnos de un pecado que no hemos cometido? ¿Salvarnos de un infierno que no existe?

El hombre se redime, se salva, se libera, se dignifica, se perfecciona y se hace un ángel o un demonio mediante sus pensamientos y sus obras. En un orden personal, el hombre se salva o se hunde a sí mismo, y en un orden social, los hombres salvan o condenan a la sociedad, la liberan o la destruyen.

Acabemos con el complejo de que somos pecadores por nacimiento. No somos menos que las demás criaturas. El hombre honrado no tiene menos dignidad que un árbol que nace sin complejos y muere de pie, sin arrodillarse ante nadie a pedirle perdones; ni es menos que un águila que nace libre y se atreve a mirar el sol de frente, sin pensar que por eso le ofende. Los doctrinarios nos han metido en la cabeza que el simple hecho de vivir es pecado. Rechacemos como absurdas sus ideas y vivamos la vida a fondo, pensando que si ésta es un regalo de Dios tenemos que disfrutarla.

No creo en el infierno tal como el cristianismo nos lo ha presentado por casi dos mil años. Creer en el infierno es una blasfemia contra la bondad de Dios. Creer en el infierno es demostrar poca inteligencia.

Los fanáticos de todas las religiones —consciente o inconscientemente— han inventado infiernos y castigos que les servían para tener atemorizadas y subyugadas las conciencias de los fieles. En el cristianismo, el infierno no es más que una enorme calumnia que los teólogos le han levantado a Dios.

Después de habernos dicho que Dios es un Padre misericordioso, perdonador, compasivo, omnisapiente, tolerante, paciente, etc., es tal la aberración que supone el presentarnos un infierno eterno (con las terribles características que nos lo presenta el cristianismo) que no merece la pena perder tiempo en demostrar la contradicción entre estas dos cosas. La idea de un padre que se ensaña eternamente en castigar las debilidades de sus hijos no le cabe en la cabeza a nadie que piense con serenidad. (Lo malo de los dogmas religiosos es que mucha gente sólo los cree y no los piensa).

Sí creo en el infierno que estos fanáticos con sus doctrinas les han hecho pasar durante veinte siglos a tantas buenas personas. Si alguien hubiese en este mundo que merecería el infierno serían estos doctrinarios con sus infernales doctrinas. Pero ni aun a esto, yo —que disto mucho de ser tan bueno y tan tolerante como Dios— los

mandaría allá, porque hay que reconocer que el infierno con el que nos amenaza el cristianismo es algo muy serio, y estos pobres diablos no se merecen tanto mal.

¿Qué pasará entonces con los «impíos»? ¿Qué pasará con todos aquellos que han obrado mal hiriendo a sus hermanos y no respetando las leyes justas?

A los «impíos» que no han creído en la palabra de Dios (porque sencillamente no les cabían en la cabeza todos los disparates que se han presentado como «palabra de Dios») no les pasará nada. Muy probablemente les darán un premio por haber usado su cabeza para oponerse a algo que veían como incompatible con su idea de un Dios grande y sabio.

A los otros impíos, a los que se han dedicado a fastidiar a los demás y que han parasitado en la buena voluntad de sus hermanos; a los que se han enriquecido injustamente a costa del sudor de otros, a los que han abusado, a los que han extorsionado, a los que han legislado en su propio beneficio, a los que han politiqueado con la buena fe y la credulidad de las multitudes, a los que han traficado con las drogas, a todos los grandes culpables que valiéndose de la política, de la milicia del dinero o de los dogmas han convertido este mundo en el infierno que es en la actualidad, ¿qué les pasará?

No lo sé. Sólo sé que a pesar de sus iniquidades no se irán al infierno, sencillamente porque no hay infierno. Sí creo que sería una buena idea el hacerlos reencarnar —ahora que la reencarnación se ha puesto de moda—, haciéndolos nacer como parte de ese pueblo, de esas razas, de esos creyentes, de esas clases sociales, de esos hambrientos, de esos heridos, de esos enfermos que ellos han ayudado a crear con sus abusos y sus canalladas. Creo que sería más que suficiente para que aprendiesen a ser un poco más justos.

Mi epitafio

Escribir un epitafio para uno mismo es algo serio y una tarea en la que uno tiene que acudir a lo más profundo de su ser para encontrar allí la esencia de sus pensamientos y de sus emociones.

En un momento así siento en mis labios el sabor de mis raíces, y por eso, con el permiso del lector, lo escribiré en el gallego tradicional que hablaron mis antepasados:

Eiquí xace en paz

SALVADOR FREIXEDO TABARÉS

Anque cabucou, asenllou facelo ben. E foise sen cruz, sen sacramentos, sen beizon de Sua Santidade porque non compren pra ren.

Tí que ollas, coida que és só un soñó e que axiña estarás coma min. Non enxangues porque o tempo fuxe. Esfroita asisadamente cada intre, i-arránxate pro alen. Porque na morte acordamos do soñó da vida.

Saúdoche.

He aquí su traducción castellana:

Aquí yace en paz

SALVADOR FREIXEDO TABARÉS

Aunque cometió errores, trató de hacer el bien. Y se fue sin cruz, sin sacramentos y sin Bendición Apostólica porque no hacen falta para nada.

Tú que miras, piensa que eres sólo un sueño y que muy pronto estarás como yo. No pierdas el tiempo, porque pasa rápido. Disfruta sabiamente cada instante y prepárate para el más allá. Porque en la muerte despertamos del sueño de la vida.

Te saludo.

Reconciliación

Estoy a punto, Jesús de Nazaret, de terminar este libro y no quisiera que en él sucediera lo que, según tú y tus doctrinarios, sucede en el infierno que tu padre nos tiene preparado: que la enemistad es eterna entre vosotros y el pecador. Yo no quiero que mi discrepancia contigo se mantenga aun después de cerrado este libro, y por eso te propongo una reconciliación. Quisiera ser contigo más comprensivo de lo que tú, tu padre y tu Iglesia sois con los pecadores.

Estos en la mayoría de los casos no os quieren ofender, sino que el mal que hacen es debido a sus pasiones, que en su raíz no fueron creadas por ellos voluntariamente, sino que ya las traían a la hora de nacer, al igual que Las traemos todos. Es una especie de defecto de fabricación con que tu padre nos manda al mundo, y en realidad no nos podemos explicar por qué nos hacen tan defectuosos. Es algo así como el famoso «pecado original» que a fuerza de repetido ya debe haber perdido su originalidad.

Comprendemos tu intolerancia, oh Jesucristo, nacida del mal humor que ciertamente tiene que haberte causado al fin de tu vida el descubrir que las cosas no eran como te habían dicho y como tú ciegamente habías creído; que a tu papel de redentor casi nadie le había hecho caso; que la gente ni sabía que tenía que ser salvada ni les interesaba serlo; que las promesas de tu padre habían salido fallidas en gran parte; que tus sufrimientos durante tu vida y al fin de ella eran inútiles y que a última hora no sabías por qué morías.

Es natural que toda esta confusión de ideas generase en ti un mal humor que se haya traducido en tus ásperas palabras y

doctrinas, que tus representantes se encargaron de endurecer más todavía para así tener mejor subyugados a tus creyentes.

Jesús de Nazaret, fuiste víctima del mismo engaño que han padecido todos los otros «hijos de Dios» que te precedieron y que vinieron después de ti.

Esos mortales son los llamados «iluminados», «redentores», «avataras», «fundadores», «hijos de Dios» o «iniciados». Todos ellos son los grandes manipulados y a la vez los grandes manipuladores que han mantenido a la humanidad por siglos dividida en religiones y atontada con creencias, ritos y tradiciones que, por un lado, no dejan avanzar al hombre, y por otro, complacen de una manera muy sutil a las mismas entidades que con ellos se han comunicado.

Tú, Jesús de Nazaret, fuiste uno de estos. Tuviste más éxito que la mayor parte de los que te habían precedido porque el mito que se formó con tus prédicas ha durado ya veinte siglos, abarca a buena parte de la humanidad y es seguido por los pueblos más avanzados y con mayor influencia entre sus hermanos.

Pero en el fondo el mito basado en ti es igual a los otros, tal como he intentado probar en El cristianismo, un mito más. Es un conjunto de verdades mezcladas con errores que lo único que hacen en fin de cuentas es tener las mentes de los humanos entumecidas, y en el fondo atemorizadas por las exageradas exigencias que demandan en esta vida, y por los terribles castigos que amenazan para el más allá.

Comprendemos, Jesús de Nazaret, que tu paso por la Tierra no fue nada fácil. Desde antes de nacer fuiste escogido, sin que se te consultase, para una misión inútil, imposible y durísima; y con tu mente manipulada y sometida por completo te lanzaste a ella con entusiasmo.

Por eso te comprendemos y no queremos condenarte con dureza. Fuiste fiel a tu misión, aunque ésta fuese radicalmente equivocada y hasta perjudicial para nosotros, pero reconocemos que tú fuiste más que nada una víctima. Una víctima más de aquel

que tú llamabas padre, que te usó inmisericorde mente durante tu vida hasta que te la exprimió en lo alto de la cruz. Aunque de una manera un tanto áspera, trataste de llevarnos por el que tú creías que era el buen camino para la morada de tu padre. Pero nosotros no queremos ir a semejante morada, aunque sólo sea por el miedo de encontrárnoslo allí, pues no tenemos de él una buena idea.

Como tú bien dijiste, «hay otras moradas» (Jn 14,2). En el Cosmos hay muchos niveles, y estamos seguros de que cuando se nos acabe la vida iremos a alguno de ellos, que ciertamente será muy poco parecido a los que nos presentan tus doctrinas y hasta a lo que nosotros podemos imaginar.

En medio de la rudeza que te venía de ser fiel servidor de tu padrastro Yahvé tenías rasgos de hombre bueno, aunque lógicamente algo amargado. Te sacrificaste por nosotros, te humillaste con gentes que valían mucho menos que tú, tuviste que tener gran paciencia con los pobres hombres que tenías a tu alrededor y llevaste una vida llena de sacrificios y renunciaciones. Por eso queremos ser comprensivos contigo.

Pero, eso sí, no nos sigas queriendo imponer tu «yugo» y tu «carga», por muy suaves que a ti te parezcan, y por muy necesarias que tú los creas para entrar en el reino de los cielos. No creemos en el reino de los cielos que tú predicaste. No nos sigas atemorizando con un más allá tenebroso. Creemos en el más allá, pero el nuestro es más optimista que el tuyo y el de tu Iglesia. Envía a él a los fariseos que simulando ser fieles a tus mandamientos hayan sido injustos con sus hermanos; así tendrán tiempo de aburrirse por toda la eternidad, de hacerse trampas los unos a otros, y de aguantar el mal humor de tu padre.

Pero no sigas atando las conciencias de tus creyentes, haciéndoles tener una idea equivocada y negativa de este mundo y de esta vida. Déjalos disfrutar de todo, absolutamente de todo, mientras no hagan daño deliberadamente a los demás y respeten sus derechos.

Esta vida es para disfrutarla plenamente mientras no se atente contra el derecho que los demás también tienen a vivir bien. ¡Qué daño nos habéis hecho tú y tus predicadores con la idea de que este mundo es un valle de lágrimas y de que venimos a él para sufrir y para hacer méritos para el cielo!

No, Jesús de Nazaret; este mundo no es ninguna escuela ni preparación para tu cielo, porque el cielo que nos predica tu Iglesia es un lugar insalubre y triste para el alma humana. Este mundo es un lugar de paso en donde todos los seres humanos —y no sólo tus cristianos— tienden a evolucionar para desde aquí irse a otros niveles de existencia del maravilloso Universo. Un Universo que no fue hecho por tu padre.

El Yahvé bíblico que tú tenías por tu padre es sólo un pobre diablo que vaga perdido por los muchos caminos y dimensiones del Cosmos infinito. Por qué se portó así contigo y con tu pueblo, y por qué no usa todo su poder en otras cosas más positivas es un misterio para nuestra mente humana.

Y en otro orden de cosas, quién sabe si tanto Yahvé como nosotros no somos más que los sueños de alguien.

En cuanto la mente humana se asoma al inacabable universo se disuelve en él como la gota de agua en el océano. Aunque dé la impresión de que desaparece, no se aniquila. Antes al contrario, pasa a ser de la esencia del océano que, en fin de cuentas, está hecho de gotas exactamente iguales que ella y en nada superiores.

Hagamos las paces, Jesús de Nazaret.

Líbranos tú de todas tus condenas por no haber seguido fielmente tus prédicas, y nosotros te libraremos de la nuestra por haber echado sobre la humanidad un yugo tan pesado que a la larga ha resultado perjudicial. Desde dondequiera que estés —y de que estés en algún sitio no tengo la menor duda— tenemos la seguridad de que aceptas nuestro trato.

Más difícil nos va a ser que los que se dicen tus representantes se porten de la misma manera y lo acepten también. A ellos les va mucho en que todo el tinglado dogmático-institucional —con

colectas, tasas matrimoniales e impuestos estatales incluidos— continúe como está. Han tardado dos mil años en organizar todo este complicado *modus vivendi* y no lo van a dejar caer de repente.

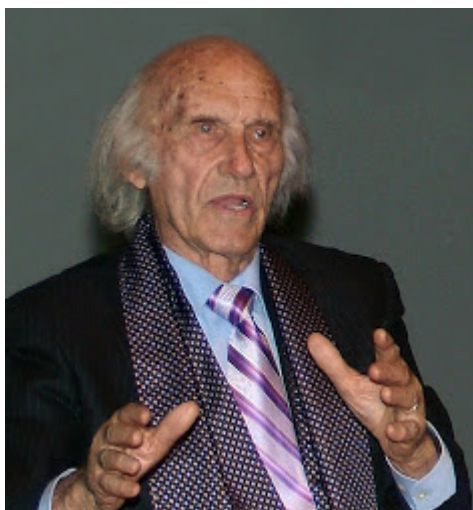
Además, trabaja en su favor el que los «corderos» del redil — como en más de una ocasión tú llamaste a tus seguidores— siguen bebiendo mansamente la leche que ellos les dan, en vez de destetarse y empezar a comer alimento de adultos.

Los que murieron en las guerras que tus doctrinas causaron ya no están aquí para acusarte; y los que llevan una vida de penitencia y privaciones debido al miedo inconsciente que tus predicadores les inculcaron y a las falsas promesas para el más allá, esos seguirán creyendo en ti porque la intoxicación mental que tienen es grave y sólo se convencerán cuando traspasen el umbral hacia la otra vida. Cuando lleguen allá no sé qué les podrás decir; aunque me imagino que en las otras dimensiones, cuando lo sepamos todo lo perdonaremos todo; y ellos también serán capaces de comprenderte, y hasta de dar por bien sacrificada su vida.

El Cosmos es en sí una gigantesca computadora en donde nada queda sin su justa retribución a su debido tiempo. Y la buena voluntad de los que sacrificaron su vida inútilmente, sea en el seno del cristianismo o en cualquier otra religión o causa cívica tiene que ser de alguna manera tenida en cuenta.

Tú, Jesús de Nazaret, no eres el jefe de toda esta computación porque no estás sentado a la diestra de Dios Padre. Dios Padre ni se sienta ni tiene diestra ni siniestra. Tú seguirás tu camino por los infinitos senderos del Cosmos, y si algún poder tuvieses hacia nosotros haz que se acaben todas las religiones y que en la Tierra los hombres y mujeres comiencen a portarse racionalmente.

Cambia los dogmas, las tradiciones, los rituales y las infinitas creencias que dividen a los humanos por la única religión de la razón, en donde los dos grandes preceptos sean el amor y la justicia, y en donde la tolerancia, la comprensión, la laboriosidad, la buena educación y el respeto a los animales y a la naturaleza sean elevados al rango de mandamientos.



SALVADOR FREIXEDO nació en Carballino (Orense, España), en 1923, en el seno de una familia profundamente religiosa (su hermano era jesuita y su hermana era monja), a los cinco años su familia se traslada a Ourense, y es aquí donde comenzaron sus primeros estudios, haciendo párvulos en las monjas de San Vicente Paúl y bachillerato en el Instituto Otero Pedrayo. A los 16 años ingresa en la Orden de los Jesuitas siendo ordenado sacerdote en 1953, en Santander (España), perteneciendo a dicha orden treinta años. Comenzó a residir en diversos países de América desde 1947 ejerciendo sus labores como jesuita, enseñando Historia de la Iglesia en el Seminario Interdiocesano de Santo Domingo (República Dominicana), y fundando el Movimiento de la Juventud Obrera Cristiana en San Juan de Puerto Rico siendo viceasesor nacional del mismo en La Habana (Cuba).

Cursó estudios de humanidades en Salamanca, de filosofía en la Universidad de Comillas (Santander, España), de teología en el Alma College de San Francisco (California), de ascética en el Mont Laurier (Quebec, Canadá), de psicología en la Universidad de Los Angeles (California) y en la Universidad de Fordham de Nueva York.

Desde la década de 1950 su posición crítica con las posturas de la Iglesia católica y la publicación de algunos libros le condujeron a la

cárcel y a la expulsión de países como Cuba y Venezuela, así como a su exclusión de la Orden de los Jesuitas en 1969.

Desde los años 1970 se ha dedicado a la investigación en el campo de la parapsicología, en especial del fenómeno ovni, y su relación con el fenómeno religioso y con la historia humana, habiendo publicado diversos libros al respecto, y fundando el Instituto Mexicano de Estudios del Fenómeno Paranormal, del cual presidió el Primer Gran Congreso Internacional organizado por dicha institución.

Notas

[¹] El que quiera profundizar sobre este tema debería leer el libro del catedrático universitario Francisco José Bastida titulado *Jueces y franquismo* (el pensamiento político del Tribunal Supremo en la dictadura), edit. Ariel, 1986. <<

[2] Si el lector logra averiguar qué papel hacen los procuradores en un juicio, le agradecería me lo comunicase porque yo nunca lo he entendido. <<

[3] El poeta se refiere al famoso Cristo de la catedral de Orense, del que es tradición popular que le crece la barba. <<

[4] Este capítulo, escrito hace ya muchos meses, cobra especial vigencia tras la admisión en octubre de 1988 por parte de la Santa Sede de la falsedad de la «Sábana Santa» de Turín. <<

[5] Este capítulo está tomado de *Por qué agoniza el cristianismo*. <<